¡VIVA MEJICO!

número especial dedicado a la literatura mexicana

LUNES DE REVOLUCION



director:
guillermo cabrera infante
sub-director:
pablo armando fernández
layout y emplanaje
tony évora
número 63 junio 13 de 1960

Las coincidencias obligan. Hace tiempo que LUNES intentaba dar a conocer en Cuba (y dondequiera que el brazo letrado de LUNES alcance, claro) la moderna literatura mexicana. Todo el mundo había oído hablar de Mariano Azuela, de "Los de abajo", de José Vasconcelos, de Alfonso Reyes, de Martín Luis Guzmán. Pero el mismo grupo de personas, de nuevo interrogado, no sabría qué decir de Juan Rulfo, de Octavio Paz, de Carlos Fuentes, de Fernando Benítez. Aunque estos últimos probaran, sin el beneficio de la duda, que su importancia sería algún día la misma que la de los primeros. Hace tiempo que LUNES deseaba poner al alcance del lector estas pruebas. Fueron necesarias, sin embargo, algunas coincidencias.

Primeramente, una visita hace tiempo de Carlos Fuentes a Cuba y una conversación una madrugada en el vestíbulo del hotel. Allí quedó fijado el compromiso: LUNES dedicaría un número a la literatura mexicana. El tiempo de cumplir la deuda no se precisaría con demasiado rigor. Luego Carlos Fuentes volvió a Cuba —el pasado 26 de julio, en noviembre para el concurso de la Casa de las Américas, al Primero de Mayo— y el proyecto comenzaba a convertirse en realidad. Hace poco el número —prácticamente formado en México por el equipo de la revista "el espectador" y uno que otro amigo: Fernando Benítez, director del suplemento literario de "Novedades", Manuel Barbachano Ponce, el cineasta— quedó listo. Pero hubo una o dos dificultades demorantes más. Fue entonces que surgió como una realidad el viaje de nuestro presidente, Osvaldo Dorticós, a México. Casi hubo un éureka: he aquí el momento de hacer varias dianas con un solo tiro. Se mostraría a los lectores cubanos la literatura mexicana, se estrecharían los lazos entre los jóvenes escritores de Cuba y los jóvenes escritores de México, se pagaría la cortesía protocolar y mexicana con Dorticós y la Revolución que él representa, con la cortesía cubana y editorial a la revolución literaria que encabezan Rulfo, Paz, Fuentes. Si había más que buenas maneras diplomáticas en la acogida a Dorticós en México, hay, por supuesto, mucho más que obligación literaria con estos escritores mexicanos: ellos no sólo representan el pensamiento más avanzado de México, sino que por ello mismo defienden con todas las armas, cada día a la Revolución Cubana en todos los accidentes del frente mexicano. Además de las poderosas razones estrictamente literarias.

He aquí una muestra de esas razones. Juan Rulfo (en la Pág. 30) demuestra con su extraordinario "Anacleto Morones" por qué es considerado, por la muestra de dos libros, una entidad muy discernible de la literatura actual. Octavio Paz es uno de los verdaderos grandes poetas de la lengua en la actualidad: quien lo dude que lea "El cántaro roto", en la Pág 20. Carlos Fuentes desnudó sin piedad todas las capas de la sociedad mexicana en "La región más transparente". En los intersticios hacía incursiones en un pasado que explicaba o negaba la realidad actual. "La línea de la vida" (Pág. 36) es uno de los momentos maestros de esta novela. Casi se podría añadir que es uno de los más grandes momentos de la narración americana. "Al filo del agua" causó un gran revuelo en México cuando se publicó. En su novela, Agustín Yáñez introducía en la narrativa mexicana algunos de los dispositivos que Joyce, Proust, Faulkner inventaron para la novelística del siglo. De "Al filo del agua" se publica un prólogo ejemplar en la Pág. 15 Fernando Benítez analiza la realidad mexicana con una técnica muy próxima a la del cine. "El rey viejo" Pág. 18 es una novela que se lee con el agrado malicioso de un chisme; tiene también la utilidad de una denuncia. Juan José Arreola es una suerte de Borges de la meseta. Sus narraciones —que en México tienen tantos devotos como detractores— están escritas con un idioma totalmente dominado. "Parábola del trueque" (Pág. 35) es, posiblemente, el mejor ejercicio en absurdos de su libro "Confabulario y varia invención". Los poemas de las páginas centrales ofrecen a Octavio Paz como la figura alrededor de la que giran los orbes poéticos de Alí Chumacero, Marco Antonio Montes de Oca y Jaime García Terrés, en un juego de oposición y filiación. Hasta aquí la literatura de ficción y la poesía. En el ensayo Octavio Paz brilla con la misma intensa luz que en los poemas y sus "Máscaras mexicanas" (Pág. 5) es un fulgurante ejercicio de imaginación y etnología. En "La idea mexicana de la muerte", Emilio Uranga analiza un fenómeno inquietante: la posición del mexicano ante la tragedia del que tiene que morir; y la localización de todos estos fenómenos en su contexto histórico aparece dilucidada en la Pág. 13 en "Situación actual de la literatura mexicana". Mientras que en la Pág. 3, los primeros intelectuales mexicanos aprovechan esta ocasión para saludar y acoger como propia nuestra Revolución.

Si hemos dejado para el final al "Juan Pérez Jolote" es porque queremos resaltar su ya destacada calidad de extraordinario. Publicado primeramente como un modesto estudio en una oscura revista de antropología, llamó al instante la atención del mundo literario mexicano y al poco tiempo apareció en la colección de la nueva literatura de la Biblioteca del Fondo de Cultura Económica. Esta extraña circunstancia se explica cuando se echa la vista por primera vez a "Juan Pérez Jolote" y el lector deviene al instante, fanático.

LOS INTELECTUALES MEXICANOS Y LA REVOLUCION CUBANA

JORGE PORTILLA: La Revolución cubana suena como una primera explosión de la inteligencia en la América Española. Es un triunfo insigne sobre dos grandes males del mundo hispánico: la desesperanza y la tontería. Este grupo de universitarios constituye una demostración irrefutable de que la inteligencia y el pueblo pueden llegar a formar una mezcla detonante fatal para el feudalismo. Son una demostración de que frente a la ceguera perpetua de la política de los Estados Unidos en Hispanoamérica, los intelectuales libres pueden apoyarse en el pueblo para hacer marchar las cosas por un camino democrático. Las anomalías que frenan el desarrollo político de América Latina provienen de las viejas estructuras feudales del mundo hispánico. Son anomalías irracionales, personales. Su solución implica igualmente un margen de irracionalidad que se expresa en los fusilamientos. A un hombre tan perspicaz y tan sutil como Abel Quezada se le ha escapado su significación. Todo se aclara si comprendemos las cosas en la perspectiva histórica correcta. La Revolución de Cuba es en realidad una escaramuza, una de las escaramuzas finales de la guerra de independencia de los pueblos hispánicos. Independencia frente a la España feudal que todavía oprime, con una brutalidad que aquí en México ya no imaginamos, al pueblo español. No comprendo cómo es que gente que ha aprobado los fusilamientos de los intelectuales por los gendarmes se llevan las manos a la cabeza cuando unos intelectuales empiezan a fusilar a los gendarmes. Fidel Castro representa el triunfo de lo mejor del mundo de habla española contra lo peor de ese mismo mundo. Es el triunfo de Don Quijote sobre Torquemada.

ENRIQUE GONZALEZ PEDRERO: En este momento, la Revolución que demostró una vez más que cuando un pueblo quiere ser libre no hay ejército, por bien armado que esté, que lo detenga, está pasando por una etapa difícil. No porque el pueblo cubano esté descontento. Ni por que los pueblos latinoamericanos lo estén. Todo lo contrario: porque todo Latinoamérica está viviendo a través de Cuba, momentos de felicidad y momentos de historia que rara vez puede experimentar, *los intereses de siempre* están tratando una vez más de interrumpir el libre transcurrir de una historia digna a la que, como todos los pueblos, Cuba tiene derecho. La Revolución cubana no es sólo la Revolución de Cuba. Es la Revolución de México, de todo Latinoamérica. Es la Revolución de Bolívar, la que soñó Martí, por la que peleó Zapata. Es *nuestra* Revolución. Hay que respetarla, hay que defenderla, hay que hacerla vivir...

FERNANDO BENITEZ: Fidel Castro representa para los Estados Unidos una oportunidad de reivindicar su prestigio deteriorado en Guatemala y de estimular un movimiento revolucionario de los pueblos subdesarrollados en su zona de influencia, mas en lugar de apoyarlos y de entender lo que él significa han empleado todas sus armas a fin de aniquilarlo. Fidel Castro, para mí, para todos los que han observado de cerca —entre ellos se cuentan algunos norteamericanos eminentes—, es un revolucionario nacionalista. El encarna la imagen de un tipo de heroísmo que por desgracia no se da frecuentemente en América Latina. Luchó contra un ejército dictatorial —el ejército que ensombrece la vida de la mayoría de nuestros países— y lo derrotó. Luchó contra la corrupción gubernativa —otro cáncer del Continente— y ha logrado extirparla. Su vida en las montañas le hizo entender que la vida del campesino sólo mejoraría con la reforma agraria, con escuelas y hospitales, y está realizando ese programa. Podía haber sido un ridículo gobernante más, robar como los otros y dejar las cosas en el estado que se hallaban, mas prefirió cambiar la estructura social y económica de Cuba sin concesiones, debilidades ni cobardías. A ese hombre no se le



puede volver la espalda después de haberle colgado el sambenito de comunista ni calificarlo, como lo ha hecho con su mala fe de siempre *U. S. News & World Report,* entre los dictadores Stroessner y Trujillo. Esto es simplemente idiota. Un viaje por la isla convencerá a sus detractores de que Fidel Castro es amado por todos los cubanos, excepción hecha, claro está, del pequeño grupo de latifundistas y de rapaces mercaderes que hicieron fortuna a la sombra de la dictadura.

CARLOS FUENTES: Acaso la máxima lección de la Revolución cubana sea esta: nuestros países sólo podrán alcanzar un desarrollo efectivo a través de la utilización plena y racional de sus recursos propios, en la actualidad utilizados escasa e irracionalmente y malgastados por el dispendio de las clases altas y el traslado creciente del ingreso a factores extranjeros. A la enajenación del monocultivo, Cuba ha opuesto la diversificación agrícola tecnificada y el impulso a la industrialización fundada en los recursos nacionales. A la subutilización de la tierra bajo la tenencia latifundista, Cuba ha opuesto una reforma agraria ejemplar, capaz de trabajar el campo sin detener la producción —por el contrario, aumentándola notablemente—. Al despilfarro de las clases altas, Cuba ha opuesto la honradez administrativa y la distribución popular del ingreso y de la producción. A la anarquía empobrecedora e injusta de la "libre empresa", Cuba ha opuesto la planificación racional del desarrollo económico y la inversión pública en todas las actividades primordiales. A la limitación geográfica de nuestras ventas al exterior, Cuba ha opuesto el derecho a comerciar libremete con quien le plazca. Al expediente mentiroso de las inversiones extranjeras, Cuba ha opuesto la capacidad total de trabajo de su pueblo y la utilización total de sus propios recursos. Las falacias de la historia contemporánea de América han caído por tierra. Desde ahora, el modelo más eficaz para el desarrollo económico de Iberoamérica está radicado —concreta, actual y activamente— en un país nuestro. La lección no pasará inadvertida.

VICTOR FLORES OLEA: En el más profundo sentido del término, la Revolución Cubana es una revolución humanista. El hombre y la dignidad han vuelto por sus fueros en Cuba, son ahora el objeto último y real de toda la vida pública. Al destruir los latifundios y llevar a cabo la Reforma Agraria, el cubano se encuentra consigo mismo; al romper las estructuras semi-coloniales del país, el cubano se encuentra consigo mismo; al promover la educación del pueblo, el cubano se encuentra consigo mismo, y también se ha encontrado consigo mismo en esa ejemplar democracia de la Revolución. Un pueblo tradicionalmente sujeto a fuerzas "extrañas" y "extranjeras" decide un día romper sus cadenas y mostrarse al mundo como pueblo libre y dueño de su propio destino; y al cambiar el estado de sujeción en que vivía, el cubano se ha transformado: ahora, en Cuba, viejas y gastadas palabras como *dignidad* y *libertad* han cobrado de nuevo su perfecto sentido humano. El hombre se transforma al modificar su situación, nos enseña la Revolución Cubana; el hombre se libera cuando acaba con las fuerzas de su dominación económica, nos enseña la Revolución Cubana; el hombre es la razón última de la política, nos enseña la Revolución Cubana, cuando pueblo y gobierno coinciden profundamente en la misma tarea de satisfacer las necesidades colectivas. Pero además, la Revolución Cubana, ha destruído una serie de mitos que son precisamente los mitos de la sujeción de nuestros pueblos: al vencer a un ejército de casta, ha demostrado que las energías del pueblo pueden más que los aparatos represivos; que la vecindad con los E U. no basta para impedir nuestra liberación económica; que la unidad y decisión del pueblo son más fuertes que las conjuras internacionales; que los pueblos de Latinoamérica, con sólo proponérselo, son capaces de lograr una madurez política insospechable. La Revolución Cubana, por estas razones, es *nuestra* revolución, la revolución del hombre de América.

MASCARAS MEXICANAS

POR OCTAVIO PAZ

CORAZON APASIONADO
DISIMULA TU TRISTEZA

Canción popular



Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino: una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad. Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospechas de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos; en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arcoíris súbitos, amenazas indescifrables. Aún en la disputa prefiere la expresión velada a la injuria: 'al buen entendedor pocas palabras'. En suma, entre la realidad y su persona establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también de sí mismo.

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la "hombría" consiste en no "rajarse" nunca. Los que se "abren" son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, "agacharse", pero no "rajarse", esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El "rajado" es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su "rajada", herida que jamás cicatriza.

El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado. La dureza y hostilidad del ambiente —y esa amenaza, escondida e indefinible, que siempre flota en el aire— nos obligan a cerrarnos al exterior, como esas plantas de la meseta que acumulan sus jugos tras una cáscara espinosa. Pero ésta conducta, legítima en su origen, se ha convertido en un mecanismo que funciona solo, automáticamente. Ante la simpatía y la dulzura nuestra respuesta es la reserva, pues no sabemos si esos sentimientos son verdaderos o simulados. Y además, nuestra integridad masculina corre tanto peligro ante la benevolencia como ante la hostilidad. Toda abertura de nuestro ser entraña una dimisión de nuestra hombría.

Nuestras relaciones con los otros hombres también están reñidas de recelo. Cada vez que el mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se "abre", abdica. Y teme que el desprecio del confidente siga a su entrega. Por eso la confidencia deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha; no nos ahogamos en la fuente que nos refleja, como Narciso, sino que la cegamos. Nuestra cólera no se nutre nada más del temor de ser utilizados por nuestros confidentes —temor general a todos los hombres— sino de la vergüenza de haber renunciado a nuestra soledad. El que se confía, se enajena; 'me he vendido con Fulano", decimos cuando nos confiamos a alguien que no lo merece. Esto es, nos hemos "rajado", alguien ha penetrado en el castillo fuerte. La distancia entre hombre y hombre, creadora del mutuo respeto y la mutua seguridad ha desaparecido. No solamente estamos a merced del intruso, sino que hemos abdicado.

Todas estas expresiones revelan que el mexicano considera la vida como lucha, concepción que no lo distingue del resto de los hombres modernos. El ideal de hombría para otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; nosotros acentuamos el carácter defensivo, listos a repeler el ataque. El "macho" es un ser hermético, encerrado en sí mismo, capaz de guardarse y guar-

lar lo que se le confía. La hombría se mide por la invulnerabilidad ante las armas enemigas o ante los impactos del mundo exterior. El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos e impasibles —como Juárez y Cuauhtémoc— al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad.

La preeminencia de lo cerrado frente a lo abierto no se manifiesta sólo como impasibilidad y desconfianza, ironía y recelo, sino como amor a la Forma. Esta contiene y encierra a la intimidad, impide sus excesos, reprime sus explosiones, la separa y aisla, la preserva. La doble influencia indígena y española se conjugan en nuestra predilección por la ceremonia, las fórmulas y el orden. El mexicano, contra lo que supone una superficial interpretación de nuestra historia, aspira a crear un mundo ordenado conforme a principios claros. La agitación y encono de nuestras luchas políticas prueba hasta qué punto las nociones jurídicas juegan un papel importante en nuestra vida pública. y en la de todos los días el mexicano es un hombre que se esfuerza por ser formal y que muy fácilmente se convierte en formulista. Y es explicable. El orden —jurídico, social, religioso o artístico— constituye una esfera segura y estable. En su ámbito basta con ajustarse a los modelos y principios que regulan la vida; para manifestarse, necesita recurrir a la continua invención que exige una sociedad libre. Quizá nuestro tradicionalismo —que es una de las constantes de nuestro ser y lo que da coherencia y antigüedad a nuestro pueblo— parte del amor que profesamos a la Forma.

Las complicaciones rituales de la cortesía, la persistencia del humanismo clásico, el gusto por las formas cerradas en la poesía (el soneto y la décima, por ejemplo), nuestro amor por la geometría en las artes decorativas, por el dibujo y la composición en la pintura, la pobreza de nuestro Romanticismo frente a la excelencia de nuestro arte barroco, el formalismo de nuestras instituciones políticas y, en fin, la peligrosa inclinación que mostramos por las fórmulas —sociales, morales y burocráticas—, son otras tantas expresiones de esta tendencia de nuestro carácter. El mexicano no sólo no se abre; tampoco se derrama.

A veces las formas nos ahogan. Durante el siglo pasado los liberales vanamente intentaron someter la realidad del país a la camisa de fuerza de la Constitución de 1857. Los resultados fueron la Dictadura de Porfirio Díaz y la Revolución de 1910. En cierto sentido la historia de México, como la de cada mexicano, consiste en una lucha entre las formas y fórmulas en que se pretende encerrar a nuestro ser y las explosiones con que nuestra espontaneidad se venga. Pocas veces la Forma ha sido una creación original, un equilibrio alcanzado no a expensas sino gracias a la expresión de nuestros instintos y quereres. Nuestras formas jurídicas y morales, por el contrario, mutilan con frecuencia nuestro ser, nos impiden expresarnos y niegan satisfacción a nuestros apetitos vitales.

La preferencia por la Forma, inclusive vacía de contenido, se manifiesta a lo largo de la historia de nuestro arte, desde la época precortesiana hasta nuestros días. Antonio Castro Leal, en su excelente estudio sobre Juan Ruiz de Alarcón, muestra cómo la reserva frente al romanticismo —que es, por definición, expansivo y abierto— se expresa ya en el siglo XVII, esto es, antes de que siquiera tuviésemos conciencia de nacionalidad. Tenían razón los contemporáneos de Juan Ruiz de Alarcón al acusarlo de entrometido, aunque más bien hablasen de la deformidad de su cuerpo que de la singularidad de su obra. En efecto, la porción más característica de su teatro niega al de sus contemporáneos españoles. y su negación contiene, en cifra, la que México ha opuesto siempre a España. El teatro de Alarcón es una respuesta a la vitalidad española, afirmativa y deslumbrante en esa época, y que se expresa a través de un gran Sí a la historia y a las pasiones. Lope exalta el amor, lo heroico, lo sobrehumano, lo increíble; Alarcón opone a estas virtudes desmesuradas otras más sutiles y burguesas: la dignidad, la cortesía, un estoicismo melancólico, un pudor sonriente. Los problemas morales interesan poco a Lope, que ama la acción, como todos sus contemporáneos. Más tarde Calderón mostrará el mismo desdén por la sicología; los conflictos morales y las oscilaciones, caídas y cambios del alma humana sólo son metáforas que transparentan un drama teológico cuyos dos personajes son el pecado original y la Gracia divina. En las comedias más representativas de Alarcón, en cambio, el cielo cuenta poco, tan poco como el viento pasional que arrebata a los personajes lopescos. El hombre, nos dice el mexicano, es un compuesto, y el mal y el bien se mezclan sutilmente en su alma. En lugar de proceder por síntesis, utiliza el análisis: el héroe se vuelve problema. En varias comedias se plantea la cuestión de la mentira: ¿hasta qué punto el mentiroso de veras miente, de veras se propone engañar?; ¿no es él la primera víctima de sus engaños y no es a sí mismo a quien engaña? El mentiroso se miente a sí mismo: tiene miedo de sí. Al plantearse el problema de la autenticidad, Alarcón anticipa uno de los temas constantes de reflexión del mexicano, que más tarde recogerá Rodolfo Usigli en El gesticulador.

En el mundo de Alarcón no triunfan la pasión ni la Gracia; todo se subordina a lo razonable; sus arquetipos son los de la moral que sonríe y perdona. Al sustituir los valores vitales y románticos de Lope por los abstractos de una moral universal y razonable, ¿no se evade, no nos escamotea su propio ser? Su negación, como la de México, no afirma nuestra singularidad frente a la de los españoles. Los valores que postula Alarcón pertenecen a todos los hombres y son una herencia grecorromana tanto como una profecía de la moral que impondrá el mundo burgués. No expresan nuestra espontaneidad, ni resuelven nuestros conflictos; son Formas que no hemos creado ni sufrido, máscaras. Sólo hasta nuestros días hemos sido capaces de enfrentar al Sí español un Sí mexicano y no una afirmación intelectual, vacía de nuestras particularidades. La Revolución mexicana, al descubrir las artes populares, dio origen a la pintura moderna; al descubrir el lenguaje de los mexicanos, creó la nueva poesía.

Si en la política y el arte el mexicano aspira a crear mundos cerrados, en la esfera de las relaciones cotidianas procura que imperen el pudor, el recato y la reserva ceremoniosa. El pudor, que nace de la vergüenza ante la desnudez propia o ajena, es un reflejo casi físico entre nosotros. Nada más alejado de esta actitud que el miedo al cuerpo, característico de la vida norteamericana. No nos da miedo ni vergüenza nuestro cuerpo; lo afrontamos con naturalidad y lo vivimos con cierta plenitud —a la inversa de lo que ocurre con los puritanos. Para nosotros el cuerpo existe; da gravedad y límites a nuestro ser. Lo sufrimos y gozamos; no es un traje que estamos acostumbrados a habitar, ni algo ajeno a nosotros: somos nuestro cuerpo. Pero las miradas extrañas nos sobresaltan, porque el cuerpo no vela intimidad, sino la descubre. El pudor, así, tiene un carácter defensivo, como la muralla china de la cortesía o las cercas de órganos y cactos que separan en el campo a los jacales de los campesinos. Y por eso la virtud que más estimamos en las mujeres es el recato, como en los hombres la reserva. Ellas también deben defender su intimidad.

Sin duda en nuestra concepción del recato femenino interviene la vanidad masculina del señor —que hemos heredado de indios y españoles. Como casi todos los pueblos, los mexicanos consideran a la mujer como un instrumento, ya de los deseos del hombre, ya de los fines que le asignan la ley, la sociedad o la moral. Fines, hay que decirlo, sobre los que nunca se le ha pedido su consentimiento y en cuya realización participa sólo pasivamente, en tanto que "de-



positaria" de ciertos valores. Prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer trasmite o conserva, pero no crea, los valores y energías que le confían la naturaleza o la sociedad. En un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos. Pasiva, se convierte en diosa, amada, ser que encarna los elementos estables y antiguos del universo: la tierra, madre y virgen; activa, es siempre función, medio, canal. La feminidad nunca es un fin en sí mismo, como lo es la hombría.

En otros países estas funciones se realizan a la luz pública y con brillo. En algunos se reverencia a las prostitutas o a las vírgenes; en otros, se premia a las madres; en casi todos, se adula y respeta a la gran señora. Nosotros preferimos ocultar esas gracias y virtudes. El secreto debe acompañar a la mujer. pero la mujer no sólo debe ocultarse sino que, además, debe ofrecer cierta impasibilidad sonriente al mundo exterior. Ante el escarceo erótico, debe ser "decente"; ante la adversidad, "sufrida". En ambos casos su respuesta no es instintiva ni personal, sino conforme a un modelo genérico. Y ese modelo, como en el caso del "macho", tiende a subrayar los aspectos defensivos y pasivos, en una gama que va desde el pudor y la "decencia" hasta el estoicismo, la resignación y la impasibilidad.

La herencia hispanoárabe no explica completamente esta conducta. La actitud de los españoles frente a las mujeres es muy simple y expresa, con brutalidad y concisión, en dos refranes: "la mujer en casa y con la pata rota" y "entre santa y santo, pared de cal y canto". La mujer es una fiera doméstica, lujuriosa y pecadora de nacimiento, a quien hay que someter con el palo y conducir con el "freno de la religión". De ahí que muchos españoles consideren a las extranjeras —y especialmente a las que pertenecen a países de raza o religión diversas a las suyas— como presa fácil. Para los mexicanos la mujer es un ser oscuro, secreto y pasivo. No se le atribuyen malos instintos: se pretende que ni siquiera los tiene. Mejor dicho, no son suyos sino de la especie; la mujer encarna la voluntad de la vida, que es por esencia impersonal, y en este hecho radica su imposibilidad de tener una vida personal. Ser ella misma, dueña de su deseo, su pasión o su capricho, es ser infiel a sí misma. Bastante más libre y pagano que el español —como heredero de las grandes religiones naturalistas precolombinas— el mexicano no condena al mundo natural. Tampoco el amor sexual está teñido de luto y horror, como en España. La peligrosidad no radica en el instinto sino en asumirlo personalmente. Reaparece así la idea de pasividad: tendida o erguida, vestida o desnuda, la mujer nunca es ella misma. Manifestación indeferenciada de la vida, es el canal del apetito cósmico. En este sentido, no tiene deseos propios.

Las norteamericanas proclaman también la ausencia de instintos y deseos, pero la raíz de su pretensión es distinta y hasta contraria. La norteamericana oculta o niega ciertas partes de su cuerpo —y, con más frecuencia, de su psiquis: son inmorales y, por lo tanto, no existen. Al negarse, reprime su espontaneidad. La mexicana simplemente no tiene voluntad. Su cuerpo duerme y sólo se enciende si alguien lo despierta. Nunca es pregunta, sino respuesta, materia fácil y vibrante que la imaginación y la sensualidad masculina esculpen. Frente a la actividad que despliegan las otras mujeres, que desean cautivar a los hombres a través de la agilidad de su espíritu o del movimiento de su cuerpo, la mexicana opone un cierto hieratismo, un reposo hecho al mismo tiempo de espera y desdén. El hombre revolotea a su alrededor, la festeja, la canta, hace caracolear su caballo o su imaginación. Ella se vela en el recato y la inmovilidad. Es un ídolo. Como todos los ídolos, es dueña de fuerzas magnéticas, cuya eficacia y poder crecen a medida que el foco emisor es más pasivo y secreto. Analogía cósmica: la mujer no busca, atrae. Y el centro de su atracción es su sexo, oculto, pasivo. Inmóvil sol secreto.

Esta concepción —bastante falsa si se piensa que la mexicana es muy sensible e inquieta— no la convierte en mero objeto, en cosa. La mujer mexicana, como todas las otras, es un símbolo que representa la estabilidad y continuidad de la raza. A su significación cósmica se alía la social: en la vida diaria su función consiste en hacer imperar la ley y el orden, la piedad y la dulzura. Todos cuidamos que nadie "falte al respeto a las señoras", noción universal, sin duda, pero que en México se lleva hasta sus últimas consecuencias. Gracias a ella se suavizan muchas de las asperezas de nuestras relaciones de "hombre a hombre". Naturalmente habría que preguntar a las mexicanas su opinión; ese "respeto" es a veces una hipócrita manera de sujetarlas e impedirles que se expresen. Quizá muchas preferirían ser tratadas con menos "respeto" (que, por lo demás se les concede solamente en público) y con más libertad y autenticidad. Esto es, como seres humanos y no como símbolos o funciones. Pero, ¿cómo vamos a consentir que ellas se expresen, si toda nuestra vida tiende a paralizarse en una máscara que oculte nuestra intimidad?

Ni la modestia propia, ni la vigilancia social, hacen invulnerable a la mujer. Tanto por la fatalidad de su anatomía "abierta" como por su situación social —depositaria de la honra, a la española— está expuesta a toda clase de peligros, contra los que nada pueden la moral personal ni la protección masculina. El mal radica en ella misma; por naturaleza es un ser "rajado", abierto. Mas en virtud de un mecanismo de compensación fácilmente explicable, se hace



foto de berenice kolko

virtud de su flaqueza original y se crea el mito de la "sufrida mujer mexicana". El ídolo —siempre vulnerable, siempre en trance de convertirse en ser humano— se transforma en víctima, pero en víctima endurecida e insensible al sufrimiento, encallecida a fuerza de sufrir. (Una persona "sufrida" es menos sensible al dolor que las que apenas si han sido tocadas por la adversidad). Por obra del sufrimiento, las mujeres se vuelven como los hombres: invulnerables, impasibles y estoicas.

Se dirá que al transformar en virtud algo que debería ser motivo de vergüenza, sólo pretendemos descargar nuestra conciencia y encubrir con una imagen una realidad atroz. Es cierto, pero también lo es al atribuir a la mujer la misma invulnerabilidad a que aspiramos, recubrimos con una inmunidad moral su fatalidad anatómica, abierta al exterior. Gracias al sufrimiento, y a su capacidad para resistirlo sin protesta, la mujer trasciende su condición y adquiere los mismos atributos del hombre.

Es curioso advertir que la imagen de la "mala mujer" casi siempre se presenta acompañada de la idea de actividad. A la inversa de la "abnegada madre", de la "novia que espera" y del ídolo hermético, seres estáticos, la "mala" va y viene, busca a los hombres, los abandona. Por un mecanismo análogo al descrito más arriba, su extrema movilidad la vuelve invulnerable. Actividad e impudicia se alían en ella y acaban por petrificar su alma. La "mala" es dura, impía, independiente como el "macho". Por caminos distintos, ella también trasciende su fisiología y se cierra al mundo.

Es significativo, por otra parte, que el homosexualismo masculino sea considerado con cierta indulgencia, por lo que toca al agente activo. El pasivo, al contrario, es un ser degradado y abyecto. El juego de los "albures" —esto es, el combate verbal hecho de alusiones obscenas y de doble sentido, que tanto se practica en la ciudad de México— transparenta esta ambigua concepción. Cada uno de los interlocutores, a través de trampas verbales y de ingeniosas combinaciones lingüísticas, procura anonadar a su adversario; el vencido es el que no puede contestar, el que se traga las palabras de su enemigo. Y esas palabras están teñidas de alusiones sexualmente agresivas; el perdido es poseído,



violado, por el otro. Sobre él caen las burlas y escarnios de los espectadores. Así pues, el homosexualismo masculino es tolerado, a condición de que se trate de una violación del agente pasivo. Como en el caso de las relaciones heterosexuales, lo importante es "no abrirse" y, simultáneamente, rajar, herir al contrario.

Me parece que todas estas actitudes, por diversas que sean sus raíces, confirman el carácter "cerrado" de nuestras reacciones frente al mundo o frente a nuestros semejantes. Pero no nos bastan los mecanismos de preservación y defensa. La simulación, que no acude a nuestra pasividad, sino que exige una invención activa y que se recrea a si misma a cada instante, es una de nuestras formas de conducta habituales. Mentimos por placer y fantasía, sí, como todos los pueblos imaginativos, pero también para ocultarnos y ponernos al abrigo de intrusos. La mentira posee una importancia decisiva en nuestra vida cotidiana, en la política, el amor, la amistad. Con ella no pretendemos nada más engañar a los demás, sino a nosotros mismos. De ahí su fertilidad y lo que distingue a nuestras mentiras de las groseras invenciones de otros pueblos. La mentira es un juego trágico, en el que arriesgamos parte de nuestro ser. Pero es estéril su denuncia.

El simulador pretende ser lo que no es. La actividad reclama una constante improvisación, un ir hacia adelante siempre, entre arenas movedizas. A cada minuto hay que rehacer, recrear, modificar el personaje que fingimos, hasta que llega un momento en que la realidad y apariencia, mentira y verdad, se confunden. De tejido de invenciones para deslumbrar al prójimo, la simulación se trueca en una forma superior, por artística, de la realidad. Nuestras mentiras reflejan, simultáneamente, nuestras carencias y nuestros apetitos, lo que no somos y lo que deseamos ser. Simulando, nos acercamos a nuestro modelo y a veces el gesticulador, como ha visto con hondura Usigli, se funde con sus gestos, los hace auténticos. La muerte del profesor Rubio lo convierte en lo que deseaba ser: el general Rubio, un revolucionario sincero y un hombre capaz de impulsar y purificar a la Revolución estancada. En la obra de Usigli el profesor Rubio se inventa a sí mismo y se transforma en general; su mentira es tan verdadera que Navarro, el corrompido, no tiene más remedio que volver a matar en él a su antiguo jefe, el general Rubio. Mata en él la verdad de la Revolución.

Si por el camino de la mentira podemos llegar a la autenticidad, un exceso de sinceridad puede conducirnos a formas refinadas de la mentira. Cuando nos enamoramos nos "abrimos", mostramos nuestra intimidad, ya que una vieja tradición quiere que el que sufre de amor exhiba sus heridas ante la que ama. Pero al descubrir sus llagas de amor, el enamorado trasforma su ser en una imagen, en un objeto que entrega a la contemplación de la mujer —y de sí mismo—. Al mostrarse, invita a que lo contemplen con los mismos ojos piadosos con que él se contempla. La mirada ajena ya no lo desnuda; lo recubre de piedad. Y al presentarse como espectáculo y pretender que se le mire con los mismos ojos con que él se ve, se evade del juego erótico, pone a salvo su verdadero ser, lo sustituye por una imagen. Substrae su intimidad, que se refugia en sus ojos, esos ojos que son nada más contemplación y piedad de sí mismo. Se vuelve su imagen y la mirada que lo contempla.

En todos los tiempos y en todos los climas las relaciones humanas —y especialmente las amorosas— corren el riesgo de volverse equívocas. Narcisismo y masoquismo no son tendencias exclusivas del mexicano. Pero es notable la frecuencia con que canciones populares, refranes y conductas aluden al amor como falsedad y mentira. Casi siempre eludimos los riesgos de una relación desnuda a través de una exageración, en su origen sincera, de nuestros sentimientos. Asimismo, es revelador cómo el carácter combativo del erotismo se acentúa entre nosotros y se encona. El amor es una tentativa de penetrar en otro ser, pero sólo puede realizarse a condición de que la entrega sea mutua. En todas partes es difícil este abandono de sí mismo; pero coinciden en la entrega y más pocos aún logran trascender esa etapa posesiva y gozar del amor como lo que realmente es: un perpetuo descubrimiento, una inmersión en las aguas de la realidad y una recreación constante. Nosotros concebimos el amor como conquista y como lucha. No se trata tanto de penetrar la realidad, a través de su cuerpo, como de violarla. De ahí que la imagen del amante afortunado —herencia, acaso, del Don Juan español— se confunda con la del hombre que se vale de sus sentimientos —reales o inventados— para obtener a la mujer

La simulación es una actividad parecida a la de los actores y puede expresarse en tantas formas como personajes fingimos. Pero el actor, si lo es de veras, se entrega a su personaje y lo encarna plenamente, aunque después, terminada la representación, lo abandone como su piel la serpiente. El simulador si se fundiera con su imagen. Al mismo tiempo, esa ficción se convierte en una parte inseparable —y espuria— de su ser: está condenado a representar toda su vida, porque entre su personaje y él se ha establecido una complicidad que nada puede romper, excepto la muerte o el sacrificio. La mentira se instala en su ser y se convierte en el fondo último de su personalidad.

Simular es inventar o, mejor, aparentar y así eludir nuestra condición. La disimulación exige mayor sutileza: el que disimula no representa, sino que quiere hacer invisible, pasar desapercibido —sin renunciar a su ser—. El mexicano excede en el disimulo de sus pasiones y de sí mismo. Temeroso de la mirada ajena, se contrae, se reduce, se vuelve sombra y fantasma, eco. No camina, se desliza; no propone, insinúa; no replica, rezonga; no se queja, sonríe; hasta cuando canta —si no estalla y se abre el pecho— lo hace entre dientes y a media voz, disimulando su cantar:

> Y es tanta la tiranía
> de esta disimulación
> que aunque de raros anhelos
> se me hincha el corazón,
> tengo miradas de reto
> y voz de resignación.

Quizá el disimulo nació durante la Colonia. Indios y mestizos tenían, como en el poema de Reyes, que cantar quedo, pues "entre dientes mal se oyen palabras de rebelión". El mundo colonial ha desaparecido, pero no el temor, la desconfianza y el recelo. Y ahora no solamente disimulamos nuestra cólera sino nuestra ternura. Cuando pide disculpas, la gente del campo suele decir "Disimule usted, señor". Y disimulamos. Nos disimulamos con tal ahínco que casi no existimos.

En sus formas radicales el disimulo llega al mimetismo.



El indio se funde con el paisaje, se confunde con la barda blanca en que se apoya por la tarde, con la tierra oscura en que se tiende a mediodía, con el silencio que lo rodea. Se disimula tanto su humana singularidad que acaba por abolirla; y se vuelve piedra, pirú, muro, silencio: espacio. No quiero decir que comulgue con el todo, a la manera panteísta, ni que un árbol aprehenda todos los árboles, sino que efectivamente, esto es, de una manera concreta y particular, se confunde con un objeto determinado.

Roger Caillois observa que el mimetismo no implica siempre una tentativa de protección contra las amenazas virtuales que pululan en el mundo externo. A veces los insectos se "hacen los muertos" o imitan las formas de la materia en descomposición, fascinados por la muerte, por la inercia del espacio. Esta fascinación —fuerza de gravedad, diría yo, de la vida— es común a todos los seres y el hecho de que se exprese como mimetismo confirma que no debemos considerar a éste exclusivamente como un recurso del instinto vital para escapar del peligro y la muerte.

Defensa frente al exterior o fascinación ante la muerte, el mimetismo no consiste tanto en cambiar de naturaleza como de apariencia. Es revelador que la apariencia escogida sea la de la muerte o la del espacio inerte, en reposo. Extenderse, confundirse con el espacio, ser espacio, es una manera de rehusarse a las apariencias, pero también es una manera de ser sólo Apariencia. El mexicano tiene tanto horror a las apariencias, como amor le profesan sus demagogos y dirigentes. Por eso se disimula su propio existir hasta confundirse con los objetos que lo rodean. Y así, por miedo a las apariencias, se vuelve sólo Apariencia. Aparenta ser otra cosa e incluso prefiere la apariencia de la muerte o del no ser antes que abrir su intimidad y cambiar. La disimulación mimética, en fin, es una de tantas manifestaciones de nuestro hermetismo. Si el gesticulador acude al disfraz, los demás queremos pasar desapercibidos. En ambos casos ocultamos nuestro ser. Y a veces lo negamos. Recuerdo que una tarde, como oyera un leve ruido en el cuarto vecino mío, pregunté en voz alta: "¿Quién anda por ahí?" y la voz de una criada recién llegada de su pueblo contestó: "No es nadie, señor, soy yo".

No sólo nos disimulamos a nosotros mismos y nos hacemos transparentes y fantasmales; también disimulamos la existencia de nuestros semejantes. No quiero decir que los ignoremos o los hagamos menos, actos deliberados y soberbios. Los disimulamos de manera más definitiva y radical: los ninguneamos. El ninguneo es una operación que consiste en hacer de Alguien, Ninguno. La nada de pronto se individualiza, se hace cuerpo y ojos, se hace Ninguno.

Don Nadie, padre español de Ninguno, posee don, vientre, honra, cuenta en el banco y habla con voz fuerte y segura. Don Nadie llena al mundo con su vacía y vocinglera presencia. Está en todas partes y en todos los sitios tiene amigos. Es banquero, trabajador, hombre de empresa. Se pasea por todos los salones, los condecoran en Jamaica, en Estocolmo y en Londres. Don Nadie es funcionario o influyente y tiene una agresiva y engreída manera de no ser. Ninguno es silencioso y tímido, resignado. Es sensible e inteligente. Sonríe siempre. Espera siempre. Y cada vez que quiere hablar, tropieza con un muro de silencio; si saluda encuentra una espalda glacial; si suplica, llora o grita, sus gestos y gritos se pierden en el vacío que don Nadie crea con su vozarrón. Ninguno no se atreve a no ser: oscila, intenta una vez y otra vez ser Alguien. Al fin, entre vanos gestos, se pierde en el limbo de donde surgió.

Sería un error pensar que los demás le impiden existir. Simplemente disimulan su existencia, obran como si no existiera. Lo nulifican, lo anulan, lo ningunean. Es inútil que Ninguno hable, publique libros, pinte cuadros, se ponga de cabeza. Ninguno es la ausencia de nuestras miradas, la pausa de nuestra conversación, la reticencia de nuestro silencio. Es el nombre que olvidamos siempre por una extraña fatalidad, el eterno ausente, el invitado que no invitamos, el hueco que no llenamos. Es una omisión. Y sin embargo, Ninguno está presente siempre. Es nuestro secreto, nuestro crimen y nuestro remordimiento. Por eso el Ninguneador también se ningunea; él es la omisión de Alguien. Y si todos somos Ninguno, no existe ninguno de nosotros. El círculo se cierra y la sombra de Ninguno se extiende sobre México, asfixia al Gesticulador y lo cubre todo. En nuestro territorio, más fuerte que las pirámides y los sacrificios, que las iglesias, los motines y los cantos populares, vuelve a imperar el silencio, anterior a la Historia.



OCTAVIO PAZ (1914)

ha sido durante veinte años uno de los principales animadores literarios de México. Fundó y dirigió la revista "Taller" (1938-1941). Integra, con Carlos Pellicer, *José Gorostiza y Alí Chumacero, el cuarteto definitivo de los poetas mexicanos vivos.*

La poesía de Paz, inflamada de grandes contradicciones vitales, ha restaurado a la literatura mexicana una fuerza lírica nutrida de preocupaciones radicales: el erotismo, la soledad y la comunión la historia, la violencia. Poblada de interrogaciones hechas al mundo contemporáneo, revela también el sentido más hondo de la vida mexicana, de sus dualidades y de sus rasgaduras históricas y morales.

Como ensayista, Paz es autor de un libro definitivo para comprender a México: El laberinto de la soledad.

BIBLIOGRAFIA: Poesía: Luna silvestre (1933); *¡No pasarán!* (1936); *Raíz del hombre* (1937);
Bajo tu clara sombra (1937);
Entre la piedra y la flor (1941);
A la orilla del mundo (1942);
Libertad bajo palabra (1949);
Semillas para un himno (1954);
Piedra de Sol (1957);
La estación violenta (1958).
Poesía en Prosa: *¿Aguila o sol?* (1951).
Ensayo:
El laberinto de la soledad (1949);
El arco y la lira (1956);
Las peras del olmo (1957).
Teatro:
La hija de Rapaccini (1957).

LA IDEA MEXICANA DE LA MUERTE

POR EMILIO URANGA



grabados de posada
dibujos de orozco

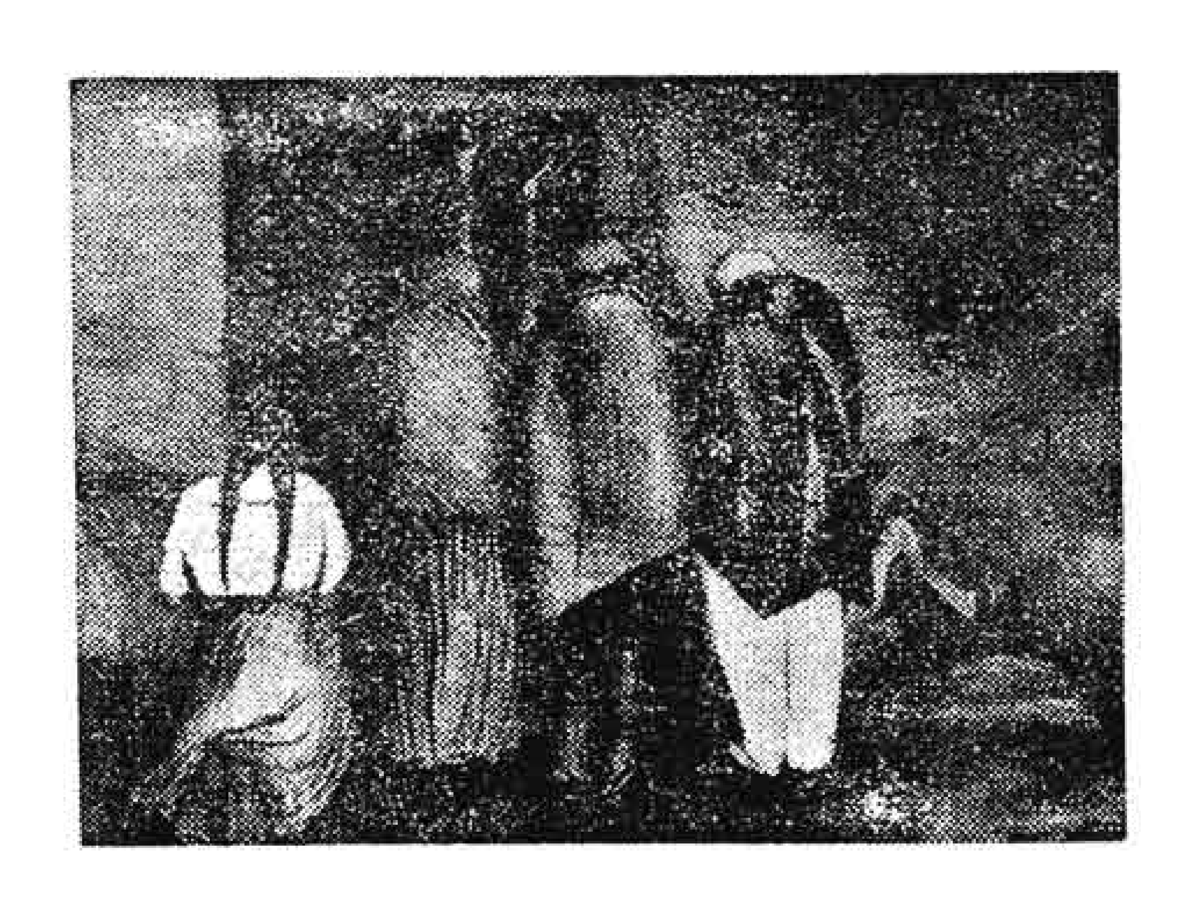
El norteamericano y el mexicano se distinguen, entre otras muchas cosas, por su actitud ante la muerte. Para el norteamericano la muerte es una realidad a ocultar, un fenómeno que se silencia y enmascara lo más posible para que no rompa, con su impertinencia, la tersura de una vida que se desenvuelve en radical vocación a la obra y a la realización.

Esta concepción de la muerte del norteamericano está muy claramente expuesta en el libro de Thomas Merton, La Montaña de los Siete Círculos. Hablando de la enfermedad y muerte de su madre nos dice: "Eso también fue otra cosa que no se me explicó. Todo lo referente a la enfermedad y a la muerte se me ocultaba más o menos, porque la consideración de estas cosas podía hacer morboso a un niño. Y puesto que yo estaba destinado a crecer con una visión amable, clara, optimista y bien equilibrada de la vida nunca se me llevó al hospital a ver a mi madre, desde que se fue allí. Y esta era idea totalmente de ella." (página 25). Y más adelante, "Mi madre, por alguna razón, siempre había querido que se la incinerase. Creo que esto está muy de acuerdo con la estructura total de su filosofía de la vida: Un cuerpo muerto era algo que debía ahuyentarse del modo más rápido posible. Recuerdo como era ella, con un trapo atado en torno a su cabeza para librarse del polvo, limpiando y barriendo y quitando el polvo a las habitaciones con la mayor energía e intensidad de propósito. Esto ayuda a comprender su impaciencia con la carne inútil y marchita. Eso era algo que había que hacer sin tardanza. Cuando la vida ha termindo, que termine todo, definitivamente, para siempre" (página 28).

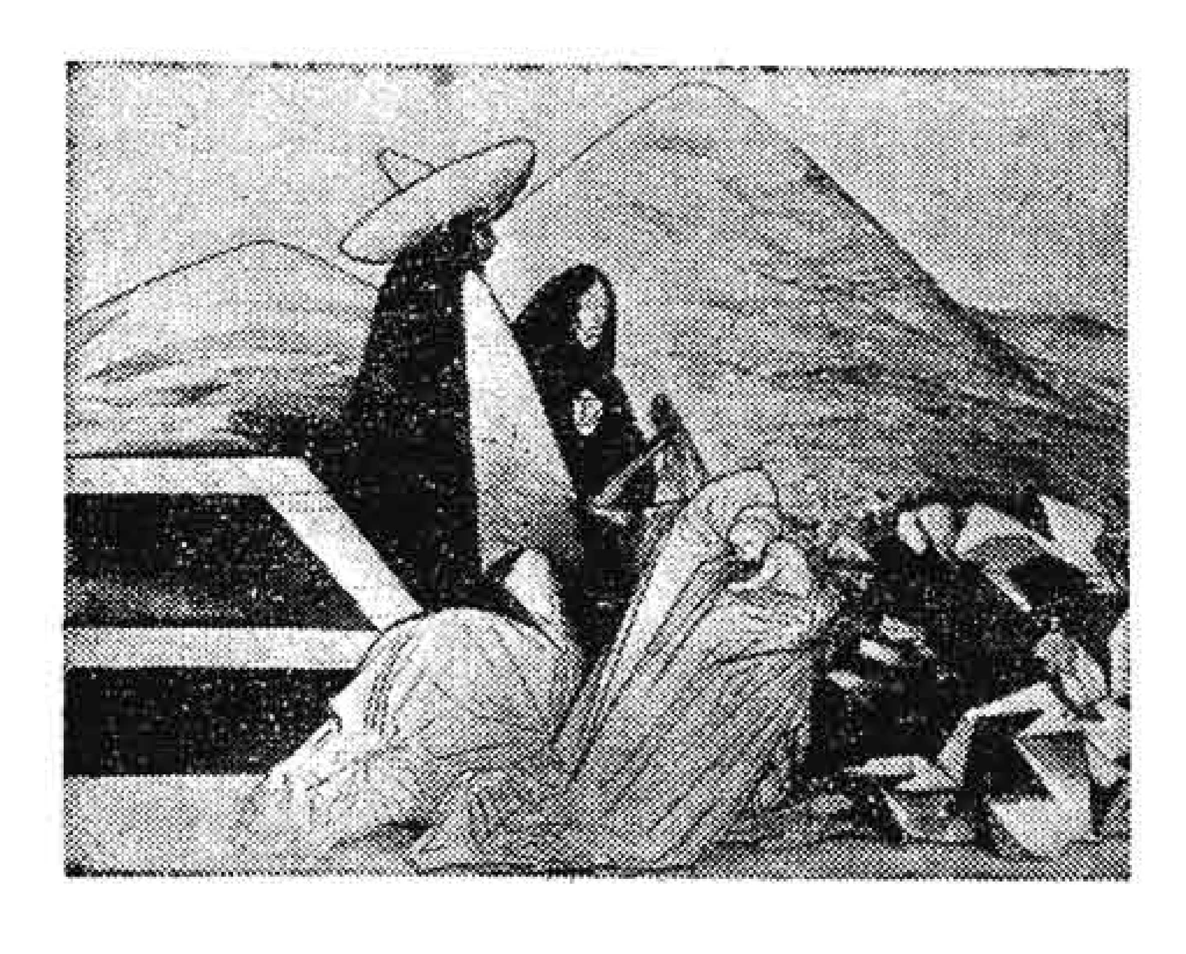
Para el mexicano la muerte es, por el contrario, un hecho cotidiano y subrayado. Todos convendrán en que para el mexicano la muerte es familiar. Nuestro pueblo convive con la muerte. La sienta, literalmente, a su mesa, y la invita a compartir su lecho. Ello da a la vida mexicana su tónica macabra. Desde niño el mexicano frecuenta la muerte en mil variadas representaciones, imágenes y figuraciones. Se regala el paladar con ella en forma de golosina, la carga y arrulla la niña como una muñeca, y cuando se trata de espantar al infante se echa a mano de todo menos de la muerte que lejos de espantar más bien conforta. Los aparecidos y ánimas en pena inquietan por su condición de vivos y no de muertos. Se juega con la muerte se hacen chistes a su costa, pero todo ello matizado más bien por un sentimiento de camaradería, como si el extraño personaje fuera un viejo amigo y conocido del mexicano.

A primera vista no parece explicable esta familiaridad con la muerte. Si bien no podemos negar el hecho de una frecuentación cotidiana de la muerte tampoco nos resulta transparente y comprensible. Pero si nos ponemos a investigar con el hilo conductor de ciertos principios este curioso fenómeno de la vida mexicana pronto caeremos en la cuenta de sus "razones". La familiaridad con la muerte no es un hecho suelto sino que corresponde, como su expresión concreta, a un proyecto global de vida. Puede decirse que justamente porque el mexicano ha elegido tal o cual proyecto de vida que lo define y peculiariza por ello también ha elegido su familiaridad con la muerte. Para el mexicano la muerte es el símbolo de su vida. En la muerte ve el mexicano un trasunto de la vida, una correspondencia y conformidad, una especie de cara externa de la vida. En otras palabras: los caracteres con que describimos a la muerte nos sirven también para definir a la vida. No hay un abismo infranqueable entre la vida y la muerte sino un tránsito insensible de una a la otra. La muerte nos es familiar como nuestra propia vida; entramos en ella y la comprendemos. Y ese tomarse en serio o en broma, ese convivir la propia vida, es también la manera como nos acercamos a la muerte. El mexicano pone vitalidad en la muerte, la carga de sentido existencial y de esta manera la recupera y arranca de esa significación que otros le ponen y por la cual la deshumanizan, extrañan y arrojan de la vida. Cuando afirmamos que para el mexicano la muerte es símbolo de su vida pretendemos significar que se reconoce en la muerte, lo que a su vez quiere decir que todo lo que pertenece como peculiar a la muerte lo reclama para sí la vida misma del mexicano.

Veamos, pues, cuáles son los caracteres de la vida del mexicano y a continuación veamos si corresponden a los que dicernimos en la muerte, similitud que nos explicará por qué la muerte es para el mexicano símbolo de su propia vida. La manera de vivir que ha elegido el mexicano como propia entraña el peculiar sentido de una ausencia de culminación, o consumación, la vida del mexicano se consume siempre, pero nunca se consuma. "Consumar quiere decir: desplegar algo en la plenitud de su esencia". Elegir que la vida no alcance plenitud es equivalente a elegir que la vida se consuma y angoste. Desde el siglo XVIII, por lo menos, el mexicano hace alarde de una forma de humano existir en que nada se logra. Las promesas que circundan invariablemente la inteligencia de los americanos jóvenes se quedan incumplidas. E inclusive cuando este proyecto se hace reflexivo se ponen todos los recursos al servicio de la frustración. La vida del mexicano no tiene culminación, coronamiento, "cosecha", es estéril, no alcanza a dar fruto, se queda en agraz, tiene siempre el amargo sabor de la "fruta verde". No hay vida lograda sino que toda vida es malograda. La









vida no tiene sentido de necesaria realización plenaria. El mexicano no cree que la vida le ha sido dada para desplegarse y coronarse en la plenitud de un sentido que le sea inmanente. No es una semilla que apunte al fruto como a su culminación y perfección, sino que la vida entraña esencialmente una radical frustración o descomposición, un fracaso que se alejará o aproximará más o menos, pero al que llegaremos o llegará a nosotros inexorablemente.

Una de las expresiones más inmediatas y directas de este sentido de la vida lo tenemos en el afán del juego. El mexicano se juega continuamente la vida. Jugarse la vida significa exponer la vida, ponerla al alcance de una fuerza destructora, desafiar a la destrucción. El juego no es una aventura de ganancia, sino de pérdida. No jugamos para ganar sino más bien para ver si perdemos o nos perdemos. El abandono incondicionado a la suerte nos pone en presencia de la posibilidad pura de disolución, jugamos de vez en cuando para no echar en el olvido nuestra capacidad de destrucción, nuestra posibilidad de una elección tan originaria del no ser como del ser. En resumen jugamos para probar y no dejar enmohecer nuestra posibilidad de una frustración radical. Lo mismo podríamos decir de la fundamental inseguridad en que se desenvuelve la vida mexicana. Inseguridad significa que a nadie se le reconoce el derecho de llevar a culminación su vida. Nadie puede exigir que se le proteja y asegure la vida; que se le dé el tiempo necesario a la seguridad indispensable para entregarse tranquilamente a una tarea y llevarla a cabo. La vida mexicana no exige derechos ni los tiene; es gratuita, "abandonada", entregada a sus propios impulsos. La seguridad instituída restaría a la vida que aboca a la destrucción, muchas ocasiones, oportunidades, de aniquilarse. El contraste en este punto con la manera de ser del norteamericano es extremoso. J. Royce sostenía que, en difinitiva, la institución moral por excelencia era la compañía de seguros. Asegurar la vida es un símbolo más claro de que no es gratuita y abandonada, sino que se concibe como vida de derecho y exige en consecuencia el derecho de ser asegurada y respetada para realizarse.

Todo ello quiere decir que la vida para el mexicano entraña un esencial "tronchamiento" o "quebrazón", acción y efecto de romperse bruscamente, súbitamente. El mexicano sabe con inexorable certeza que su vida se quebrará tarde o temprano y que no encierra el sentido de una posible culminación. Quebrable pero no consumable, es la vida para el mexicano. De donde que la vida puede hallar su fin en cualquier momento. La vida siempre está a punto para ser tronchada. Estamos al filo de la muerte. Hay en la vida del mexicano una permanente disponibilidad, resolución a la muerte como inminente. La certeza de una frustración y la inminencia de la misma forman los dos ejes de la vida y de la muerte en el mexicano. Si se piensa que la vida ha de culminar necesariamente, se requiere tiempo para ello. Pero ¿quién nos lo dará? A pesar de su religiosidad el mexicano no piensa que la providencia le concede tiempo para realizarse. Ni por "milagro", ni por "lotería" la vida del mexicano culmina. En cambio, tiempo para frustrarse siempre lo hay, cualquier tiempo es bueno para ello, cualquier edad de la vida está madura para la muerte. "Al fin para morir nacemos"; "Si me han de matar mañana que me maten de una vez". La primera expresión significa el permanente convencimiento de que no puede la vida, en ningún momento, culminar, y la segunda, que puede hundirse en cualquier momento. Esperar que la vida adquiera plenitud para después morir es un esquema irrealizable por el mexicano. La muerte es lo único que el mexicano no deja para "mañana" porque sabe que aún mañana la vida seguirá conservando su radical sentido de posible tronchamiento. Si no creemos que la vida tenga que "plenificarse", la muerte no nos aparece como injusta. Aquella célebre sentencia de Oberman: "Vive de tal manera que si se te condena a la nada ello sea una injusticia", no tiene para el mexicano ningún sentido. Porque vivir de acuerdo con esta máxima no es comprender la vida ni la muerte. La muerte no frustra o troncha ni se muestra como injusta frente a la vida, porque









la vida misma no se ha elegido como culminante o justa. El mexicano no cree tener derecho a una plenitud que le arrebataría la muerte y por tanto ésta, al advenir no lo despoja de nada.

Recientemente el norteamericano empieza, aunque esporádicamente, a abrirse hacia otro sentido de la muerte. En las novelas de Hemingway ello es patente. Pero a pesar del cambio, el sentido fundamental de la vida y de la muerte no se ha alterado. Se cuenta con la muerte como inminente y personal. Cuando doblen las campanas no hay que preguntar por quién doblan sino que se debe vivir en la certeza de que siempre doblan por mí. Pero si la muerte es cierta e ineludible y además próxima entonces la vida debe realizar el máximo esfuerzo por cumplir su misión en el menor tiempo posible. Parece como si el Dios de los norteamericanos concediera un plazo perentorio, un tiempo mínimo, a la vida. Se impone, en este caso, el rendimiento supremo, el hacerlo todo rápidamente. En definitiva ha cambiado el lapso de tiempo que antes se asignaba a la vida para plenificarse pero se sigue en la convicción de que la vida es plenificable. El temor a la muerte expresa el miedo de morir antes de haber agotado las experiencias de la vida. D. H. Lawrence afirmaba que el norteamericano vive en la creencia de que la vida en definitiva es el proyecto de gustar ciertas experiencias, por ejemplo, probar el tequila. Se pensaría como truncada la vida si la muerte alcanzara antes de haber vivido esta "experiencia", u otra semejante, como ver o asistir a una corrida de toros, and so on.

Para el español, por ejemplo, la muerte también es inminente, y no se puede decir que piense a la vida como culminante. En esto nos asemejamos. Pero teme a la muerte porque, en palabras de Unamuno, "le arrebata el yo", y el español aprecia esta ficción gramatical por encima de todas las cosas. La expresión: "no me da la gana de morir", desentraña el sentido de una irremediable pérdida del yo con que no se transige. El español siente en su individualidad lograda una especie de patria irrenunciable y querida. Para el mexicano, por el contrario, el yo no está revestido de estos narcicistas caracteres. La muerte, por ende, no es temible ni por impedir una misión, que no existe, ni por arrebatar un yo que tampoco existe, caso extremo el del alemán que imagina a la muerte como confiriendo a la vez individualidad y totalidad misional a la vida como claramente lo expresa Heidegger. Para el español y para el norteamericano la muerte quita algo, para el alemán dá, pero para el mexicano ni quita ni dá, porque nada hay que quitar, ni nada que dar.









EMILIO URANGA (1921)

es profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad de México. Formó parte del grupo que, entre 1948 y 1953, se definió por el estudio de "lo mexicano", como base radical y concreta de cualquier intento filosófico en México. Establecida esa caracterización nacional, Uranga ha procedido a entroncarla con los conflictos generales de nuestro tiempo.
Su obra incluye dos títulos de filosofía: Análisis del ser mexicano (1952) *e* Introducción a la lectura de George Luckacs (1960) *y un relato,* Meretlain *(1959).*

SITUACION ACTUAL DE LA LITERATURA MEXICANA

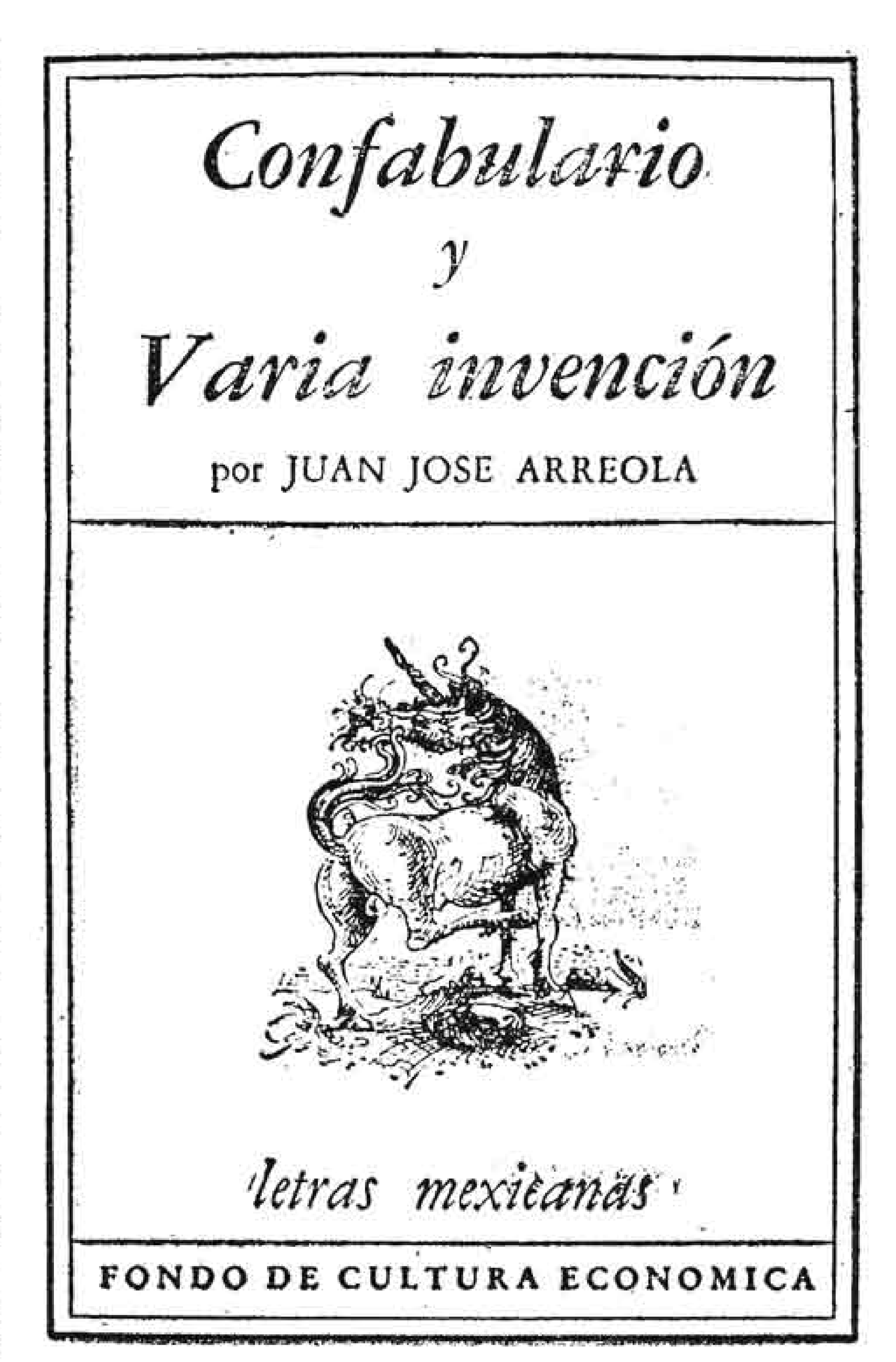
POR JULIETA CAMPOS

Cuando, en 1948, José Luis Martínez advertía un desolado letargo en la producción literaria mexicana y hablaba de una penuria en los medios de expresión —libros y revistas— que parecía coincidir con cierto vacío en la vida general del país empezaba a gestarse, en realidad, un resurgimiento del impulso creador que ahora, a doce años de distancia, contemplamos como dotado de cierta coherencia y de un indudable interés. No sólo han surgido en esta década nuevos escritores, sino que los que habían empezado a producir desde 1940, han madurado una obra ya definitivamente representativa. A unos y otros los caracteriza, esencialmente, un disciplinado sentido del oficio literario y una ausencia de diletantismo —un "profesionalismo", índice de mayor madurez y, en casi todos, una cultura muy ajena al autodidactismo de otros tiempos. Estos rasgos aproximan a los autores que están ahora en plena producción. Sus tendencias, sin embargo, no siempre coinciden y, aunque haya en muchos casos reconocibles parentescos, sería arriesgado pretender fijar tan pronto, dentro de los marcos demasiado rígidos de las escuelas, a escritores que todavía no han alcanzado su expresión definitiva. Podrían señalarse, quizás, los orígenes de este despertar a una nueva problemtáica y a nuevas preocupaciones-técnicas en algunas obras significativas que se publicaron alrededor de 1950, especialmente la novela de Agustín Yáñez, **Al filo del agua** (1947), el extenso ensayo de Octavio Paz, **El laberinto de la soledad** (1950) y, en el teatro, **El gesticulador**, de Rodolfo Usigli que, si bien fue escrita diez años antes, sólo fué presentada al público en 1947.

Octavio Paz, por su obra poética y ensayística, es seguramente uno de los escritores más importantes de las dos últimas décadas. Su poesía, que ha influído en casi todos los poetas más jóvenes, es desprende de una agónica dialéctica del silencio y la palabra, la vida y la muerte, el vacío y el amor, la soledad y el encuentro del hombre. Tras las imágenes de "polvo", "piedra rota", "escombros y ladrillos sin historia", hay una ávida busca del hombre que hará surgir entre las ruinas "la chispa, el grito, la palabra". Su experiencia poética lo acerca al surrealismo, al que ha calificado de "método de búsqueda interior" y "dirección del espíritu humano", más que como receta poética de infalibles resultados. Su poesía está reunida en **A la orilla del mundo** (1942); **Libertad bajo palabra** (1949); **Aguila o sol** (1951) y **La estación violenta** (1958). **El laberinto de la soledad,** penetrante reflexión sobre ciertos aspectos de la idiosincrasia nacional que le sirven para interpretar la historia de México, es un libro que incita a la discusión y a la inquietud intelectual. Posteriormente ha escrito un análisis fenomenológico del hecho poético, **El arco y la lira,** y ha reunido una colección de ensayo de crítica literaria en **Las peras del olmo.** La prosa de Paz —imágenes sugerentes, frases cortas, contrapunto— es la expresión de un estilo eminentemente sintético e incluso dialéctico que lo sitúa entre los mejores prosistas de nuestros días en lengua española.

Alí Chumacero es, con Paz, el poeta más maduro de las generaciones recientes. Su tono característico es de nostálgica y contenida angustia, acercándose cada vez más, en torno a los temas de la soledad y la muerte, a lo cotidiano y concreto. Se ciñe a una forma depurada y sobria. De 1956 es su último libro, **Palabras en reposo.** En Jaime García Terrés la forma poética, estricta y lúcida, es intento de fijar una realidad esencialmente evasiva, que concibe como tiempo más que como espacio: **Las provincias del aire**, de 1956, recoge su producción, hasta ahora no muy extensa, pero de indudable calidad. El más joven de los poetas de hoy es Marco Antonio Montes de Oca, que en su libro **Delante de la luz cantan los pájaros,** nos revela una poesía donde la imagen y el símbolo son expresión necesaria de una experiencia lírica inconfundible y personalísima. Su mundo, amenazado por la muerte, el terror y la crueldad, tiene, sin embargo, otra cara: la de la inocencia y la vida que renace. Se distingue de los poetas anteriores por una riqueza verbal excesiva a veces, que hasta ahora no ha intentado limitar. Es un poeta valioso, de cuya madurez hay mucho que esperar.

Del libro de Samuel Ramos **El perfil del hombre y la cultura en México** (1934), surge una corriente de reflexión sobre el carácter y el ser del mexicano, que da origen a una interesante labor ensayística. El experimento más ambicioso e importante en este sentido ha sido, sin duda, **El laberinto de la soledad,** pero no ha sido el único. Leopoldo Zea se ha dedicado, con disciplina y rigor, a este tema y a historiar las ideas americanas. De su extensa obra pueden citarse, en el primer aspecto, **La filosofía como compromiso y otros ensayos, y Conciencia y posibilidad del mexicano** (1952) y, en el segundo, **América en la historia,** de 1957. Zea fue, además, el promotor de una generación de filósofos jóvenes que, en 1948, integraron el grupo **Hiperión,** para emprender la indagación sistemática sobre "México y lo mexicano", desde un punto de vista existencialista. De este grupo se distinguen Emilio Uranga, autor de un **Análisis del ser del mexican**[illegible] Portilla, que ha dado a conocer agudos fragmen-





tos de un libro en preparación **Fenomenología del relajo** y Luis Villoro, autor de un riguroso estudio sobre **Los grandes momentos del indigenismo en México** (1950). No puede olvidarse el papel del maestro español José Gaos en la formación de este grupo de pensadores, que asumen su tarea con toda la disciplina del oficio intelectual. En el ensayo se ha destacado además, especialmente como cronista dotado de vivacidad y poder de evocación, Fernando Benítez, autor de reconstrucciones históricas sobre **La ruta de Hernán Cortés** y **La vida criolla en el siglo XVI**, que acaba de publicar su primera novela.

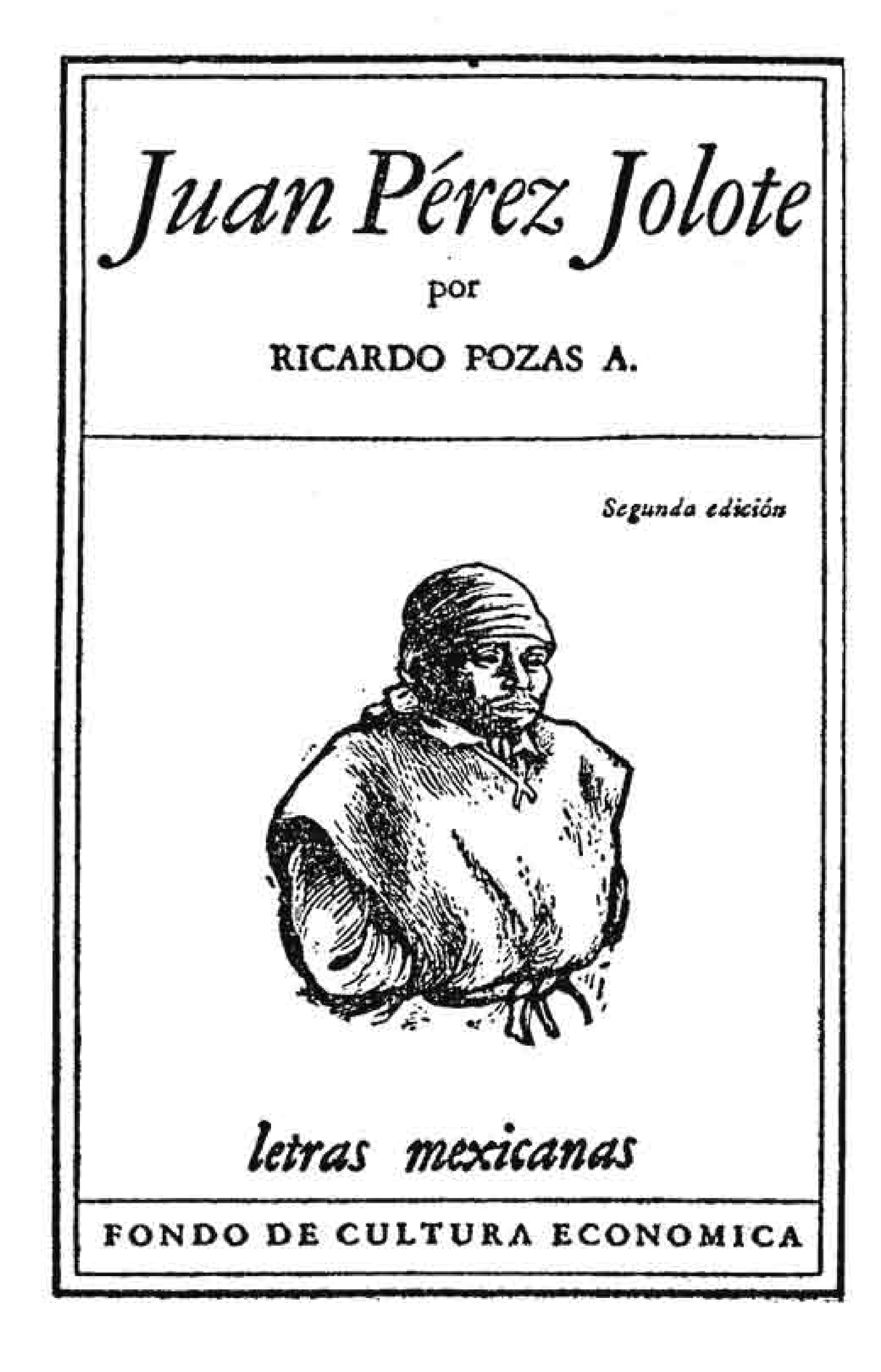
El nuevo movimiento "profesionalista" del teatro en México, que tiende a entablar una relación viva con el público y a representar los conflictos de la sociedad mexicana a través de un realismo que algunos han llamado "expresionista", se origina en la producción del gran dramaturgo Rodolfo Usigli. **El gesticulador** es la sátira dramática de una manera de ser postiza, inauténtica, que Usigli descubre en la vida nacional, especialmente en su manifestación política. La influencia de Usigli es determinante en los nuevos autores, formados en su cátedra de composición dramática de la Universidad de México. Tres figuras se destacan en el nuevo panorama teatral: Emilio Carballido, Sergio Magaña y Luisa Josefina Hernández. Carballido y Luisa J. Hernández penetran en las vidas interiores de sus personajes, movidos siempre por reprimidos deseos y escondidas urgencias. En el escenario detenido de la provincia, los conflictos personales se acentúan frente a la inercia social y los convencionalismos. Sergio Magaña ha escrito **Los signos del Zodiaco**, donde presenta simultáneamente las vidas sórdidas o esperanzadas de los habitantes de una vecindad pobre de la ciudad de México y **Moctezuma II**, tragedia poética sobre el destino del último emperador azteca. Su gran fuerza dramática lo sitúa, a pesar de su escasa obra, en un primer plano entre las nuevas tendencias. Puede decirse que el teatro mexicano está en camino de encontrar su expresión propia y que cuenta ya con algunas obras significativas en este sentido; la producción teatral es cada día más nutrida y el número y calidad de los autores que han preferido el ejercicio dramático demuestra que empiezan a darse en México las condiciones sociales necesarias para el desarrollo de un teatro nacional.

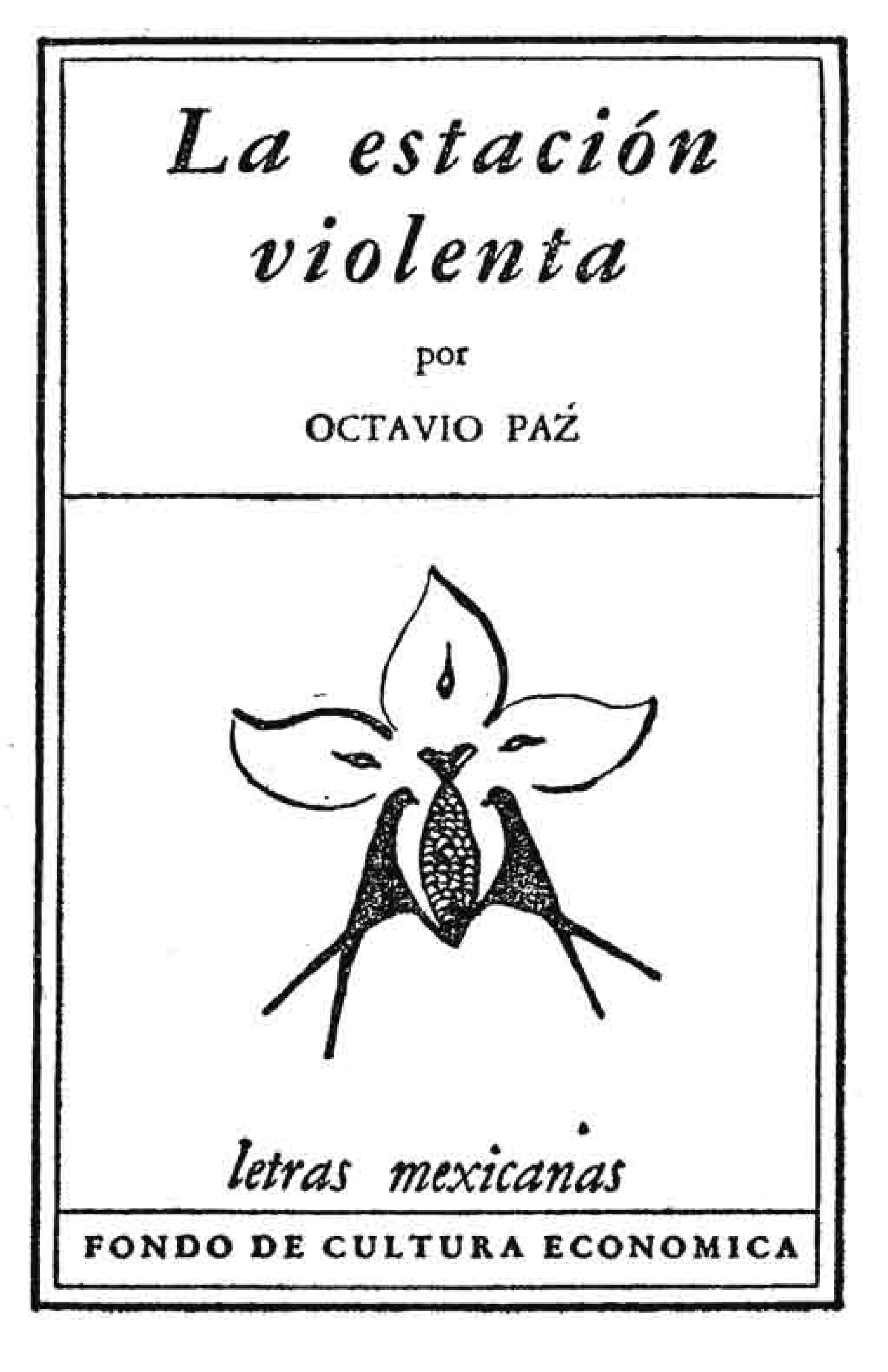
Agotado el ciclo novelístico de la Revolución Mexicana hacia 1940, la literatura narrativa pareció estancada por algunos años, durante los cuales se insistió en los temas de los bajos fondos ciudadinos o de la vida campesina, sin aportar nada original y sin el aliento de las novelas de la Re- [illegible] **del agua** (1947), Agustín Yáñez penetra hondamente en la naturaleza interior del hermético mundo provinciano, inmediatamente antes de estallar la Revolución de 1910. Esta novela, de notables aciertos expresivos, rompe con el estilo esquemático y anecdótico de las novelas de la Revolución y señala el comienzo de una nuevo época en la narrativa mexicana. Dos años después, en 1949, José Revueltas —que ya había publicado **Los muros del agua** (1941) y **El luto humano** (1943)— dió a conocer su tercera novela, **Los días terrenales** (1949). Revueltas introduce la técnica faulkneriana y crea una atmósfera enrarecida, donde sus personajes se debaten entre una conciencia angustiada y el impulso a la acción política. En los años inmediatos surgieron dos autores que dominan hasta ahora el panorama de este género literario: Juan José Arreola y Juan Rulfo. Arreola, autor de **Confabulario** y **Varia invención**, relatos escritos entre 1949 y 1955, es un cuentista que se mueve con gran sutileza, ironía y extraordinario dominio artístico del lenguaje en el terreno, hasta entonces casi virgen en México, de la imaginación y la fantasía. Como Borges, Arreola construye su arquitectura fantástica sobre una amplia cultura literaria. La obra de Juan Rulfo, limitada hasta ahora a dos libros, los cuentos de **El llano en llamas** (1953) y la novela **Pedro Páramo** (1955) descubre nuevas perspectivas en el camino abierto por Yáñez. En el mundo de Rulfo se detiene el tiempo y las cosas y los hombres no transcurren, sino que **duran**, como si estuvieran al margen del dinamismo de la historia. Su arte recrea el lenguaje popular, dentro de las formas sintácticas que son el espíritu del habla del pueblo, hasta crear un idioma altamente expresivo y de alto valor estético. Es el suyo un realismo mágico, que transfigura la realidad para crear un universo alucinado por la desintegración. Dentro del cuento de imaginación se han destacado Guadalupe Dueñas y Amparo Dávila y, con un realismo menos flexible que el de Rulfo, Tomás Mojarro. Emilio Carballido ha cultivado la novela corta, con la misma temática que caracteriza a su teatro y Sergio Galindo se muestra preocupado por las vidas vacías, derrotadas por el tiempo y la soledad, en varios cuentos y una novela, **La justicia de enero**, de 1959. **Balún Canan**, de Rosario Castellanos, rebasa el marco estrictamente regional, para incursionar en lo autobiográfico y lo lírico. Influída por Asturias, incorpora a la vida de los indios de Chiapas la imaginación mítica enriquecida por el caudal poético y legendario de los mayas. **El solitario Atlántico**, de Jorge López Páez, publicada en 1958, reveló a su autor como narrador provisto de una fina sensibilidad para reconstituir el mundo complejo de la infancia. Carlos Fuentes es, de los nuevos autores, quien hasta el momento se ha planteado con mayor amplitud los conflictos de la sociedad mexicana de su época, dentro del ámbito de los problemas que afectan hoy a los hombres de todas partes. Al panorama forzosamente externo de la gran ciudad, en **La región más transparente** (1958) sucede ahora, en **Las buenas conciencias** —primera novela de un ciclo titulado **Los nuevos**— el pequeño universo cerrado de la provincia y el diálogo dramático de una conciencia consigo misma y con los demás.



Puede observarse, en la producción de nuestros días, cierto predominio de la novela y el teatro sobre la poesía, fenómeno que habría de explicar por la agudización de las contradicciones dentro de una sociedad marcada por la industrialización burguesa. Esta situación histórica se ha reflejado, además, en el surgimiento de una crítica política que abandona la línea apologética de la Revolución Mexicana. Dentro de la tradición del periodismo político, tan rica en México desde la Independencia y la Reforma, la revista **el espectador** ha reunido a un grupo de ensayistas —Villoro, López Cámara, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero, dedicados los dos últimos a la filosofía y la investigación políticas— al poeta Jaime García Terrés y al novelista Carlos Fuentes, que coinciden en una misma conciencia alerta de la realidad del país.







AL FILO DEL AGUA

POR AGUSTIN YAÑEZ

dibujos de diego rivera



Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, al trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde —fuertes claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los atrios de las iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas.

Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos. Puertas y ventanas de austera cantería, cerradas con tablones macizos, de nobles, rancias maderas, desnudas de barnices y vidrios, todas como trabajadas por uno y el mismo artífice rudo y exacto. Pátina del tiempo, del sol, de las lluvias, de las manos consuetudinarias, en los portones, en los dinteles y sobre los umbrales. Casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos; pero a lo alto, la fragancia de finos leños consumidos en hornos y cocinas, envuelta para regalo del cielo con telas de humo azul.

En el corazón y en los aledaños el igual hermetismo. Casas de las orillas, junto al río, junto al cerro, al salir de los caminos, con la nobleza de su cantería, que sella dignidad a los muros de adobe.

Y cruces al remate de la fachada más humilde, coronas de las esquinas, en las paredes interminables; cruces de piedra, de cal y canto, de madera, de palma; unas, anchas; otras, altas; y pequeñas, y frágiles, y perfectas, y toscas.

Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones. Pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias, y cuando en las iglesias la opresión se desata en melodías plañideras, en coros atiplados y roncos. Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento: nunca, nunca. Las familias entre sí se visitan sólo en caso de pésame o enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado. Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Aridos lomeríos por paisaje; cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos.

Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillante. Pilones de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne.

La limpieza pone una nota de vida. Bien barridas las calles. Enjalbegadas las casas y ninguna, ni en las orillas, ruinosa. Afeitados los varones, viejos de cara cenceña, muchachos chapeteados, muchachos pálidos, de limpias camisas, de limpios pantalones; limpios los catrines, limpios los charros, limpios los jornaleros de calzón blanco. Limpias las mujeres pálidas, enlutadas, pálidas y enlutadas, que son el alma de los atrios, de las calles ensolecidas, de las alcobas furtivamente abiertas. Nota de vida y de frescura, las calles bien barridas bajo el sol y al cabo del día, entre la noche. Mujeres enlutadas, madrugadoras, riegan limpieza desde secretos pozos.

En cada casa un brocal, oculto a las miradas dostareras, como las yerbas florecidas en macetas que pueblan los secretos patios, los adentrados corredores, olientes a frescura y a paz.

Muy más adentro la cocina, donde también se come y es el centro del claustro familiar. Allí las mujeres vestidas de luto, pero destocadas, lisamente peinadas.

Luego las recámaras. Imágenes. Imágenes. Lámparas. Una petaquilla cerrada con llave. Algún armario. Ropas colgadas, como ahorcados fantasmas. Canastas con cereales. Algunas sillas. Todo pegado a las paredes. La cama, las camas arrinconadas (debajo, canastas con ropa blanca). Y en medio de las piezas, grandes, vacíos espacios.

Salas que lo son por sus muchas sillas y algún canapé. No falta una cama. La cama del señor. En las rinconeras, las imágenes principales del pueblo y el hogar, con flores de artificio, esferas y tibores. La Mano de la Providencia, el Santo Cristo, alguna Cruz Milagrosa que fué aparecida en algún remoto tiempo, a algún ancestro lengendoso.

De las casas emana el aire de misterio y hermetismo que sombrea las calles y el pueblo. De las torres bajan las órdenes que rigen el andar de la casa. Campanadas de hora fija, clamores, repiques.

Pueblo conventual. Cantinas vergonzantes. Barrio maldito, perdido entre las breñas, por entre la cuesta baja del río seco. Pueblo sin billares, ni fotógrafos, ni pianos. Pueblo de mujeres enlutadas.

El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rastro de las mujeres con luto, de los hombres graves, de los muchachos colorados, de los muchachillos pálidos. Hay que oírla en los rezos y cantos eclesiásticos a donde se refugia. Respiración profunda, respiración de fiebre a fuerzas contenida. Los chiquillos no pueden menos que gritar, a veces. Trepidan las calles ¡Cantarán las mujeres! No, nunca, sino en la iglesia los viejos coros de generación en generación aprendidos. El cura y sus ministros pasan con trajes talares y los hombres van descubriéndose; los hombres y las mujeres enlutadas, los niños, les besan la mano. Cuando llevan el Santísimo, revestidos, un acólito —revestido— va tocando la campanilla y el pueblo se postra; en las calles, en la plaza. Cuando las campanas anuncian la elevación y la bendición, el pueblo se postra, en las calles y en la plaza. Cuando a campanadas lentas, lentísimas, tocan las doce, las tres y la oración, se quitan el sombrero los hombres, en las calles y en la plaza. Cuando la Campana Mayor, pesada, lentísimamente, toca el alba, en oscuras alcobas hay toses de ancianidad y nicotina, toses leves y viriles, con rezos largos, profundas, de sonoras cuerdas a medio apagar; viejecitos de nuca seca, mujeres y campesinos madrugadores, arrodillados en oscuros lechos, vistiéndose, rayando fósforos, tal vez bostezando, entre palabras de oración, mientras la Campana ronca da el alba con solemne lentitud, pesadamente.

Los matrimonios son en las primeras misas.

A oscuras. O cuando raya la claridad, todavía indecisa. Como si hubiera un cierto género de vergüenza. Misteriosa. Los matrimonios nunca tienen la solemnidad de los entierros, de las misas de cuerpo presente, cuando se desgranan todas las campanas en plañidos prolongados, extendiéndose por el cielo como humo; cuando los tres padres y los cuatro monagos vienen por el atrio, por las calles, al cementerio, ricamente ataviados de negro, entre cien cirios, al son de cantos y campanas.

Hay toques de agonía que piden a todo el pueblo, sobre los patios, en los rincones de la plaza, de las calles, de las recámaras, que piden oraciones por un moribundo. Los vecinos rezan el "Sal, alma cristiana, de este mundo..." y la oración de la Sábana Santa.

Cuando la vida se consume, las campanas mudan ritmo y los vecinos tienen cuenta de que un alma está rindiendo severísimo Juicio. Corre una común angustia por las calles, por las tiendas, entre las casas. Algunas gentes que han entrado a ayudar a bien morir, se retiran; otras, de mayor confianza, se quedan a ayudar a vestir al difunto, cuando sea pasado un rato de respeto, mientras acaba el Juicio, pero antes de que el cuerpo se enfríe.

Las campanas repican los domingos y fiestas de guardar. También los jueves en la noche. Sólo son alegres cuando repican a horas de sol. El sol es la alegría del pueblo, una casi incógnita alegría, una disimulada alegría, como los afectos, como los deseos, como los instintos.

Como los afectos, como los deseos, como los instintos, el miedo, los miedos asoman, agitan sus manos invisibles, como de cadáveres, en ventanas y puertas herméticas, en los ojos de las mujeres enlutadas y en sus pasos precipitados por la calle y en sus bocas contraídas, en la gravedad masculina y en el silencio de los niños.

Los deseos, los ávidos deseos los deseos pálidos y el miedo, los miedos, rechinan en las cerraduras de las puertas, en los goznes resecos de las ventanas; y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino, en los rincones de los confesionarios, en las capillas oscurecidas, en la pila bautismal, en las pilas del agua bendita, en los atardeceres, en las calles a toda hora del día, en la honda pausa del mediodía, por todo el pueblo, a todas horas, un sabor de sal, un olor a humedad, una invisible presencia terrosa, angustiosa, que nunca estalla, que nunca mata, que oprime la garganta del forastero y sea quizá placer del vecindario, como placer de penitencia.

En las noches de luna escapan miedos y deseos, a la carrera; pueden oírse sus pasos, el vuelo fatigoso y violento, al ras de la calle, sobre las [illegible] las azoteas. Camisas de fuerza batidas por el aire, contorsionados los puños y las faldas, golpeando las casas y el silencio en vuelos de pájaro ciego, negro, con alas de vampiro, de tecolote o gavilán; con alas de paloma, sí, de paloma torpe, recién escapada, que luego volverá, barrotes adentro. Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos, imprecando eso era, chillando: vientos con voz aguda e inaudible. Saltan los deseos de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, y en vano los miedos repiten el salto. Dura la vieja danza media noche. Pasa el cansancio. Y a la madrugada, cuando hay luna, cuando la campana toca el alba, recomienza el brincar de los deseos jugando con los miedos. La mañana impone la victoria de los últimos, que ya por todo el día serán los primeros en rondar el atrio, las calles, la plaza, mientras los deseos yacen tendidos en las mejillas, en los labios, en los párpados, en las frentes, en las manos, tendidos en los surcos de las caras o metidos en oscuras alcobas, transpirando sudor que impregna el aire del pueblo.

En las noches de luna, en casas de la orilla, quién sabe si en lo hondo de alguna casa céntrica, rasguean guitarras en sordina, preñadas de melancolía, lenguas de los deseos. En las noches de luna, cantan en las cantinas vergonzantes una canción profana, canción de los terrores, jinetes de los deseos. En las noches de luna hay dulce tristeza en los pilones exangües de la plaza, cuyas piedras reverberan melancolía por un ausente pensamiento nazareno y una emoción samaritana, también ausente. Nunca estas pilas, ni en las noches de luna, quién sabe si ni en las más negras noches, han oído un diálogo de amor; nunca vienen a sentarse más que deseos en soledad; nunca sobre sus bordes una pareja estrechó las manos con resortes de fiebre. Secas pilas pulidas por el tiempo.

En las tardes cargadas de lluvia, en las horas torrenciales, en las tardes cuando ha llovido y queda el olor de las paredes, maderas y calles mojadas, en las noches eléctricas cuando amenaza tormenta, en las mañanas nubladas, en los días de llovizna interminable y cuando aprieta el agobio veraniego, en las noches de intenso frío cuando la transparencia del invierno, salen también los deseos y se les oye cantar en cuerda de gemido una canción profana, invisibles demonios que a vueltas emborrachan las cruces de las fachadas, de los muros, de las esquinas, de las garitas, y la gran cruz en el dintel del camposanto. Los miedos alguaciles, loqueros, habrán de sujetarlos con camisas negras y blancas, con cadenas de fierro, al conjuro de las campañas y a la sombra de los trajes talares.

Pueblo de perpetua cuaresma. Primavera y verano atemperados por una lluvia de ceniza. Oleo del **Dies irae** inexhausto para las orejas. Agua del **Asperges** para las frentes. Púas del **Miserere** para las espaldas. Canon del **Memento, homo,** para los ojos. Sal del **Requiem aeternam** para la memoria. Los cuatro jinetes de las Postrimerías, gendarmes municipales, rondan sin descanso las calles, las casas y las conciencias. **De profundis** para lenguas y gargantas. Y en los lagrimales, la cuenca de vigilia tenaz, con dársenas en las frentes y en las mejillas.

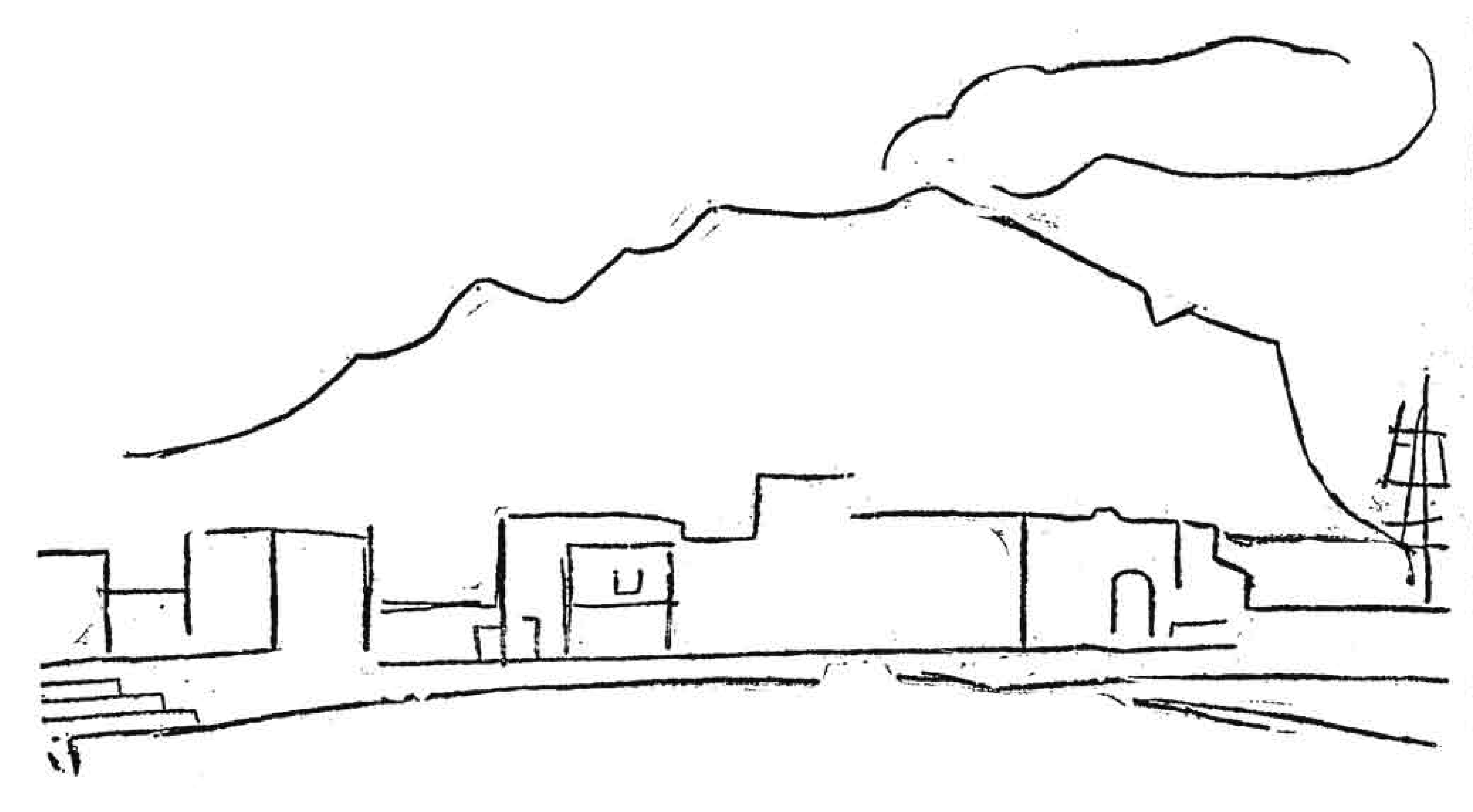
Pueblo de ánimas. Las calles son puentes de necesidad. Para ir a la iglesia. Para desahogar estrictos menesteres. Las mujeres enlutadas llevan rítmica prisa, el rosario y el devocionario en las manos, o embrazadas las canastas de los mandados. Hieráticas. Breves, cortantes los saludos de obligación. Acaso en el atrio se detengan un poco a bisbisear, muy poco, cual temerosas. (Pero habrá que fijarse bien mucho, para ver cómo algunas veces llegan a las puertas, lentamente, y se diría que no tienen ganas de que les abrieran, y entran con gesto de prisioneras que dejan sobre la banqueta toda esperanza. Habrá que fijarse bien. Quizás suspiran cuando la puerta vuelve a cerrarse). Hay, sí, hombres en las esquinas, en las afueras de los comercios, en las bancas de la plaza; son pocos, y parcos de palabras; parecen meditantes y no brilla en sus pupilas el esplendor de la curiosidad que acusara el gozo de la calle por la calle. A la noche habrá pasos obsesionados y sombras embozadas bajo las oscilaciones de los faroles municipales; y a la media noche o muy de madrugada podrían oírse bisbiseos junto a las cerraduras de las puertas o entre las resquebrajaduras de las ventanas. ¡Ah! es el gran misterio, triunfante sobre los cuatro jinetes; la vida que rompe compuertas; pero entre sombras, con vieja discreción, como lo exige —y lo permite— la costumbre del pueblo. Mientras duermen las campanas. Y es mejor, más recomendable, más honesto, el lenguaje escrito: guardan las tiendas con cautela de mercancía vergonzante ciertos pliegos ya escritos, capaces de reducirse a toda circunstancia; pero también hay hombres y mujeres emboscados que pueden redactar misivas especiales, para casos difíciles o perdidos.





No se ven, pero se sienten, los contarazos de los cuatro jinetes en las mesnadas de los instintos, al oscurecer, a las altas horas de la noche. Rechinan los huesos, las lenguas enjutas y sedientas.

Jinetes misteriosos de carne y sangre transitan en horas avanzadas, rumbo a las afueras, por los caminos aledaños. El pueblo amanece consternado, como si un coyote, como si un lobo dejara huellas de sangre por todas las banquetas, muros, puertas y ventanas; como si todos los vecinos se sintieran cómplices del rapto. Allí engéndranse, con futuras vidas, futuras venganzas y muertes. No hay dolencia en el pueblo como la del honor mancillado: preferibles todas las agonías, todas las miserias y cualquier otro género de tormentos. ¡Cuán difícil aceptar los hechos consumados! En las máquinas paternas ha sido para siempre rota



la cuerda más sensible, y aunque de los males el menos, ya el próximo matrimonio, ya los próximos nietos, habrán de ser frutos para siempre amargos, arrancados a la fuerza. Y no es frecuente tal resignación, antes la venganza sin cuartel o el desconocimiento de por vida, inflexible, hacia la hija frágil, hacia el yerno execrado, hacia los extraños nietos, que ni quien los miente si se quiere guardar la amistad del ofendido.

Aun las pretensiones en forma, las relaciones cautelosas y bajo todos los respetos y disimulos, aun los pedimentos por boca del cura y apadrinados por vecinos de influencia, caen como centellas devastadoras, hienden el ánimo paterno, hacen llorar a las familias, ponen luto en las casas, ojeriza en los hermanos, cuarentena para el responsable, por ventajosos que parezcan, por esperados que hayan sido. La novia es una yerba bamboleante y mal tratada; pararrayo de desprecios e invectivas: ¡qué gloria familiar si cediera y a tiempo se arrepintiese! Cuando se obstina, qué pálida llega a la parroquia en el forzoso amanecer de la ceremonia nupcial y cómo no se atreve a mirar a quien le da las arras y le ciñe el anillo. Qué vergüenza los primeros días. No quiere salir con el marido ni a la iglesia. Cuán externa vergüenza de sentirse madre, brújula de miradas e íntimos comentarios. Qué calvario del matrimonio bajo la hostil, cerrada extrañeza colectiva, tradicional. También los hombres se sienten señalados, marcados por invisibles manos, por miradas capciosas, por reticencias, en los primeros meses matrimoniales, y evaden hablar de sus goces, de sus problemas, de su mujer, como si fueran ladrones prófugos; tiemblan las púberes cuando los ven venir, porque han oído vagas conversaciones que les ponen espanto, vagas conversaciones que los hacen odiosos temibles, aunque allá muy en el fondo del terror bullan informes inquietudes ávidas, como las de los adolescentes varones que quisieran hablar con los recién casados, y la vergüenza los contiene, los aleja de quienes fueron compañeros de andanzas y juegos

Pueblo de templadas voces. Pueblo sin estridencias. Excepto los domingos en la mañana, sólo hasta medio día. Un río de sangre, río de voces y colores inunda los caminos, las calles, y refluye su hervor en el atrio de la parroquia y en las plazas, tiñe las fondas. los mesones y los comercios; río colorado cuyas aguas no se confunden o impregnan el estanque gris; pasada la misa mayor y comprados los avíos de la semana, los hombres de fuertes andares y gritos, las enaguas de colores chillantes —anaranjadas, color de rosa, solferinas, moradas—, crujientes de almidón, los zapatos rechinadores, los muchachitos llorones, las cabalgaduras trepidantes, toman el rumbo de sus ranchos y dejan al pueblo con su tarde silenciosa, con sus mujeres enlutadas, con sus monótonos campaneos, y llenos de basuras, que los diligentes vecinos barrerán presurosos. Ya toda la semana fondas y mesones bostezarán.

Fondas y mesones vacíos de ordinario. El pueblo no está en rutas frecuentadas. De tarde en tarde llega un agente de comercio, un empleado fiscal, o pernocta un "propio" que trae algún recado, algún encargo, para vecinos de categoría. No hay hoteles o alojamientos de comodidad. La comodidad es un concepto extraño. La vida no merece regalos.

La comida es bien sencilla. Ordinariamente, caldo de res, sopa de pasta o de arroz, cocido y frijoles, al medio día; en la mañana y en la tarde, chocolate, pan y leche. El pan es muy bueno; su olor sahuma las tardes.

Las gentes viven de la agricultura. Se cultiva mucho maiz. Hay una sola cosecha al año. Carece la comarca de presas y regadíos. Una constante zozobra por malos temporales deja su huella en el espíritu de las gentes. Panaderos, carpinteros, unos cuantos herreros y curtidores, varios canteros, cuatro zapateros, un obrajero, tres talabarteros, dos sastres, muchos curanderos, algunos huizacheros, cinco peluqueros, completan el cuadro de la economía. Pero no se olviden las manos de los usureros; hay muchos y parecen sepulcros blanqueados.

Los más pobres vecinos van pasándola bien, aunque con agobios. Nadie se ha muerto de hambre por estas tierras. Los ricos miserables y estoicos, estoicos los pobres, igualan un parejo vivir. La conformidad es la mejor virtud de estas gentes que, por lo general, no ambicionan más que ir viviendo, mientras llega la hora de una buena muerte. Entienden la existencia como un puente transitorio, a cuyo cabo todo se deja. Esto y la natural resequedad cubren de vejez al pueblo, a sus casas y gentes: flota un aire de desencanto, un sutil aire seco, al modo del paisaje, de las canteras rechupadas, de las palabras tajantes. Uno y mismo el paisaje y las almas. Foscura luminosa, como de prolongado atardecer, como de rescoldo inacabable. Así en los ojos, así en las bocas, en las canterías, en las maderas de puertas y ventanas, en la dura tierra parda. Pardo el mirar y pardos los ademanes. Tardo el resolver, el andar, el negociar, el hablar. Tardo, pero categórico. —"Toda la noche lo he pensado..." —"Hablaremos mañana con despacio..." —"El año que entra..." —"Para las secas..." —"Para las aguas, Dios mediante..." —"Si para entonces no nos morimos..."

Pueblo seco. Sin árboles, hortalizas ni jardines. Seco hasta para dolerse, sin lágrimas en el llorar. Sin mendicantes o pedigüeños gemebundos. El pobre habla al rico lleno de un decoro, de una dignidad, que poco falta para ser altanería. Los cuatro jinetes igualan cualesquier condiciones. Vive cada cual a su modo, para sentirse libre, no sujeto a necesidades o dependencias. —"Este no me quiere de mediero, con otro lo conseguiré". —"Aquél me despreció, aquí la cortaremos". —"Guárdese su dinero y yo mi gusto". —"Más vale paz que riqueza".

Pueblo seco. Pero para las grandes fiestas —Jueves Santo, Jueves de Corpus, Mes de María, Fiesta de la Asunción, Domingo del Buen Pastor, Ocho y Doce de Diciembre—, las flores rompen su clausura de patios y salen a la calle, hacia la iglesia; flores finas y humildes: magnolias, granduques, azucenas, geranios, nardos, alcatraces, margaritas, malvas claveles, violetas, ocultamente cultivadas, fatigosamente regadas con agua de profundos pozos; nunca otros días aparecerán en público estos domésticos, recónditos tesoros, alhajas de disimulada ternura. Distanciamiento y adustez también se rompen cuando llegan las horas graves de la miseria humana: enfermedades, muertes, tristezas, reveses; brazos y manos mueven sus goznes, humedécense las palabras y los ojos, las casas se abren, las gentes se visitan. Y transcurrido el motivo, las manos y las almas vuelven a cerrarse, impasiblemente.

Muchas congregaciones encauzan las piadosas actividades de grandes y chicos, hombres y mujeres. Pero son dos las más importantes, a saber: la de la Buena Muerte y la de las Hijas de María; en mucho y casi decisivamente, la última conforma el carácter del pueblo, imponiendo rígida disciplina, muy rígida disciplina, en el vestir, en el andar, en el hablar, en el pensar y en el sentir de las doncellas, traídas a una especie de vida conventual, que hace del pueblo un monasterio. Y es muy mal visto que una muchacha llegada a los quince años no pertenezca a la Asociación del traje negro, la cinta azul y la medalla de plata; del traje negro con cuello alto, mangas largas y falda hasta el tobillo; a la Asociación en donde unas a otras quedan vigilándose con celo en competencia, y de la que ser expulsadas constituye gravísima, escandalosa mancha, con resonancia en todos los ámbitos de la vida.

La separación de sexos es rigurosa. En la iglesia, el lado del Evangelio queda reservado exclusivamente para los hombres, y el de la Epístola para el devoto femenino sexo. Aun entre parientes, no es bien visto que hombre y mujer se detengan a charlar en la calle, en la puerta, ni siquiera con brevedad. Lo seco del saludo debe extremarse cuando hay un encuentro de esta naturaleza, y más aún si el hombre o la mujer van a solas; cosa no frecuente tratándose de solteras, que siempre salen acompañadas de otra persona.

Caras de ayuno y manos de abstinencia. Caras sin afeites. Labios consumidos. Pálidos cutis. Mas los varones tostados, consumidos por el sol. Manos rudas, de las mujeres, que sacan agua de los pozos; de los varones, que trabajan la tierra, lazan reses, atan el rastrojo, desgranan maiz, acarrean piedras para las cercas, manejan caballos, cabrestean novillos, ordeñan, hacen adobes, acarrean agua, pastura, granos.

Entre las mujeres enlutadas pasa la vida. Llega la muerte. O el amor. El amor, que es la más extraña, la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir.

● **Prólogo de la novela "Al filo del agua".**



AGUSTIN YAÑEZ (1904)

inauguró con
Al filo del agua *(de la cual publicamos el prólogo)*
la "novela moderna
en México.

Superando el simple testimonio de la "novela de la Revolución mexicana", Yáñez se planteó problemas de estructura

y técnica capaces de ahondar en la realidad mexicana y enriquecerla con la "segunda visión" propia del novelista.
Como gobernador del Estado de Jalisco, (1952-1958) *Yáñez demostró*

en México las posibilidades del intelectual en el poder, al desterrar

viejos vicios y establecer una obra
de construcción moral y material por encima del cacicazgo y el pistolerismo
de esa provincia.

BIBLIOGRAFIA: Novelas y relatos Ceguera roja (1923);
Llama de amor viva (1925); Divina floración (1925);
Espejismo de Juchitán (1930); Genio y figuras de Guadalajara (1941); Flor de juegos antiguos (1941);
Archipiélago de mujeres (1943); Pasión y convalecencia
Esta mala suerte (1945);
Al filo del agua (1947);
La creación (1959); Ojerosa y pintada (1960).

EL REY VIEJO

POR FERNANDO BENITEZ

ilustración de vicente rojo

Sucesos del 20 de mayo anotados el 6 de junio. Afuera de la cabaña se oyó la voz del capitán Valle, uno de los ayudantes, que decía:

—Señor Presidente, ha llegado el enviado del general Mariel.

El Viejo no había dormido. Estaba sentado a la mesa donde ardía un cabo de vela. Al oír la voz del capitán se levantó y él mismo abrió la puerta. Entró Valle acompañado de un indio. Su capa de hojas chorreaba y sus pies descalzos estaban cubiertos del barro amarillo y consistente que cubría los senderos de la montaña.

Recuerdo el crujido peculiar a hojarasca pisada de la capa cuando el indio la abrió para entregar el mensaje. El Presidente se acercó a la mesa, desdobló el papel lentamente y lo leyó carraspeando, mientras los ojos oscuros del indio recorrían el interior de la cabaña. No había mucho que ver. En el rincón se hallaba intacta la cama del Presidente: a un lado dormía, vuelto de espaldas, el secretario de Gobernación y cerca de la puerta se extendían las camas de los dos ayudantes que también dormían.

—Bien, muy bien —dijo el Presidente al capitán Valle— acomode usted al mensajero en un lugar abrigado y retírese a descansar. Gracias por todo.

El Viejo cerró la puerta y se dirigió a la cama.

—¿Ha recibido usted bueras noticias de Mariel? —le pregunté.

—Sí —respondió el Viejo— por primera vez recibimos buenas noticias. Mariel informa que las fuerzas de Xico permanecen leales al gobierno. Mañana se reunirán todos con nosotros y nos darán escolta. Ya podemos dormir tranquilos.

Apagó la vela que había llevado consigo y lo oí suspirar al meterse a la cama. Seguía la lluvia cayendo con fuerza. Aliviado, volví a dormir y tuve un sueño más cargado de simbolismo extravagante que el primero

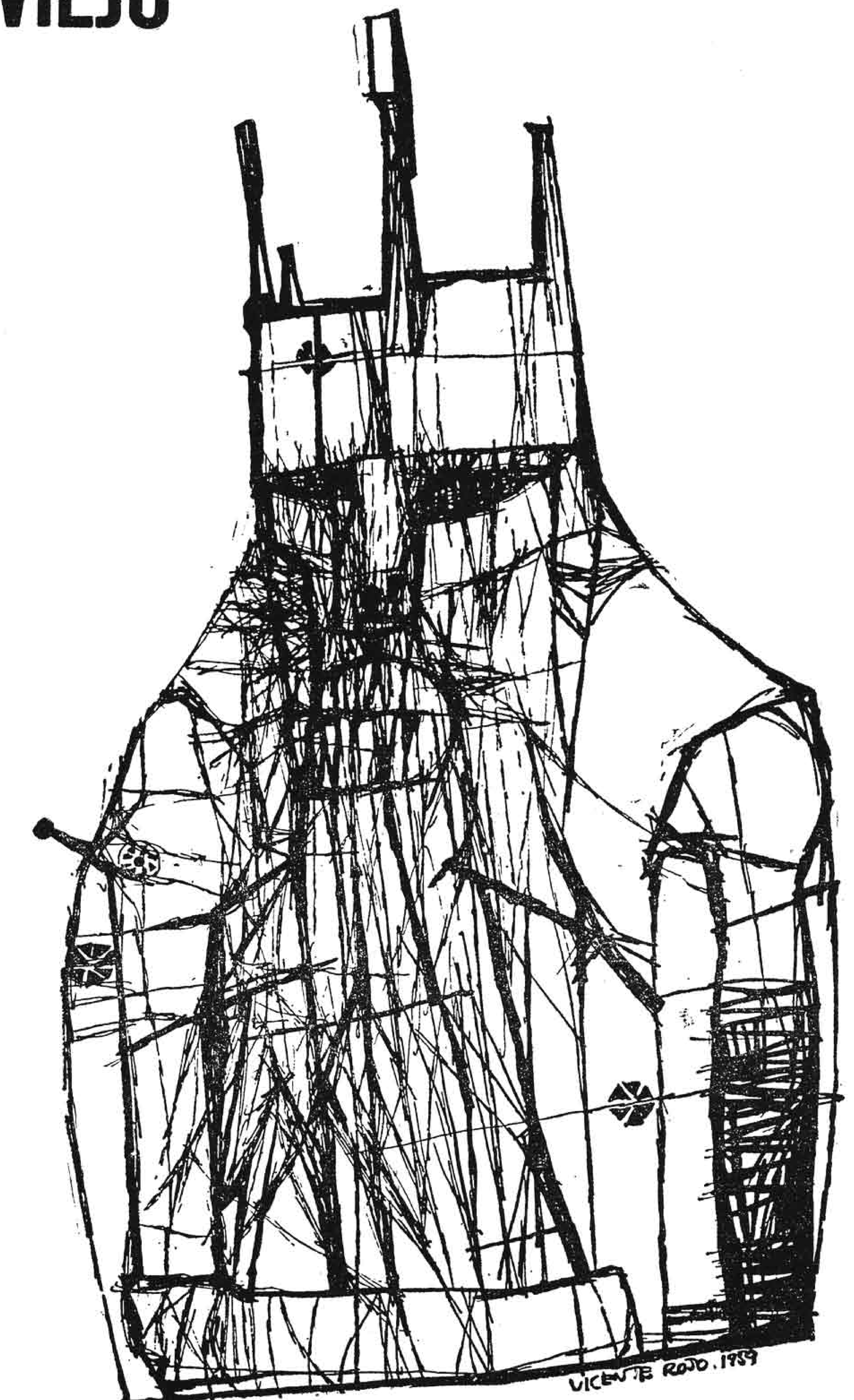
El Presidente se había transformado no precisamente en un rey sino en un pequeño monarca de la selva. Yo lo veía sentado en su trono, con la barba ensortijada cayéndole sobre el pecho y sosteniendo en la mano el cetro rematado por el águila que devora a la serpiente. Las copas de los árboles servían de dosel al trono; echados a los pies del monarca dormían los guardias y a su lado estaba un ministro de barba en punta y ojos penetrantes cuya figura recordaba la pequeña y nerviosa del ministro de Hacienda.

Llovía, pero el rey no parecía sentir la lluvia. Una muchedumbre de cortesanos rodeaba el trono. Aplastados y oscurecidos bajo el diluvio, cubiertos de impermeables brillantes, de anticuados paraguas y sombreros extrañamente deformados, componían una borrosa muchedumbre de la que brotaban exclamaciones cargadas de furia.

Un hombre manco, casi una sombra, agitando su muñón convulsivamente, levantó la voz para dominar el ruido del agua:

—Has dejado de ser rey. Así lo hemos decretado. ¿Nos oyes? Así lo hemos decretado.

El rey p e r m a n e c í a inmóvil. Había dejado caer el cetro, sus dos brazos colgaban inertes, tenía los ojos cerrados y por su cara, como



si fuera la de una estatua, escurría el agua de la lluvia.

El ministro de los ojos sagaces preguntó con voz incisiva:

—¿Y quién eres tú para decretar nada?

—Oh, ¿no lo sabes? Yo soy la Revolución.

—Ve a la escuela —respondió el ministro. Es un lugar donde enseñan que un cuartelazo no es una revolución.

La voz aflautada de Pablo González brotó de un paraguas chorreante:

—Orden, señores, orden. No debemos olvidar que se trata de un juicio.

—¿Y quién juzga? —preguntó el ministro.

—Juzga el ejército —habló de nuevo la primera sombra—. El ejército que lo hizo rey, hoy lo derroca. ¿Sabes por qué? Porque ese viejo iluso y apolillado se atrevió a desafiarnos. Le hemos enviado los huevos de loro, según la costumbre, para que se suicide, y en vez de suicidarse los ha arrojado al suelo y nos ha respondido que sentará en el trono a un civil. ¡Ja, ja, a un civil! ¿Habéis oído algo más gracioso?

Los gritos se hicieron insoportablemente agudos.

—Ha insultado al ejército y el Rey debe morir.

—Hay que ahorcarlo del árbol más alto.

—¿Quién nombra a los reyes? ¿Acaso tú lo sabes? Dilo, ¿quién nombra a los reyes en México? ¿Acaso los nombra el pueblo?

—Yo contestaré por él —cloqueó la sombra de González, sin abandonar el refugio del paraguas—. A los reyes los nombra el ejército. Es nuestro privilegio. Nuestra prerrogativa secular, nuestro máximo orgullo.

—¿Tan pronto habéis olvidado los favores recibidos? —gritó el ministro tratando de imponerse—. El rey le ha dado al país una Constitución.

—Las leyes en México no se hicieron para cumplirse y eso lo sabes tú mejor que nadie, abogado del diablo.

—El rey ha vencido a los tiranos.

—Su más vivo deseo es erigir su propia tiranía.

—El rey nos ha dado la paz.

—Ahora provoca la guerra.

—Viejo y débil —graznó la primera sombra— he ahí dos palabras que siempre marchan juntas. El destino de México no puede depender de la voluntad de un anciano.

—Cierto —habló González—, muy cierto. El rey debe morir.

—¿Por qué debe morir? —preguntó el ministro sin perder su sangre fría—. ¿Porque tú quieres sentarte en el trono? ¿Cuáles son tus méritos? ¿El haberlo traicionado?

—¿Defender la democracia es una traición? —protestó González con una voz en la que latía el resentimiento.

—Ciertamente —respondió el ministro—, eres un demócrata que confunde la traición con la democracia. En otro país, esas ideas políticas te hubieran conducido a la horca.

Un hombre que se cubría con un impermeable amarillo levantó su mano delgada y pálida:

—Dejad que hable un doctor en Derecho. No sé nada de los generales, aunque a veces, por razones profesionales, haya redactado sus proclamas y manifiestos, pero creo, como ellos, que debe morir.

—¿Por qué debe morir? Danos una razón.

—Debe morir, simplemente, porque es muy viejo. No tiene ya fuerzas para someter a los generales.

—Desean un caudillo joven, ¿eh? —preguntó con sorna el ministro—. Lo que estáis pidiendo es un espadón, un tirano que os haga marchar a cintarazos.

—No tiene ya semen —dijeron muchas voces encolerizadas—. Es un viejo impotente, incapaz de embarazar a las mujeres.

—A vuestras mujeres, a vuestras hijas, como es la costumbre en este país para ascender en el ejército.

Las últimas palabras del ministro enfurecieron a la muchedumbre.

—Se ha concluído nuestra benevolencia. Ha pisoteado los huevos de loro y los salvoconductos que le hemos enviado. Ahora vas a morir, viejo cobarde.

Las voces se hicieron intolerables. Sonaban como chillidos de aves enardecidas en medio del blando rumor de la lluvia, destruyendo toda majestad, convirtiendo en añicos el orden establecido, haciendo retroceder el tiempo a la edad en que los salvajes atacaban a sus enemigos con hachas de piedra y rodaban embriagados por el deseo de aniquilarse.

De pronto, dominando la confusión, como un relámpago que en su omnipotencia sobrehumana hiciera pueriles las más feroces peleas de los hombres, se oyó un disparo que hizo temblar la montaña. A su luz cárdena y siniestra ví a la muchedumbre disparar sus pistolas, y al rey, resbalar en su trono, cubierto de sangre.

Desperté sobresaltado. En la oscuridad de la cabaña los tiros sonaban en mis propios oídos y las voces se escuchaban todavía más cargadas de rencor que en el terrible sueño:

—Sal, viejo cobarde. Aquí está tu padre. Sal, viejo arrastrado.

Sólo entonces comprendí que éramos atacados. Sin incorporarme, lleno de angustia, llamé en voz alta:

—¿Cómo está, señor? ¿Qué es lo que ocurre?

—Enrique —respondió con voz serena—, me han roto una pierna.

El capitán Suárez, que se hallaba acostado junto a mí, arrastrándose en el suelo, se dirigió hacia el Viejo, exclamando:

—Señor Presidente, señor Presidente.

No recibió ninguna respuesta. Entre el estallido de las balas y de las injurias, se escuchó un ronco estertor y luego, la cortada respiración de los agonizantes.

La cabaña entera parecía hundirse acribillada a tiros y a insultos. Ignoro cuánto tiempo permanecí echado contra el suelo, tratando de cubrirme la cabeza con los brazos. Un temblor nervioso me sacudía, y el sonido de mis dientes, chocando unos contra otros, furiosa y desatentadamente, concluyó por llenarme de pánico.

Después de un largo rato cesaron los disparos y la puerta se vino abajo. En el hueco aparecieron, iluminados por linternas, cinco soldados apuntándonos con sus rifles.

Levanté las manos y miré hacia el rincón donde habían dispuesto el lecho de campaña que ocupaba el Viejo. Se hallaba tendido rígidamente de espaldas y con los anteojos puestos. Una de sus grandes manos colgaba fuera y la sangre enrojecía el dorso y escurría por los dedos.

No sentí indignación, ni dolor, sino asombro. Con las manos levantadas avancé descalzo —eran sólo cuatro o cinco pasos— hasta la cama del Presidente. Su rostro no revelaba agitación. Se había cerrado al exterior y únicamente sus ojos inhumanos, de máscara, medio velados por los cristales de las gafas, indicaban que el Viejo había muerto.

Le quité las gafas, que más tarde entregué a sus hijas, le cerré los ojos, y dije con voz descompuesta:

—Señores, el Presidente de la República ha muerto.

FERNANDO BENITEZ (1912)

dirige el suplemento cultural "México en la Cultura" del diario "Novedades". Desde esa tribuna, ha librado una batalla permanente y eficaz a favor de la Revolución Cubana. En sus columnas, fue revelada (con repercusiones internacionales) la verdadera personalidad del chantajista batistiano Aldo Baroni. En sus ensayos y crónicas, Benítez se ha destacado por su capacidad para dar movimiento literario a los hechos del pasado y el presente; como novelista (en El Rey Viejo, *del cual publicamos un capítulo) ha revelado los resortes de la vida política mexicana. Benítez prepara un largo reportaje sobre la Revolución Cubana, que se publicará este mismo año en Polonia con un tiro de 150 mil ejemplares, y que aparecerá simultáneamente en polaco, español, francés e inglés.*

BIBLIOGRAFIA: Ensayos: La ruta de Hernán Cortés (1950); China a la Vista (1953); La vida criolla en el siglo XVI (1955); Ki: el drama de un pueblo y de una planta (1956). *Relato y novela* Caballo y Dios (1945); El Rey Viejo (1959). *Teatro*: Cristóbal Colón (1951). *En prensa: La red (novela)*, Tarahumara (*reportaje*) *y* La Revolución Cubana (*reportaje*).



el cántaro roto
por octavio paz

LA MIRADA interior se despliega y un mundo de
vértigo y llama nace bajo la frente del que sueña
soles azules, verdes remolinos, picos de luz que
abren astros como granadas
tornasol solitario, ojo de oro girando en el centro
de una explanada calcinada,
bosques de cristal de sonido, bosques de ecos y
respuestas y ondas, diálogos de transparencias,
¡viento, galope de agua entre los muros interminables
de una garganta de azabache,
caballo, cometa, cohete que se clava justo en el
corazón de la noche, plumas, surtidores,
plumas, súbito florecer de las antorchas, velas,
alas, invasión de lo blanco,
pájaros de las islas cantando bajo la frente del que sueña!
Abrí los ojos, los alcé hasta el cielo y vi cómo la
noche se cubría de estrellas,
¡Islas vivas, brazaletes de islas llameantes, piedras
ardiendo, respirando, racimos de piedras vivas,
cuánta fuente, qué claridades, qué caballeras sobre
una espalda oscura,
cuánto río allá arriba, y ese sonar remoto de agua
junto al fuego, de luz contra la sombra!
Harpas, jardines de harpas.
Pero a mi lado no había nadie.
Sólo el llano: cactus, huizaches, piedras enormes
que estallan bajo el sol.
No cantaba el grillo,
había un vago olor a cal y semillas quemadas,



las calles del poblado eran arroyos secos
y el aire se habría roto en mil pedazos si alguien
hubiese gritado: ¿quién vive?
Cerros pelados, volcán frío, piedra y jadeo bajo
tanto esplendor, sequía, sabor de polvo,
rumor de pies descalzos sobre el polvo, ¡y el pirú
en medio del llano como un surtidor pertificado!
Dime, sequía, dime, tierra quemada, tierra de
huesos remolidos, dime luna agónica,
¿no hay agua,
hay sólo sangre, sólo hay polvo, sólo pisadas de
pies desnudos sobre la espina,
sólo andrajos y comida de insectos y sopor bajo
el mediodía impío como un cacique de oro?
¿No hay relinchos de caballos a la orilla del río,
entre las grandes piedras redondas y relucientes,
en el remanso, bajo la luz verde de las hojas y los
gritos de los hombres y las mujeres bañándose al alba?
El dios-maíz, el dios-flor, el dios-agua, el dios-sangre,
la Virgen,
¿todos se han muerto, se han ido, cántaros rotos
al borde de la fuente cegada?
¿Sólo está vivo el sapo,
sólo reluce y brilla en la noche de México el sapo
verduzco,
sólo el cacique gordo de Cempoala es inmortal?
Tendido al pie del divino árbol de jade regado
con sangre, mientras dos esclavos jóvenes lo abanican,
en los días de las grandes procesiones al frente
del pueblo, apoyado en la cruz: arma y bastón,
en traje de batalla, el esculpido rostro de silex
aspirando como un incienso precioso el humo
de los fusilamientos.
los fines de semana en su casa blindada junto al
mar, al lado de su querida cubierta de joyas
de gas neón,
¿Sólo el sapo es inmortal?
He aquí a la rabia verde y fría y a su cola de
navajas y vidrio cortado,
he aquí al perro y a su aullido sarnoso,
al maguey taciturno, al nopal y al candelabro
erizados, he aquí a la flor que sangra y hace
sangrar,
la flor de inexorable y tajante geometría como
un delicado instrumento de tortura,
he aquí a la noche de dientes largos y mirada
filosa, la noche que desuella con un pedernal
invisible,
oye a los dientes chocar uno contra otro,
oye a los huesos machacando a los huesos,
al tambor de piel humana golpeado por el fémur,
al tambor del pecho golpeado por el talón rabioso,
el tam-tam de los tímpanos golpeados por el sol delirante,
he aquí al polvo que se levanta como un rey amarillo
y todo lo descuaja y danza solitario y se derrumba
como un árbol al que de pronto se le han secado
las raíces, como una torre que cae de un solo tajo,
he aquí al hombre que cae y se levanta y come
polvo y se arrastra,
al insecto humano que perfora la piedra y perfora
los siglos y carcome la luz,
he aquí a la piedra rota, al hombre roto, a la luz rota.
¿Abrir los ojos o cerrarlos, todo es igual?

Castillos interiores que incendia el pensamiento
porque otro más puro se levante, sólo fulgor y llama,
semilla de la imagen que crece hasta ser árbol y
hace estallar el cráneo,
Palabra que busca unos labios que la digan,
sobre la antigua fuente humana cayeron grandes piedras,
hay siglos de piedras, años de losas, minutos espesores
sobre la fuente humana.
Dime, sequía, piedra pulida por el tiempo sin
dientes, por el hambre sin dientes,
polvo molido por dientes que son siglos, por siglos
que son hambres,
dime, cántaro roto caído en el polvo, dime,
¿la luz nace frotando hueso contra hueso, hombre
contra hombre, hambre contra hambre,
hasta que surja al fin la chispa, el grito, la palabra,
hasta que brote al fin el agua y crezca el árbol de
anchas hojas de turquesa?
Hay que dormir con los ojos abiertos, hay que
soñar con las manos,
soñemos sueños activos de río buscando su cauce,
sueños de sol soñando sus mundos,
hay que soñar en voz alta, hay que cantar hasta
que el canto eche raíces, tronco, ramas, pájaros, astros,
cantar hasta que el sueño engendre y brote del
costado del dormido la espiga roja de la resurrección,
el agua de la mujer, el manantial para beber y
mirarse y reconocerse y recobrarse,
el manantial para saberse hombre, el agua que
habla a solas en la noche y nos llama con
nuestro nombre,
el manantial de las palabras para decir yo, tú, él,
nosotros, bajo el gran árbol viviente estatua
de la lluvia,
para decir los pronombres hermosos y reconocernos
y ser fieles a nuestros nombres
hay que soñar hacia atrás, hacia la fuente, hay
que remar siglos arriba,
más allá de la infancia, más allá del comienzo,
más allá de las aguas del bautismo,
echar abajo las paredes entre el hombre y el hombre,
juntar de nuevo lo que fue separado
vida y muerte no son mundos contrarios, somos
un solo tallo con dos flores gemelas,
hay que desenterrar la palabra perdida, soñar
hacia dentro y también hacia afuera,
descifrar el tatuaje de la noche y mirar cara a cara
al mediodía y arrancarle su máscara,
bañarse en luz solar y comer los frutos nocturnos,
deletrear la escritura del astro y la del río,
recordar lo que dicen la sangre y la marea, la
tierra y el cuerpo, volver al punto de partida,
ni adentro ni afuera, ni arriba ni abajo, al cruce
de caminos, adonde empiezan los caminos,
porque la luz canta con un rumor de agua, con
un rumor de follaje canta el agua
y el alba está cargada de frutos, el día y la noche
reconciliados fluyen como un río manso,
el día y la noche se acarician largamente como un
hombre y una mujer enamorados,
como un solo río interminable bajo arcos de siglos
fluyen las estaciones y los hombres,
hacia allá, al centro vivo del origen, más allá de
fin y comienzo.

México, 1955

salón de baile por alí chumacero

dibujo de la página central de isabel villaseñor

Música y noche arden renovando el espacio, inundan
sobre el cieno las áridas pupilas, relámpagos caídos
al bronce que precede la cima del letargo.

De orilla a orilla flota la penumbra
siempre reconocible, aquella que veían y hoy
(miramos
y habrán de contemplar el dintel
donde una estrella elude la catástrofe, airosa
ante el insomnio donde nacen la música y la noche
como si un viento o la canción dejaran restos de su
(humedad.

Puesta la boca sobre el polvo por si hay esperanza
o por si acaso, en el placer la arcilla anima la
(memoria
y la conservación violenta de la especie.

Porque amados del himno y las tinieblas, apren-
(diendo a morir
los cuerpos desafían el sosiego:
descienden sierpes, águilas retornan con áspero
(sopor,
y en lucha contra nadie tejen la sábana que
(aguarda
como la faz al galopar un paño oscuro
hace permanecer el miedo en una fatiga inagotable.

Sudores y rumor desvían las imágenes,
asedian la avidez frente al girar del vino que refleja
la turba de mujeres cantando bajo el sótano.

A humo reducimos los ojos de la esclava,
alud que en vano ruega, ahí holgará la estirpe
(confundida
por bárbaros naufragios, desoyendo
la espuma de la afrenta, el turbio eco al compartir
con islas que desolan armonías
la sofocante forma del lecho vencedor.

Desde su estanque taciturno increpan los borrachos
el bello acontecer de la ceniza, y luego entre las
(mesas
la tiranía agolpa un muro de puñales.

Sobre la roca inerte se disipa el nombre que grabó
la cautelosa bestia: asolada la máscara
en la sombra, tranquilo escombro que antes del
(desplome
ignora la espesura colmada de la herrumbre,
en su orfandad exige, implora, accede
al signo de la vid propicia a la simiente.

Cuando cede la música al fervor de la apariencia,
(grises
como las sílabas que olvida el coro,
casi predestinados se encaminan los rostros a lo
(eterno.

Vuelve la espada a su lugar, arrastra
hacia el asombro de Caín el dócil resplandor
del movimiento, impulsos y distancia mezclan la
(misma ola
y sólo en su heredad persisten los borrachos,
vulnerables columnas que prefieren
del silencio elegido la sapiencia de la desesperanza.



ALI CHUMACERO (1918)

es uno de los editores del Fondo de Cultura Económica. Su poesía abarca tres títulos:
Páramo de sueños (1940);
Imágenes desterradas (1948)
Palabras en reposo ((1956).
Heredera de las corrientes clásicas y formales que vienen desde la Colonia mexicana, la poesía de Chumacero representa un intento de traducir a imágenes definitivas, a una expresión totalizante y general, las múltiples experiencias particulares y anecdóticas de la vida diaria.

la fuerza del amor por marco a. montes de oca

Transportada, en andas,
traída desde la cima por halcones blancos,
retorna a la tierra la fuerza del amor
embriagada por el recuerdo de su travesía.
Pálidas redes marcaban su cordaje en los frutos
(prisioneros.
Eriales y cortijos disfrutaban de una pedrería
(incendiada.
Y fue entonces cuando decidimos amarnos otro
(siglo,
vivir para siempre en la sangre de uno de los dos,
entre cortinajes corridos,
de cara a los momentos que no vuelven
porque nunca han de morir.
Desde entonces se oye la misma ola inmensa,
el mismo látigo rampante haciendo pedazos la
(espuma congelada,
el mismo diálogo, el mismo amor
anegado por impalpable lava:
tú y yo aurigas gemelos, sujetando las guedejas de
(la noche,
inventando el reverso del tiempo
aunque fieros farallones se reclinen sobre mí
(bastión de vidrio,
aunque los cuervos fantasmales desportillen tu
(rostro lentamente
y las aguas supremas de la muerte aflojen a cada
(golpe
el más preciado tablón de nuestra nave.

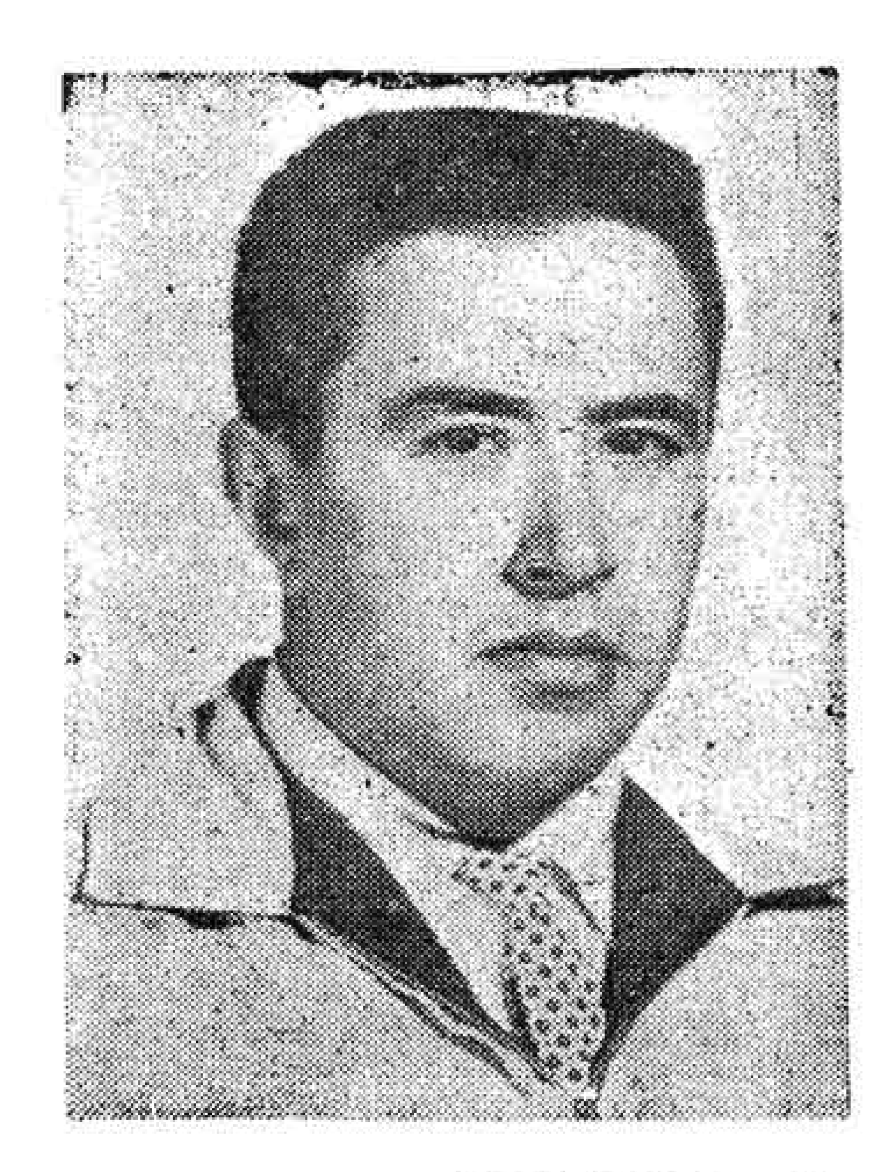
ensayo final

Cuando rendimos el cuerpo al sueño
y el sueño a la muerte,
es el paraíso quien responde a nuestras imágenes
(huecas.
Brilla después el cóndor
ladeado como un pequeño bonete sobre los hombros
(del planeta
y abandonamos ropajes y vidas que se deshinchan
(en el aire
como lonas de un circo muerto.

Y al partir, qué lumbre increíble nos cobija,
cuando de pie, en la ola petrificada de los puentes
o en el puente levadizo de la mirada que ya no
(soporta más apariciones,
un orbe nuevo nos saluda

con rientes estafetas impregnadas en el agua y el
(fósforo del porvenir.

Un himno inesperado oprime hasta el derrumbe
las enormes teclas de las escalinatas,
se oye por encima de nosotros el dócil taconeo de
(los ángeles;
se levanta la raquítica bengala que nunca alcanzó
(la estatura del trébol,
se levanta la fuente que se inclina como una viejecita
(sobre cada instante perdido,
se levanta lo que tiene vida y canta y vuela hasta
(dejar al aire en carne viva,
se levanta de la danza imperceptible y la más
(suntuosa:
la danza invisible en la que ofician todas las
(nostalgias



MARCO A. MONTES DE OCA (1932)

ha publicado tres libros de poesía:
Ruina de la infame Babilonia (1953);
Contrapunto de la fe (1955) *y*
Delante de la luz cantan los pájaros (1959).
Lejano de la tradicional reticencia de la poesía mexicana,
Montes de Oca
se desborda en un extremismo verbal que busca
las últimas consecuencias de cada imagen y de cada metáfora.

letanías profanas por jaime garcía terrés

En oleaje caviloso digo
los nombres de la grey, los nombres pardos
y los candentes. Digo Santiago, Pedro, Juan;
el signo de la madre plácida
entre nublados laberintos;
la fama quejumbrosa de los sacerdotes;
los apodos rebeldes que suscita la horda.

Oh denominaciones, oh ruido.
Arroyos al dolor, amor que nos rodea siempre vivo
en un alba de voces. Oh mundo compartido,
este decir nosotros; llamar a cada uno
por el carnal rumor que lo designa,
convocar a los labios la multitud esquiva.

¡Cantad, cantad en mí, diferentes hermanos!

Con la llaga de aquél y la cobarde
mansedumbre del otro, con la sábana
del moribundo, los desprecios, la sed infatigable-
(mente
purificada, con el frenesí disperso
allí donde siembra el agobio su cuchillada sacia,

urda mi boca los peregrinajes
al despertar común; y fúndase en la salva
mi soledad abierta, soledad partícipe.

Formas de cuantos sóis conmigo
dentro del coro unánime: Saúl, un carpintero
cualquiera, dedos que redimen
la sumisión del árbol. Veneranda, sortilega.
María, forastera de gráciles asombros.
Generoso, tal grave capitán de navío.
Jerónimo, verdugo sin historia. Más los
otros, amargos o felices,
ágiles, deprabados, inocentes, vencidos,
escoria de la cárcel o vagabundos tenues,

Santiago, Pedro, Juan. Y tú, velado amor
por quien surte mi lengua muchedumbres
y devociones; nombre feraz de cuya música
se derraman conjuros incesantes.

Resonad en la blonda cúpula del otoño.



JAIME GARCIA TERRES (1925)

ha publicado un tomo de poemas, Las provincias del aire (1957). *Dirige la revista "Universidad de México" y forma parte del consejo editorial de "El Espectador", publicaciones en las que se ha caracterizado por una valiente defensa de la Revolución cubana y por la investigación radical del momento mexicano.*

JUAN PEREZ JOLOTE

POR RICARDO POZAS A.

Y fui otra vez a San Cristóbal, a pedir dinero con los habilitadores, y me dieron cincuenta y cuatro pesos para trabajar tres meses. Tenía ya el dinero en mi mano, sólo esperaba que llegara el día que los suegros me habían dicho para casarme.

Llegó el día y empecé a buscar "los gastos"; compré uno cincuenta de plátanos, un peso de naranjas, dos atados de panela, seis pesos de pan, cuatro pesos de carne, un garrafón de trago, que me costó ocho pesos, y cuatro cajas de cigarros.

Para que 'entraran los gastos" llamé a mi hermano Mateo, a mi hermanito Manuel, a mi cuñado Marcos López y Ventana, con sus mujeres, que ayudaron a llevar la canasta del pan. Fueron también mis padres. Yo iba cargando el garrafón de trago.

Llegamos a la casa a las seis de la tarde. Al llegar saludáronnos los viejos, y me recibieron buenamente "los gastos" que llevaba.

El papá de la Dominga lo contó todo: cada cosa de lo que había yo llevado, un tío y su mujer le ayudaron. Me preguntaron cuántos eran los gastos de cada cosa, y de todas. Cuando supieron qué tanto dinero gasté, empezaron a servir el aguardiente del garrafón. Sacaron primero dos litros y una negra. Después de contados los gastos y cuando ya tenían el trago en las botellas, nos dijeron:

—Entren y siéntense.

Yo iba con chamarro negro, camisa, calzón y caites nuevos.

Empezaron a comer la cena que ellos habían preparado, y después de los primeros bocados, me dijeron:

—Hora tú, Juan, sirve una copa.

Y yo les serví una copa a cada uno de los que habían en la casa.

Dominga estaba con naguas y huipil nuevo, bien peinada y bien bañada.

Luego que acabaron de cenar, se despidieron mis parientes para irse a sus casas y me dejaron a mí solo, con la recomendación de que no me emborrachara, que todo el trago que me dieran lo guardara. Y a mi suegro le dijeron:

—No emborraches a mi Juan.

Mi papá me enseñó cómo debía servir el trago, y me dijo que al otro día que amaneciera fuera temprano al monte a traer leña.

Se quedaron en casa los viejos, los abuelitos, los tíos y los hermanos de mi mujer, y con ellos yo me quedé también.

Pidieron más trago; ahora la copa en que servía era más grande, era un vaso para cada uno de los hombres. A mí me dieron mi copa, y me dijo mi suegro:

—Guárdala, porque si me emborracho, tú me vas a cuidar que no me vaya a quemar.

Dominga se había quedado sentada en un rincón; cuando le servía su copa la guardaba en su botella y me decía:

—No vayas a tomar, cuida a nuestro papá.

—Ni tú tomas, ni yo tomo —le contestaba.

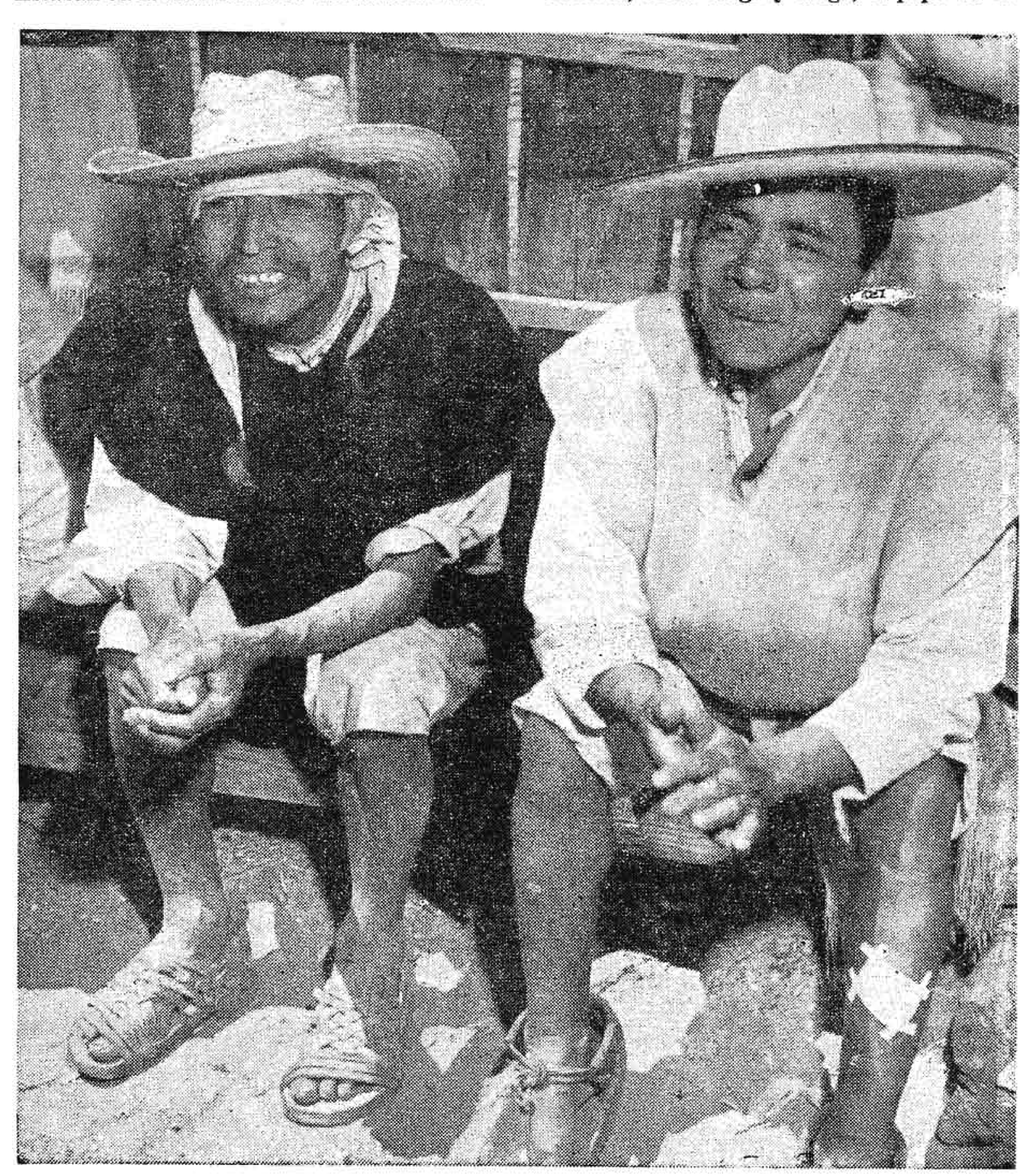
Ella mantenía en sus manos el ocote encendido, y se levantaba a poner leña al fuego cada vez que se iba acabando; luego se volvía a su rincón. Yo estaba sentado, con la botella entre las piernas, viendo lo que todos hacían, oyendo lo que todos decían.

—Oye, Juan —me decía mi suegro—, sírveme más, que quiero tomar; si no me sirves más ¿para qué trajiste el garrafón?

—Sí, tata, tome usted — y le servía en su vaso.

Estaban en la casa Salvador Hernández Lampoy, hermano de mi suegra; Domingo Heredia Mokojol, hermano de mi mujer, y mis cuñados Pascual Pérez Unintulult, Andrés Pérez Unintuluk y Agustín Pérez Unintuluk. Cada uno de ellos vino con su mujer, y a todos les servía yo. Las mujeres ya no tomaban, el trago que recibían lo guardaban, para no emborracharse y para ofrecerlo a sus maridos al día siguiente.

A ratos, entre trago y trago, el papá de mi



fotos de nacho lópez

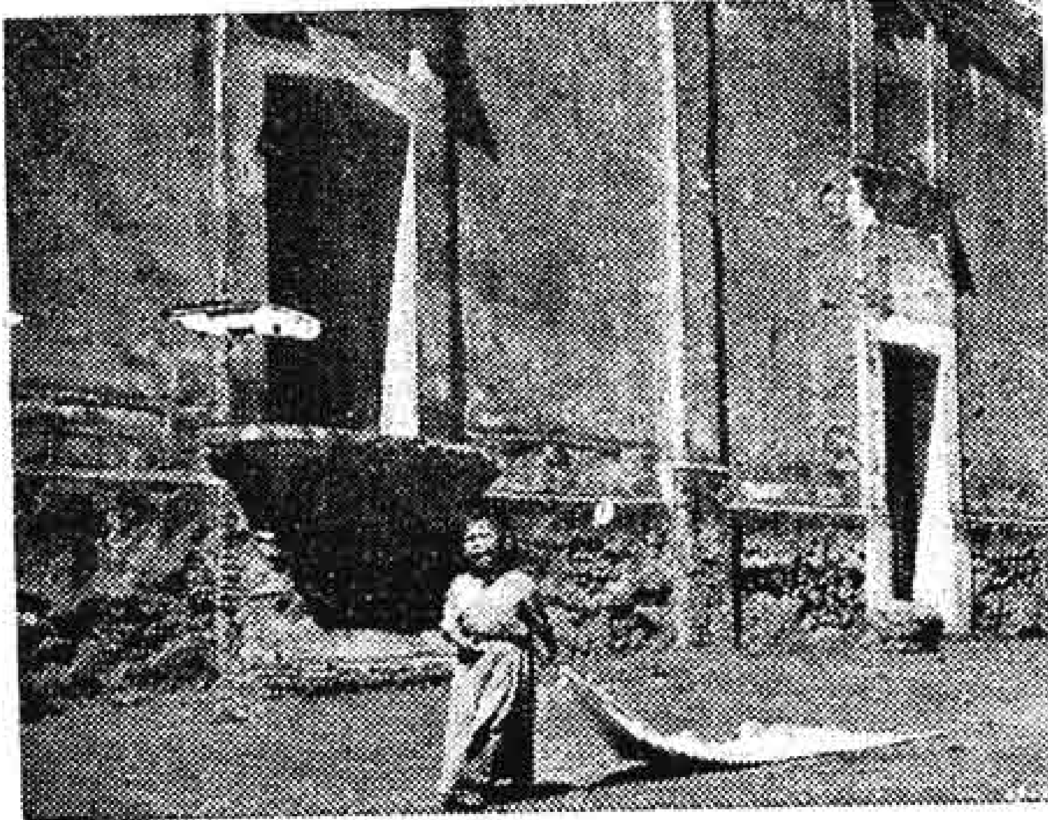


foto de gabriel figueroa.

mujer y los demás platicaban:

—Ya ves cómo se casó nuestra hija; a ver si cumple nuestro yerno.

Ya no hablaban bien, y entre la plática iban cayendo, uno por uno, hasta quedarse roncando. Cuando todos los hombres estaban bien dormidos, las mujeres, todas en juicio, cuidaban cada quien a su marido.

Me llamó mi suegra y me dijo:

—Cuando tu suegro pida más trago le decimos que ya se acabó, que nada queda en el garrafón, aunque haya; lo dejamos para que beban mañana.

Cuando volvió a recordar mi suegro, me dijo:

—Oyes, Juan, oyes hijito... sírveme otro trago.

—De dónde va a sacar más —dijo mi suegra—, que ya se acabó el garrafón.

—Está bueno; ya no hay más... me voy a acostar—. Y se quedó roncando.

Entonces me dijo mi suegra.

—Estate sentado y ve si vuelve a pedir.

Dominga seguía en el rincón, con el ocote encendido entre sus manos. El grupo de mujeres, sus tías y abuelas, estaba junto a ella; y yo, por otro lado, con los hombres.

Cuando amaneció, le dije a mis suegros:

—Ahí esténse, voy a traer un tercio de leña.

—Bueno hijo ve por el tercio de leña, nosotros vamos a poner lo que trajiste. Y ellas se quedaron a moler para hacer las tortillas y cocer lo que yo había llevado.

Pronto volví con mi tercio de leña. Ya estaba mi suegro despierto, preguntando por mí:

—¿Dónde está Juan?, ¿dónde está mi hijo?

— Fue a traer leña, espera un rato.

El almuerzo estaba hecho; habían cocido la carne fresca que yo había llevado, le habían puesto repollo, y habían hecho café para tomarlo con pan después del almuerzo.

Cuando llegué, me dijo mi suegro:

—¿Ya viniste, hijito?

—Sí, papacito.

—¿Fuiste a traer leña?

—Sí, señor.

—El trago que recibiste anoche, ¿lo guardaste?

—Sí, señor papacito, lo tengo guardado; ¿quiere usted otra copa?

—Sí, hijito, por eso te estoy esperando.

—Con mucho gusto le voy a servir.

—Sirve una copa para que almorcemos.

Me dijo que les diera a todos los hombres que estaban sentados, y a las mujeres les dijo:

—Sirvan el almuerzo mientras tomo mi copa.

Yo serví a los hombres una copa a cada quien. Después que tomaron, mi mujer arregló el bochilum y fue poniendo agua a uno por uno de los hombres para que se lavaran. En seguida mi mujer empezó a servir la comida; primero a mi suegro, y luego a uno por uno de los hombres, y después a las mujeres de sus parientes. Sirvieron luego las tortillas, que todas habían echado, y el pla-

to de sal. Dijo entonces mi suegra a mi mujer:

—Mira, hijita, se acabó el garrafón de trago que trajo mi hijo y aquí hay otro poquito, sírvelo y ve cuánto sale.

Juntamos el aguardiente que ella no había tomado, y salieron tres litros. Entonces sirvió mi suegra, para tomar en la comida.

Antes de empezar a almorzar, dijo mi suegro:

—Compañeros, vamos a almorzar para que se vayan a sus casas; todos vieron cómo recibí a mi yerno.

Y cada uno contestó: "está bien", "sí, tío", "sí, hermano", "sí, banquil, todos vimos cómo fue entregada tu hija".

A ver si cumple este Juan, nuestro hijo —dijo a su mujer—. Si sirve nuestra hija, está bien; si algún día se disgustan, y viene a esta casa tu hija por un disgusto de Juan, entonces no tenga la esperanza de que se le devuelva el dinero que gastó.

Luego, me dijo a mí:

—Ya oíste lo que dijimos entre todos. No esperes que devolvamos tu dinero, si algún día le llegas a pegar a mi hija; ya sabes lo que dijimos.

—No tenga cuidado, papacito; no tenga cuidado, mamacita —yo me inclinaba frente a ellos y frente a cada uno de sus parientes para que me tocaran la cabeza con su mano; ellos lo hacían, y aceptaban así mi demostración de respeto.

Los invitados almorzaron, devolvieron los trastes y se fueron. Sólo yo me quedé en la casa con mi mujer y los viejos.

Cuando nos quedamos solos, me dijo mi suegro:





—Vamos a trabajar.

El primer día, quebramos tierra con el azadón para sembrar maíz, y al mediodía volvimos a casa a tomar el pozol.

—¿Aquí estás? —le dijo mi suego a mi mujer.

—Aquí estoy —dijo Dominga.

—Ve a batir el pozol, porque vamos a tomar.

Primero tomó mi suegro, y mi suegra dijo a mi mujer:

—Bátele también pozol a tu marido.

Ella obedeció y yo tomé. Después que tomamos, volvimos a trabajar un poco más, mientras que llegaba la hora de comer, y a la hora de comer regresamos, y comimos carne con repollo y camotillos.

Después de comer fuimos al monte a traer leña, y cuando regresamos, me dijo mi suegro:

—Vete a descansar; si quieres ir a ver a tu papá o a tu mamá, anda.

Fui a visitar a mis padres.

—¿Qué tal te fue? —me preguntaron—. ¿No se pelearon?

—No —dije yo.

—¿Dormiste?

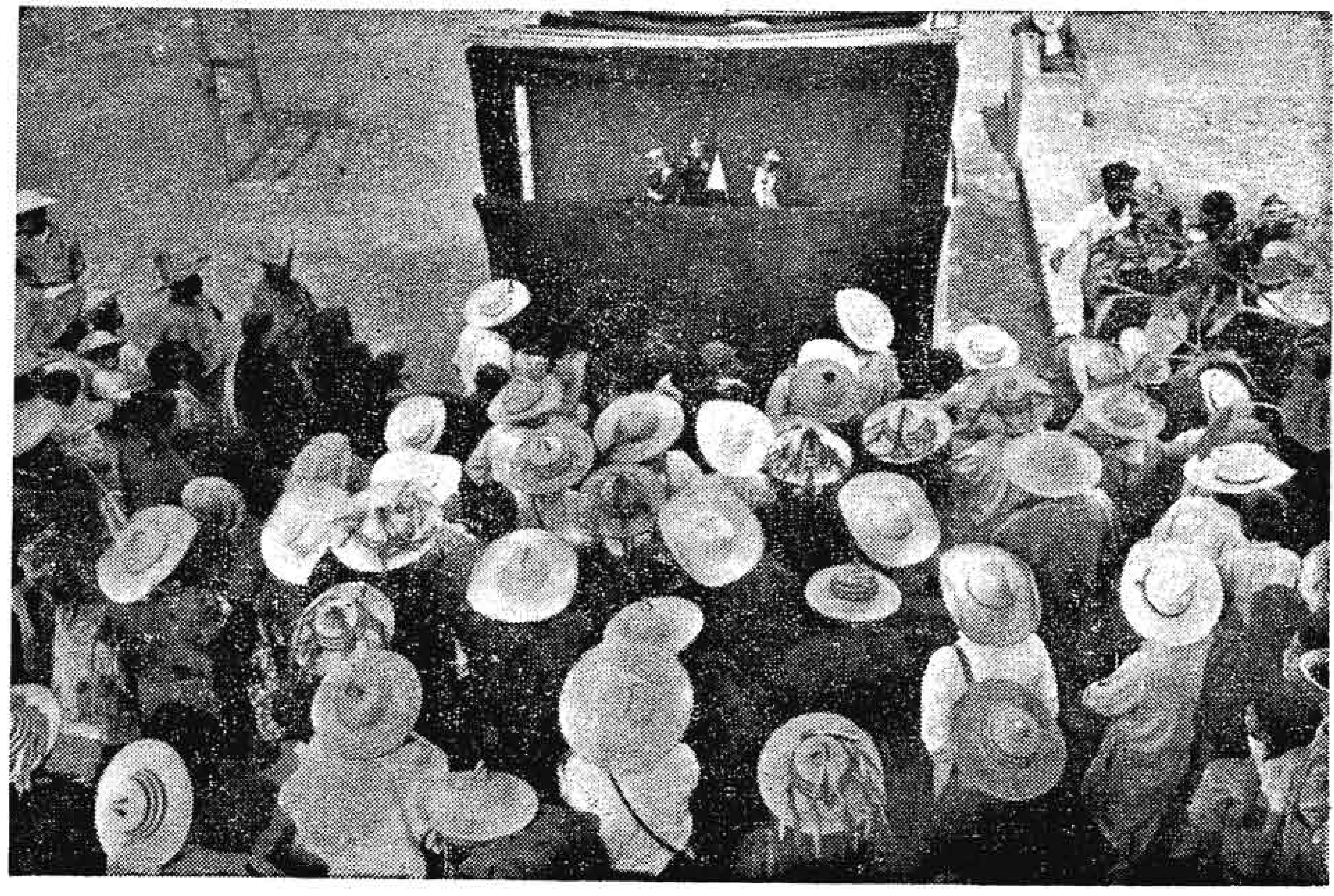
—No; casi nos amanecimos sentados.

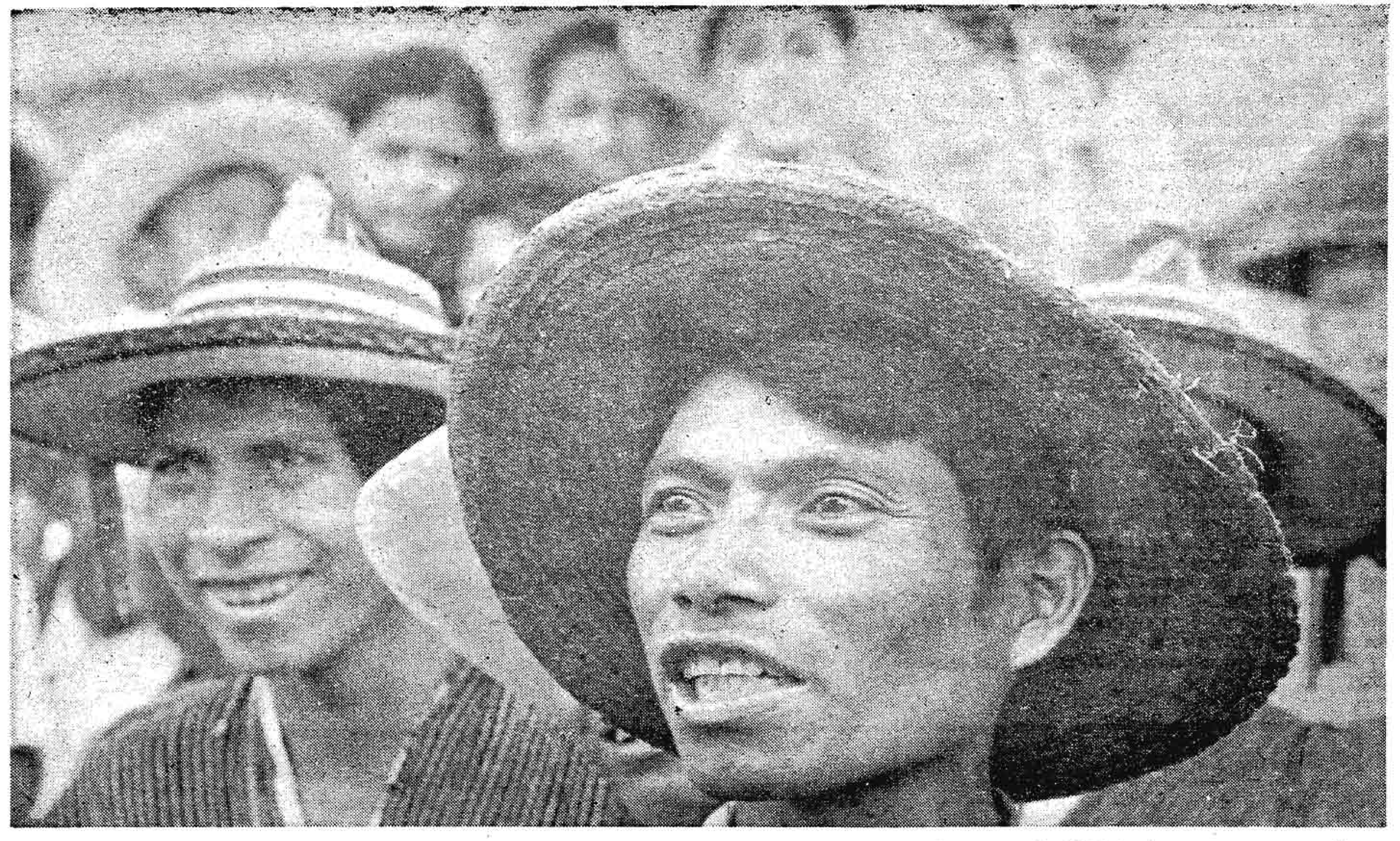
—Bueno —dijo mi papá—; ahora te vas a ver en qué van a trabajar mañana; a ver cuándo te van a mandar para acá con tu mujer. Lo que tu suegro diga tienes que obedecer.

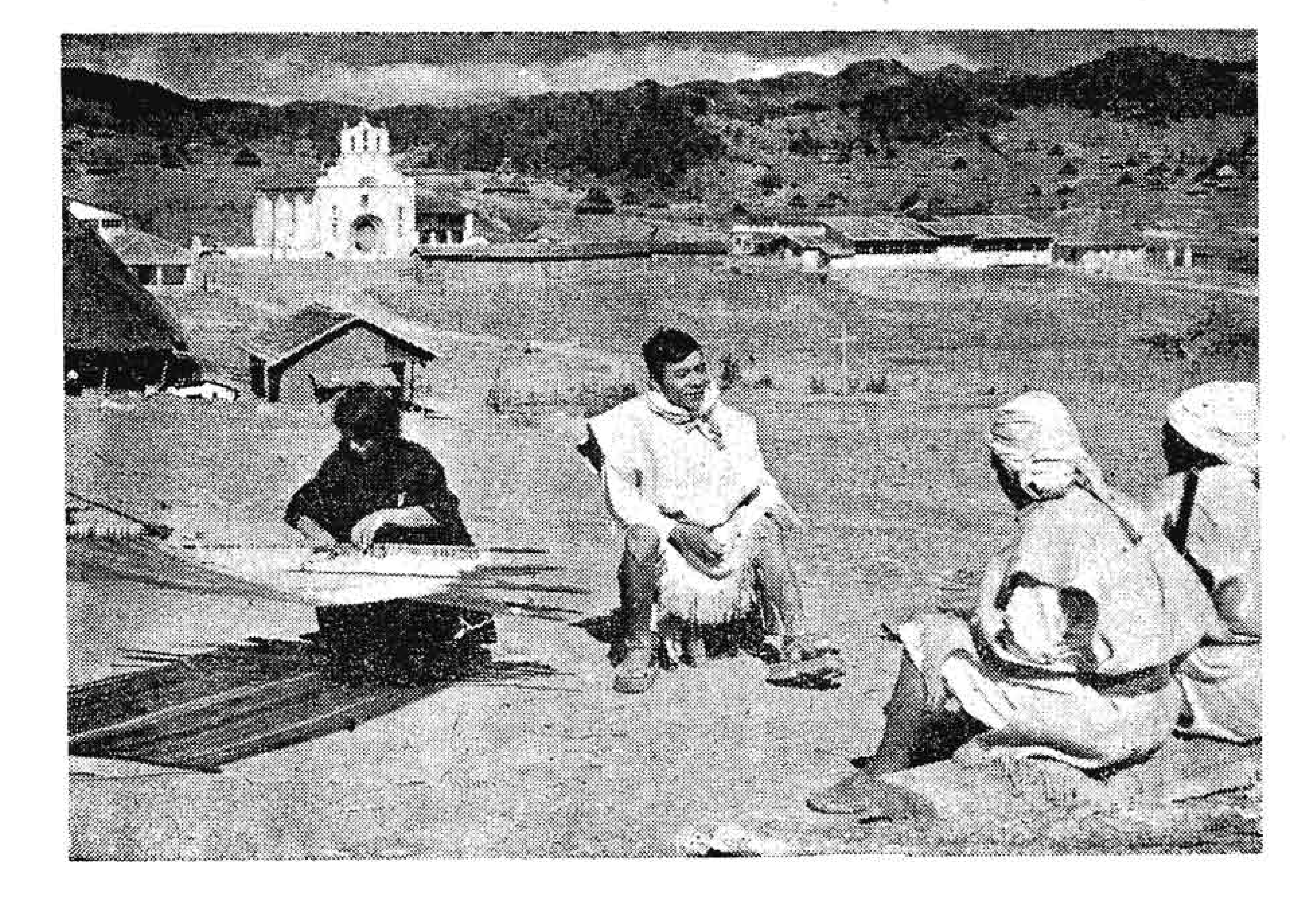
—Está bien, papá.

Volví a la casa un poco tarde, y saludé:

—Buenas tardes, papá suegro; buenas tardes mamá suegra.







días —me siguió diciendo—, yo no saco nada con eso. Hoy te vas a tu casa con tu mujer.

Yo estaba contento porque ya me iba para mi casa, a dormir con mi mujer.

Cuando volvimos con la leña ya estaba el al-

—Buenas tardes, hijo, pasa adentro y siéntate; vamos a calentarnos.

Me senté junto al fogón hasta que llegó la hora de cenar. Después que cenamos, me dijo mi suegro:

—Vamos a dormir, porque tenemos que levantarnos temprano para traer un tercio de leña—. Luego le dijo a Dominga: "Tiende su cama a tu marido y acuéstense a dormir los dos".

Ibamos a dormir en una cama que mi suegro había pedido prestada a su hermana. Mi mujer tendió los dos tasil, que ella había tejido para la noche de bodas, y puso tres chamarros nuevos para taparnos. Yo me acosté con mi calzón y mi camisa y ella con su nagua y su huipil, pero se desató su faja. Ya acostados, comencé a acariciarla y le dije:

—¿Me quieres como yo te quiero?

—Sí, te quiero.

Entonces le acaricié los pechos, y le decía:

—Dámelo...

—No, porque están despiertos mis papás.

—¿Y qué?; ellos también lo hicieron cuando se juntaron.

—Sí, pero ahora no.

Me sentía rendido y no tenía muchas ganas. Además, tenía miedo de que los viejos estuvieran despiertos. Y acariciándola, me quedé dormido.

Dominga despertó primero; sentí cuando hizo el impulso para levantarse.

—¿Ya te vas a levantar?

—Sí —dijo—, ya despertó mi mamá; ya va a amanecer.

Los viejos hablaban. Ella se levantó y se puso a lavar el mixtamal que se había cocido en la noche mientras dormíamos.

La vieja se levantó también, y se puso a lavar el metate. Mi mujer ya había prendido la lumbre. Después me levanté, y el viejo se levantó también. Cogimos nuestras hachas y fuimos al monte por leña. Por el camino, me decía el suegro:

—Cuando yo me junte con tu suegra fui también a traer leña. Ustedes deben acostumbrarse a levantarse temprano, para que con el tiempo junten su dinero y compren sus animalitos, porque somos muy pobres. Si ella no se quiere levantar temprano, la despiertas; y si no quiere, me vienes a decir, para que yo vaya a decirle que se levante más temprano. Yo no te voy a detener cuatro días o más; hoy en la tarde te vas a tu casa con tu mujer.

—Hay suegros que tienen a sus yernos ocho



muerzo preparado, y almorzamos. Después fuimos con el azadón a quebrar la tierra; entre diez y once tomamos pozol, y a la una la comida. Después seguimos trabajando hasta las cuatro de la tarde, y volvimos a la casa a cenar; cenamos temprano, porque yo iba a andar para mi casa con mi mujer. Después de la cena, dijo mi suegro a mi suegra:

—Mira, vieja; ahora se va nuestro hijo Juan, no lo vamos a detener; vale más que se vaya con su mujercita a ver los trabajos de su papá.

Luego, dijo a mi mujer:

—Tú, Dominga, lleva todo lo que tienes; tus chamarros, los tasil... tu ropa.

Nos despedimos de los viejos.

Al llegar a mi casa saludamos:

—Buenas tardes, papá; buenas tardes, mamá.

—¿Adónde vas?

—Aquí vine con mi mujer, porque me dijo mi suegro.

Entonces saludó mi mujer:

—Buenas tardes, papá suegro; buenas tardes, mamá suegra.

—Pasen adelante.

Entramos; y como yo ya tenía mi cama, ella puso sus chamarros sobre mi cama, después de que le dijo mi mamá:

—Ahí está la cama de tu marido; sacúdela y tiéndela.

Yo también tenía mis dos tasil, mis chamarros, mi petate y mi cabecera. Ella tendió la cama.

Como todavía no habían cenado mis papás, me dijeron:

—Ven a cenar.

—Pero ya vinimos cenados; hasta mañana cenaremos aquí.

—Entonces, acuéstense ya; ¡qué van a hacer si no quieren comer!

Nosotros fuimos a acostarnos. Nos quitamos los vestidos; hora sí dormíamos encuerados. Ella se desnudó completamente, sin que yo le dijera. Nos tapamos. Ella me acariciaba y yo también la acariciaba.

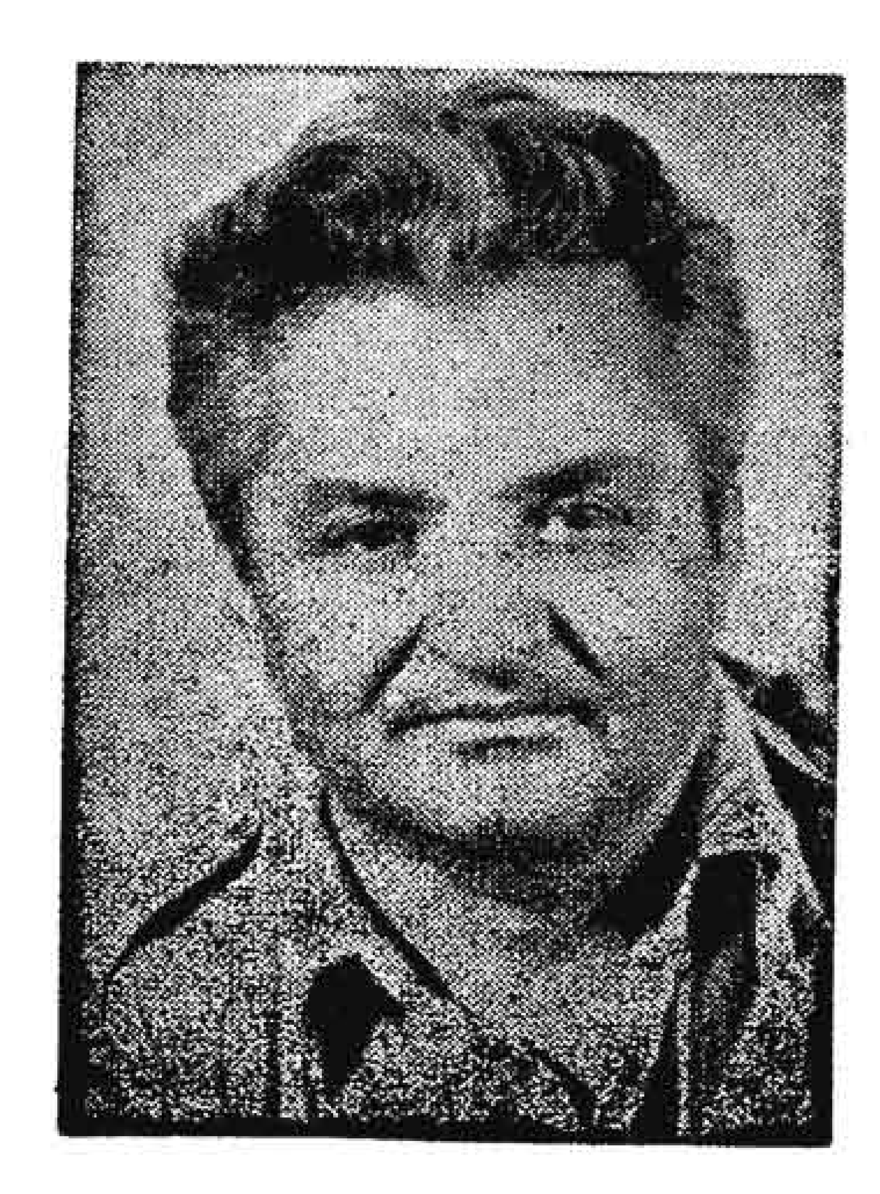
Acabaron de cenar mis padres; alistaron sus camas y se acostaron a dormir.

—Duérmanse, que pasen buena noche —dijeron los viejos.

—Buenas noches —contestamos.

Y apagaron la luz.



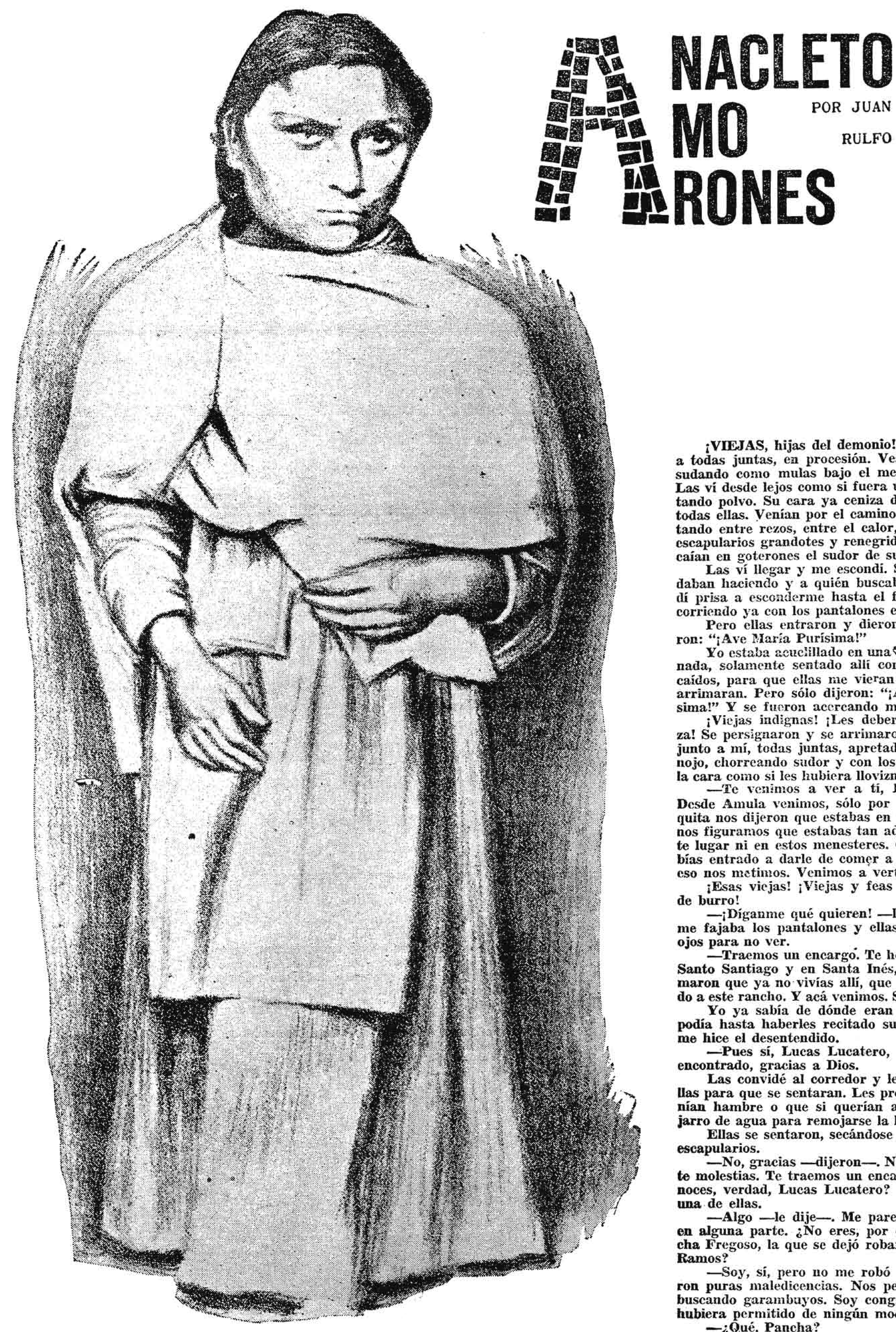


RICARDO POZAS A. (1912)

es un antropólogo profesional que durante años ha trabajado en el campo, entre los grupos indígenas mexicanos. Su Juan Pérez Jolote (1952) fue redactado como un estricto estudio de trabajo. La maravillosa realidad del tema —la vida completa de un indígena chamula— y la probidad del autor, lo convirtieron en algo más que un documento: en un universo vital.

ANACLETO MORONES

POR JUAN RULFO



dibujo de leopoldo méndez

¡VIEJAS, hijas del demonio! Las ví venir a todas juntas, en procesión. Vestidas de negro, sudando como mulas bajo el mero rayo del sol. Las ví desde lejos como si fuera una recua levantando polvo. Su cara ya ceniza de polvo. Negras todas ellas. Venían por el camino de Amula, cantando entre rezos, entre el calor, con sus negros escapularios grandotes y renegridos sobre los que caían en goterones el sudor de su cara.

Las ví llegar y me escondí. Sabía lo que andaban haciendo y a quién buscaban. Por eso me dí prisa a esconderme hasta el fondo del corral, corriendo ya con los pantalones en la mano.

Pero ellas entraron y dieron conmigo. Dijeron: "¡Ave María Purísima!"

Yo estaba acuclillado en una piedra, sin hacer nada, solamente sentado allí con los pantalones caídos, para que ellas me vieran así y no se me arrimaran. Pero sólo dijeron: "¡Ave María Purísima!" Y se fueron acercando más.

¡Viejas indignas! ¡Les debería dar vergüenza! Se persignaron y se arrimaron hasta ponerse junto a mí, todas juntas, apretadas como en manojo, chorreando sudor y con los pelos untados a la cara como si les hubiera lloviznado.

—Te venimos a ver a tí, Lucas Lucatero. Desde Amula venimos, sólo por verte. Aquí cerquita nos dijeron que estabas en tu casa; pero no nos figuramos que estabas tan adentro; no en este lugar ni en estos menesteres. Creímos que habías entrado a darle de comer a las gallinas, por eso nos metimos. Venimos a verte.

¡Esas viejas! ¡Viejas y feas como pasmadas de burro!

—¡Díganme qué quieren! —les dije, mientras me fajaba los pantalones y ellas se tapaban los ojos para no ver.

—Traemos un encargo. Te hemos buscado en Santo Santiago y en Santa Inés, pero nos informaron que ya no vivías allí, que te habías mudado a este rancho. Y acá venimos. Somos de Amula.

Yo ya sabía de dónde eran y quiénes eran; podía hasta haberles recitado sus nombres, pero me hice el desentendido.

—Pues sí, Lucas Lucatero, al fin te hemos encontrado, gracias a Dios.

Las convidé al corredor y les saqué unas sillas para que se sentaran. Les pregunté que si tenían hambre o que si querían aunque fuera un jarro de agua para remojarse la lengua..

Ellas se sentaron, secándose el sudor con sus escapularios.

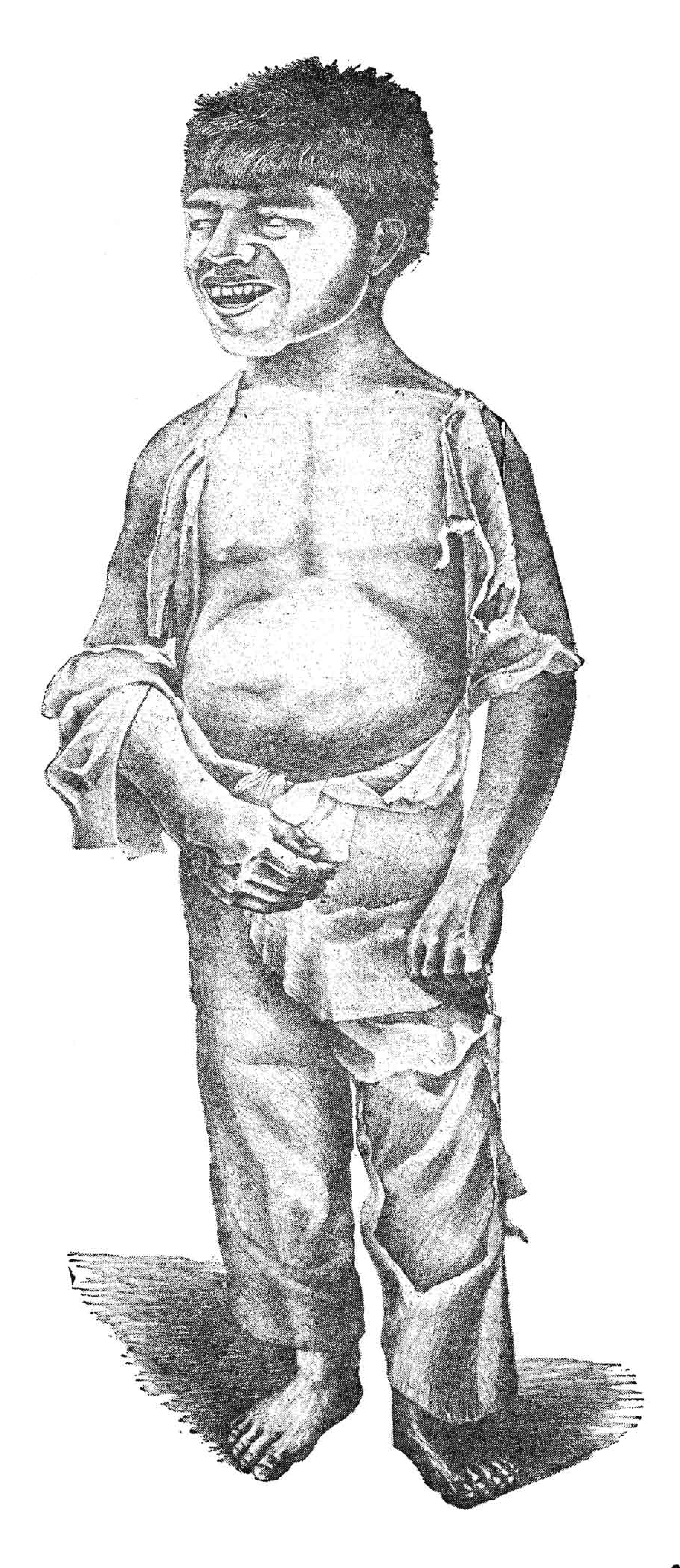
—No, gracias —dijeron—. No venimos a darte molestias. Te traemos un encargo. ¿Tú me conoces, verdad, Lucas Lucatero? —me preguntó una de ellas.

—Algo —le dije—. Me parece haberte visto en alguna parte. ¿No eres, por casualidad, Pancha Fregoso, la que se dejó robar por Homobono Ramos?

—Soy, sí, pero no me robó nadie. Esas fueron puras maledicencias. Nos perdimos los dos buscando garambuyos. Soy congregante y yo no hubiera permitido de ningún modo...

—¿Qué, Pancha?

—¡Ah!, cómo eres mal pensado, Lucas. To-



dibujo de antonio pujol

davía no se te quita lo de andar criminando gente. Pero, ya que me conoces, quiero agarrar la palabra para comunicarte a lo que venimos.

—¿No quieren ni siquiera un jarro de agua? —les volví a preguntar.

—No te molestes. Pero ya que nos ruegas tanto, no te vamos a desairar.

Les traje una jarra de agua de arrayán y se la bebieron. Luego les traje otra y se la volvieron a beber. Entonces les arrimé un cántaro con agua del río. Lo dejaron allí, pendiente, para dentro de un rato, porque, según ellas, les iba a entrar mucha sed cuando comenzara a hacerles la digestión.

Diez mujeres, sentadas en hilera, con sus negros vestidos puercos de tierra. Las hijas de Ponciano, de Emiliano, de Crescenciano, de Toribio el de la taberna y de Anastasio el peluquero.

—¡Viejas carambas! Ni una siquiera pasadera. Todas caídas por los cincuenta. Marchitas como floripondios engarruñados y secos. Ni de dónde escoger.

—¿Y qué buscan por aquí?

—Venimos a verte.

—Ya me vieron. Estoy bien. Por mí no se preocupen.

—Te has venido muy lejos. A este lugar escondido. Sin domicilio ni quién dé razón de tí. Nos ha costado trabajo dar contigo después de mucho inquirir.

—No me escondo. Aquí vivo a gusto, sin la moledera de la gente. ¿Y qué misión traen, si se puede saber? —les pregunté.

—Pues se trata de esto... Pero no te vayas a molestar en darnos de comer. Ya comimos en casa la Torcacita. Allí nos dieron a todas. Así que ponte en juicio. Siéntate aquí en frente de nosotras, para verte y para que nos oigas.

Yo no me podía estar en paz. Quería ir otra vez al corral. Oía el cacareo de las gallinas y me daban ganas de ir a recoger los huevos antes que se los comieran los conejos.

—Voy por los huevos —les dije.

—De verdad que ya comimos. No te molestes por nosotras.

—Tengo allí dos conejos sueltos que se comen los huevos. Orita regreso.

Y me fuí al corral.

Tenía pensado no regresar. Salirme por la puerta que daba al cerro y dejar plantada a aquella sarta de viejas canijas.

Le eché una miradita al montón de piedras que tenía arrinconado en una esquina y le ví la figura de una sepultura. Entonces me puse a desparramarlas, tirándolas por todas partes, haciendo un reguero aquí y otro allá. Eran piedras de río, boludas, y las podía aventar lejos. ¡Viejas de los mil judas! Me habían puesto a trabajar. No sé por qué se les antojó venir.

Dejé la tarea y regresé.

Les regalé los huevos.

—¿Mataste los conejos? Te vimos aventarles de pedradas. Guardaremos los huevos para dentro de un rato. No debías haberte molestado.

—Allí en el seno se pueden empollar, mejor déjenlos afuera.

—¡Ah, cómo serás!, Lucas Lucatero. No se te quita lo hablantín. Ni que estuviéramos tan calientes.

—De eso no sé nada. Pero de por sí está haciendo calor acá afuera.

Lo que yo quería era darles largas. Encaminarlas por otro rumbo, mientras buscaba la manera de echarlas fuera de mi casa y que no les quedaran ganas de volver. Pero no se me ocurría nada.

Sabía que me andaban buscando desde enero, poquito después de la desaparición de Anacleto Morones. No faltó alguien que me avisara que las viejas de la Congregación de Amula andaban tras de mí. Eran las únicas que podían tener algún interés en Anacleto Morones. Y ahora allí las tenía.

Podía seguir haciéndoles plática o granjeándomelas de algún modo hasta que se les hiciera de noche y tuvieran que largarse. No se hubieran arriesgado a pasarla en mi casa.

Porque hubo un rato en que se trató de eso: cuando la hija de Ponciano dijo que querían acabar pronto su asunto para volver temprano a Amula. Fué cuando yo les hice ver que por eso no se preocuparan, que aunque fuera en el suelo había allí lugar y petates de sobra para todas. Todas dijeron que eso sí que no, porque qué iría a decir la gente cuando se enteraran de que habían pasado la noche solitas en mi casa y consigo allí dentro. Eso sí que no.

La cosa, pues, estaba en hacerles larga la plática, hasta que se les hiciera de noche, quitándoles la idea que les bullía en la cabeza. Le pregunté a una de ellas.

—¿Y tu marido qué dice?

—Yo no tengo marido, Lucas. ¿No te acuerdas que fuí tu novia? Te esperé y te esperé y me quedé esperando. Luego supe que te habías casado. Ya a esas alturas nadie me quería.

—¿Y luego yo? Lo que pasó fué que se me atravesaron otros pretendientes que me tuvieron muy ocupado; pero todavía es tiempo.

—Pero si eres casado, Lucas, y nada menos que con la hija del Santo Niño. ¿Para qué me alborotas otra vez? Yo ya hasta me olvidé de tí.

—Pero yo no. ¿Cómo dices que te llamabas?

—Nieves. Me sigo llamando Nieves. Nieves García. Y no me hagas llorar, Lucas Lucatero. Nada más de acordarme de tus melosas promesas me da coraje.

—Nieves... Nieves. Cómo no me voy a acordar de tí. Si eres de lo que no se olvida... Eres suavecita. Me acuerdo. Te siento todavía aquí en mis brazos. Suavecita. Blanda. El olor del vestido con que salías a verme olía a alcanfor. Y te arrejuntabas mucho conmigo. Te repegabas tanto que casi te sentía metida en mis huesos. Me acuerdo.

—No sigas diciendo cosas, Lucas. Ayer me confesé y tu me estás despertando malos pensamientos y me estás echando el pecado encima.

—Me acuerdo que te besaba en las corvas. Y que tú decías que allí no, porque sentías cosquillas. ¿Todavía tienes hoyuelos en las corvas de las piernas?

—Mejor cállate, Lucas Lucatero. Dios no te perdonará lo que hiciste conmigo. Lo pagarás caro.

—¿Hice algo malo contigo? ¿Te traté acaso mal?

—Yo tuve que tirar. Y no me hagas decir eso aquí delante de la gente. Pero para que lo sepas: lo tuve que tirar. Era una cosa así como un pedazo de cecina. ¿Y para qué lo iba a querer yo, si su padre no era más que un vaquetón?

—¿Conque eso pasó? No lo sabía ¿No quieren otra poquita de agua de arrayán? No me tardaré nada en hacerla. Espérenme no más.

Y me fuí otra vez al corral a cortar arrayanes. Y allí me entretuve lo más que pude, mientras se le bajaba el mal humor a la mujer aquella. Cuando regresé ya se había ido.

—¿Se fué?

—Sí, se fue. La hiciste llorar.

—Sólo quería platicar con ella, nomás por pasar el rato. ¿Se han fijado cómo tarda en llover? ¿Allá en Amula ya debe haber llovido, no?

—Sí, anteayer cayó un aguacero.

—No cabe duda de que aquél es un buen sitio. Llueve bien y se vive bien. A fe que aquí ni las nubes se aparecen. ¿Todavía es Rogaciano el presidente municipal?

—Sí, todavía.

—Buen hombre ese Rogaciano.

—No. Es un maldoso.

—Puede que tengan razón. ¿Y qué me cuentan de Edelmiro, todavía tiene cerrada la botica?

—Edelmiro murió. Hizo bien en morirse, aunque me esté mal el decirlo; pero era otro maldoso. Fué de los que le echaron infamias al Niño Anacleto. Lo acusó de abusionero y de brujo y de engañabobos. De todo eso anduvo hablando en todas partes. Pero la gente no le hizo caso y Dios lo castigó. Se murió de rabia como los hitacoches.

—Esperemos en Dios que esté en el infierno.

—Y que no se cansen los diablos de echarle leña.

—Lo mismo que a Lirio López, el juez, que se puso de su parte y mandó al Santo Niño a la cárcel.

Ahora eran ellas las que hablaban. Las dejé decir todo lo que quisieran. Mientras no se metieran conmigo, todo iría bien. Pero de repente se les ocurrió preguntarme.

—¿Quieres ir con nosotras?

—¿Adónde?

—A Amula. Por eso venimos. Para llevarte.

Por un rato me dieron ganas de volver al corral. Salirme por la puerta que da al cerro y desaparecer. ¡Viejas infelices!

—¿Y qué diantres voy a hacer yo a Amula?

—Queremos que nos acompañes en nuestros ruegos. Hemos abierto, todas las congregantes del Niño Anacleto, un novenario de rogaciones para pedir que nos lo canonicen. Tú eres su yerno y te necesitamos para que sirvas de testimonio. El señor cura nos encomendó le lleváramos a alguien que lo hubiera tratado de cerca y conocido de tiempo atrás, antes que se hiciera famoso por sus milagros. Y quién mejor que tú, que viviste a su lado y puedes señalar mejor que ninguno las obras de misericordia que hizo. Por eso te necesitamos para que nos acompañes en esta campaña.

—¡Viejas carambas! Haberlo dicho antes.

—No puedo ir —les dije—. No tengo quien me cuide la casa.

—Aquí se van a quedar dos muchachas para eso, lo hemos prevenido. Además está tu mujer.

—Yo no tengo mujer.

—¿Luego la tuya? ¿La hija del Niño Anacleto?

—Ya se me fué. La corrí.

—Pero eso no puede ser, Lucas Lucatero. La pobrecita debe andar sufriendo. Con lo buena que era. Y lo jovencita. Y lo bonita. ¿Para dónde la mandaste, Lucas? Nos conformamos con que siquiera la hayas metido en convento de las Arrepentidas.

—No la metí en ninguna parte. La corrí. Y estoy seguro de que no está con las Arrepentidas; le gustaba mucho la bulla y el relajo. Debe de andar por esos rumbos, desfajando pantalones.

—No te creemos, Lucas, ni así tantito te creemos. A lo mejor está aquí, encerrada en algún cuarto de esta casa rezando sus oraciones. Tu siempre fuiste muy mentiroso y hasta levantafalsos. Acuérdate, Lucas, de las pobres hijas de Hermelindo, que hasta se tuvieron que ir para El Grullo porque la gente les chiflaba la canción de "Las güilotas" cada vez que se asomaban a la calle, y sólo porque tú inventaste chismes. No se te puede creer nada a tí, Lucas Lucatero.

—Entonces sale sobrando que yo vaya a Amula.

—Te confiesas primero y todo queda arreglado. ¿Desde cuándo no te confiesas?

—¡Uh!, desde hace como quince años. Desde que me iban a fusilar los cristeros. Me pusieron una carabina en la espalda y me hincaron delante del cura y dije allí hasta lo que no había hecho. Entonces me confesé hasta por adelantado.

—Si no hubiera de por medio que eres el yerno del Santo Niño, no te vendríamos a buscar, contimás, te pediríamos nada. Siempre has sido muy diablo, Lucas Lucatero.

—Por algo fuí ayudante de Anacleto Morones. El sí que era el vivo demonio.

—No blasfemes.

—Es que ustedes no lo conocieron.

—Lo conocimos como santo.

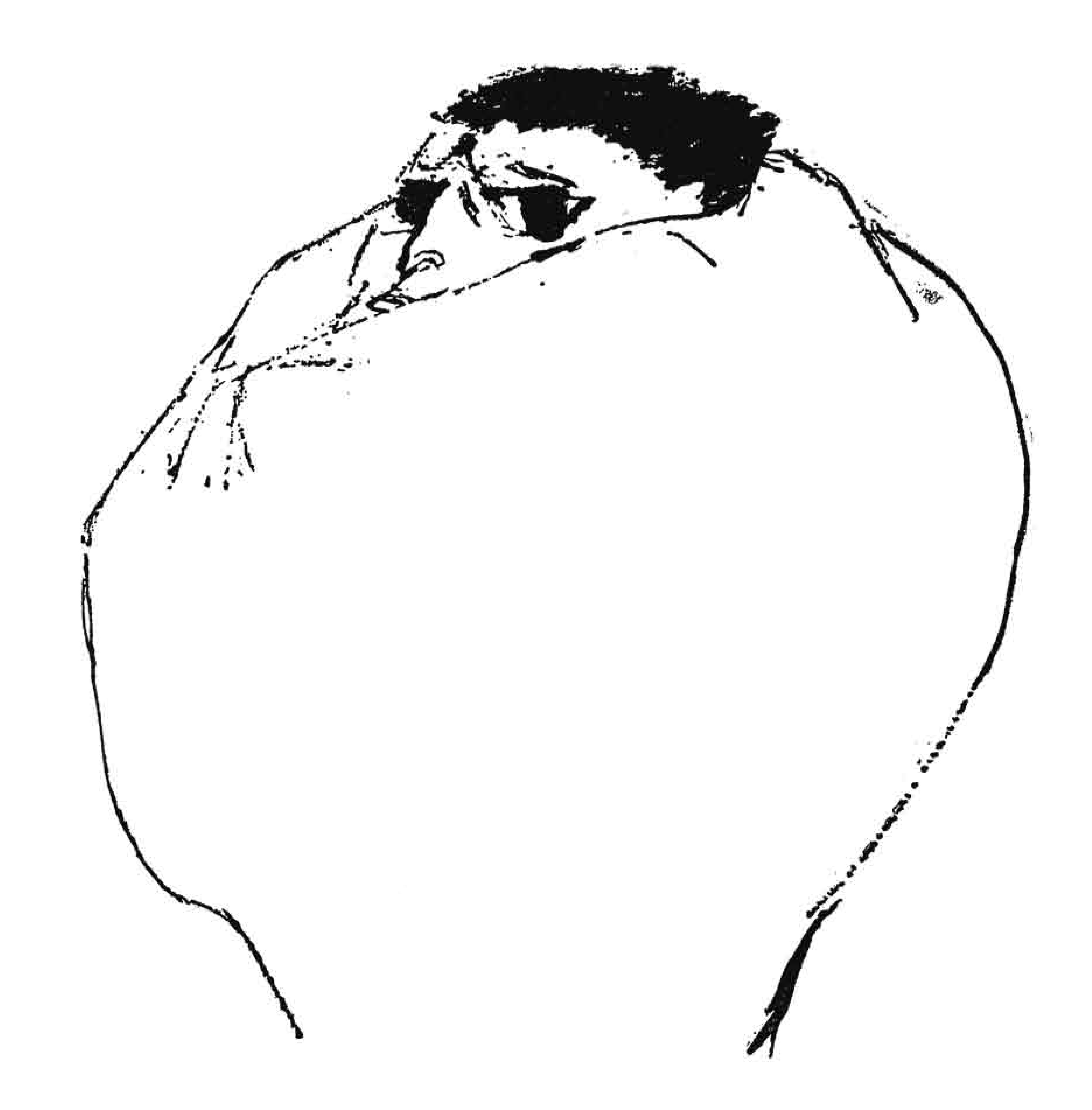
—Pero no como santero.

—¿Qué cosas dices, Lucas?

—Eso ustedes no lo saben; pero él antes vendía santos. En las ferias. En la puerta de las iglesias Y yo le cargaba el tambache. Por allí íbamos los dos, uno detrás de otro, de pueblo en pueblo. El por delante y yo cargándole el tambache con las novenas de San Pantaleón, de San Ambrosio y de San Pascual, que pesaban, cuando menos, tres arrobas.



dibujos de josé luis cuevas



"Un día encontramos a unos peregrinos. Anacleto estaba arrodillado encima de un hormiguero, enseñándome cómo mordiéndose la lengua no pican las hormigas. Entonces pasaron los peregrinos. Lo vieron. Se pararon a ver la curiosidad aquella. Preguntaron: ¿Cómo puedes estar encima del hormiguero sin que te piquen las hormigas?

"Entonces él puso los brazos en cruz y comenzó a decir que acababa de llegar de Roma, de donde traía un mensaje y era portador de una astilla de Santa Cruz donde Cristo fué crucificado.

"Ellos lo levantaron de allí en sus brazos. Lo llevaron en andas hasta Amula. Y allí fué el acabóse; la gente se postraba frente a él y le pedía milagros.

"Este fué el comienzo. Y yo nomás me vivía con la boca abierta, mirándolo engatusar al montón de peregrinos que iban a verlo".

—Eres puro hablador y de sobras hasta blasfemo. ¿Quién eras tú antes de conocerlo? Un arreapuercos. Y él te hizo rico. Te dió lo que tienes. Y ni por eso te acomides a hablar bien de él. Desgraciado.

—Hasta eso, le agradezco que me haya matado el hambre, pero eso no quita que él fuera el vivo diablo. Lo sigue siendo, en cualquier lugar donde esté.

—Está en el cielo. Entre los ángeles. Allí es donde está, más que te pese.

—Yo sabía que estaba en la cárcel.

—Eso fué hace mucho. De allí se fugó. Desapareció sin dejar rastro. Ahora está en el cielo en cuerpo y alma presentes. Y desde allí nos bendice. ¡Muchachas! ¡Arrodíllense! Recemos el "Penitentes somos, Señor", para que el Santo Niño interceda por nosotras.

Y aquellas viejas se arrodillaron, besando a cada Padrenuestro el escapulario donde estaba bordado el retrato de Anacleto Morones.

Eran las tres de la tarde.

Aproveché ese ratito para meterme en la cocina y comerme unos tacos con frijoles. Cuando salí ya sólo quedaban cinco mujeres.

—¿Qué se hicieron las otras? —les pregunté.

Y la Pancha, moviendo los cuatro pelos que tenía en sus bigotes, me dijo:

—Se fueron. No quieren tener tratos contigo.

—Mejor. Entre menos burros más olotes. ¿Quieres más agua de arrayán?

Una de ellas, la Filomena, que se había estado callada todo el rato y que por mal nombre le decían la Muerta, se culimpinó encima de mis macetas y, metiéndose el dedo en la boca, echó fuera toda el agua de arrayán que se había tragado, revuelta con pedazos de chicharrón y granos de huamúchiles:

—Yo no quiero ni tu agua de arrayán, blasfemo. Nada quiero de tí.

Y puso sobre la silla el huevo que yo le había regalado: —¡Ni tus huevos quiero! Mejor me voy. Ahora solo quedamos cuatro.

—A mí también me dan ganas de vomitar —me dijo la Pancha—. Pero me las aguanto. Te tenemos que llevar a Amula a como dé lugar. Eres el único que puede dar fe da la santidad del Santo Niño. El te ha de ablandar el alma. Ya hemos puesto su imagen en la iglesia y no sería justo echarlo a la calle por tu culpa.

—Busquen a otro. Yo no quiero tener vela en este entierro.

—Tú fuiste casi su hijo. Heredaste el fruto de su santidad. En tí puso él sus ojos para perpetuarse. Te dió a su hija.

—Sí, pero me la dió ya perpetuada.

—Válgame Dios, qué cosas dices, Lucas Lucatero.

—Así fué, me la dió cargada como de cuatro meses cuando menos.

—Pero olía a santidad.

—Olía a pura pestilencia. Le dió por enseñarles la barriga a cuantos se le paraban enfrente, sólo que para que vieran que era de carne. Les enseñaba su panza crecida, amoratada por la hinchazón del hijo que llevaba dentro. Y ellos se reían. Les hacía gracia. Era una sinvergüenza. Eso era la hija de Anacleto Morones.

—Impío. No está en tí decir esas cosas. Te vamos a regalar un escapulario para que eches fuera al demonio.

—...Se fué con uno de ellos. Que dizque la quería. Sólo le dijo: Yo me arriesgo a ser el padre de tu hijo". Y se fué con él.

—Era fruto del Santo Niño. Una niña. Y tú la conseguiste regalada. Tú fuiste el dueño de esa riqueza nacida de la santidad.

—¡Monsergas!

—¿Qué dices?

—Adentro de la hija de Anacleto Morones estaba el nieto de Anacleto Morones.

—Eso tú lo inventaste para achacarle cosas malas. Siempre has sido un invencionista.

—¿Sí? Y qué me dicen de las demás. Dejó sin vírgenes esta parte del mundo, valido de que siempre estaba pidiendo que le velara su sueño una doncella.

—Eso lo hacía por pureza. Por no ensuciarse con el pecado. Quería rodearse de inocencia para no manchar su alma.

—Eso creen ustedes porque no las llamó.

—A mí sí me llamó —dijo una a la que le decían Melquiades—. Yo le velé su sueño.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Sólo sus milagrosas manos me arroparon en esa hora en que se siente la llegada del frío. Y le dio gracias por el calor de su cuerpo: pero nada más.

—Es que estabas vieja. A él le gustaban tier[illegible]ue se les quebraran los güesitos; oír que tro[illegible] como si fueran cáscaras de cacahuete.

—Eres un maldito ateo, Lucas Lucatero. Uno de los peores.

Ahora estaba hablando la Huérfana, la del eterno llorido. La más vieja de todas. Tenía lágrimas en los ojos y le temblaban las manos:

—Yo soy huérfana y él me alivió de mi orfandad; volví a encontrar a mi madre y a mi padre en él. Se pasó la noche acariciándome para que se me bajara mi pena.

Y le escurrían las lágrimas.

—No tienes, pues, por qué llorar —le dije.

—Es que se han muerto mis padres. Y me han dejado sola. Huérfana a esta edad en que es tan difícil encontrar apoyo. La única noche feliz la pasé con el Niño Anacleto, entre sus consoladores brazos. Y ahora tú hablas mal de él.

—Era un santo.

—Un bueno de bondad.

—Esperábamos que tú siguieras su obra. Lo heredaste todo.

—Me heredó un costal de vicios de los mil judas. Una vieja loca. No tan vieja como ustedes; pero bien loca. Lo bueno es que se fué. Yo mismo le abrí la puerta.

—¡Hereje! Inventas puras herejías.

Ya para entonces quedaban sólo dos viejas. Las otras se habían ido yendo una tras otra, poniéndome la cruz y reculando y con la promesa de volver con los exorcismos.

—No me has de negar que el Niño Anacleto era milagroso —dijo la hija de Anastasio—. Eso sí que no me lo has de negar.

—Hacer hijos no es ningún milagro. Ese era su fuerte.

—A mi marido le curó de la sífilis.

—No sabía que tenías marido. ¿No eres la hi-

ja de Anastasio el peluquero? La hija de Tacho es soltera, según yo sé.

—Soy soltera, pero tengo marido. Una cosa es ser señorita y otra cosa es ser soltera. Tú lo sabes. Y yo no soy señorita, pero soy soltera.

—A tus años haciendo eso, Micaela.

—Tuve que hacerlo. Qué me ganaba con vivir de señorita. Soy mujer. Una nace para dar lo que le dan a una.

—Hablas con las mismas palabras de Anacleto Morones.

—Sí; él me aconsejó que lo hiciera, para que se me quitara lo hepático. Y me junté con alguien. Eso de tener cincuenta años y ser nueva es un pecado.

—Te lo dijo Anacleto Morones.

—El me lo dijo, sí. Pero hemos venido a otra cosa; a que vayas con nosotras y certifiques que él fué un santo.

—¿Y por qué no yo?

—Tú no has hecho ningún milagro. El curó a mi marido. A mí me consta. ¿Acaso tú has curado a alguien de la sífilis?

—No, ni la conozco.

—Es algo así como la gangrena. El se puso amoratado y con el cuerpo lleno de sabañones. Ya no dormía. Decía que todo lo veía colorado como si estuviera asomándose a la puerta del infierno. Y luego sentía ardores que lo hacían brincar de dolor. Entonces fuimos a ver al Niño Anacleto y él lo curó. Lo quemó con un carrizo ardiendo y le untó de su saliva en las heridas y, sacátelas, se le acabaron los males. Dime si eso no fué un milagro.

—Ha de haber tenido sarampión. A mí también me lo curaron con saliva cuando era chiquito.

—Lo que yo decía antes. Eres un condenado ateo.

—Me queda el consuelo de que Anacleto Morones era peor que yo.

—El te trató como si fueras su hijo. Y todavía te atreves... Mejor no quiero seguir oyéndote. Me voy ¿Tú te quedas, Pancha?

—Me quedaré otro rato. Haré la última lucha yo sola.

—Oye, Francisca, ora que se fueron todas, ¿te vas a quedar a dormir conmigo, ¿verdad?

—Ni lo mande Dios. ¿Qué pensaría la gente? Yo lo que quiero es convencerte.

—Pues vámonos convenciendo los dos. Al cabo, qué pierdes. Ya está re vieja, como para que nadie se ocupe de tí, ni te haga el favor.

—Pero luego vienen los dichos de la gente. Luego pensarán mal.

—Que piensen lo que quieran. Qué más dá. De todos modos Pancha te llamas.

—Bueno, me quedaré contigo; pero nomás hasta que amanezca. Y eso si me prometes que llegaremos juntos a Amula, para yo decirles que me pasé la noche ruéguete y ruéguete. Si no, ¿cómo le hago?

—Está bien. Pero antes, córtate esos pelos que tienes en los bigotes. Te voy a traer las tijeras.

—Cómo te burlas de mí, Lucas Lucatero. Te pasas la vida mirando mis defectos. Déjame mis bigotes en paz. Así no sospecharán.

—Bueno, como tú quieras.

Cuando oscureció, ella me ayudó a arreglarle la ramada a las gallinas y a juntar otra vez las piedras que yo había desparramado por todo el corral, arrinconándolas en el rincón donde habían estado antes.

Ni se las malició que allí estaba enterrado Anacleto Morones. Ni que se había muerto el mismo día que se fugó de la cárcel y vino aquí a reclamarme que le devolviera sus propiedades.

Llegó diciendo: —Vende todo y dame el dinero, porque necesito hacer un viaje al Norte. Te escribiré desde allá y volveremos a hacer negocio los dos juntos.

—¿Por qué no te llevas a tu hija —le dije yo—. Eso es lo único que me sobra de todo lo que tengo y dices que es tuyo. Hasta a mí me enredaste con tus malas mañas.

—Ustedes se irán después, cuando yo les mande avisar mi paradero. Allá arreglaremos cuentas.

—Sería mucho mejor que las arregláramos de una vez. Para quedar de una vez a mano.

—No estoy para estar jugando ahorita —me dijo—. Dame lo mío... ¿Cuánto dinero tienes guardado?

—Algo tengo, pero no te lo voy a dar. He pasado las de Caín con la sinvergüenza de tu hija. Date por bien pagado con que yo la mantenga.

Le entró el coraje. Pateaba el suelo y le urgía irse...

"¡Que descanses en paz, Anacleto Morones!", dije cuando le enterré, y a cada vuelta que yo daba al río acarreando piedras para echárselas encima: "No te saldrás de aquí aunque uses de todas tus tretas".

Y ahora la Pancha me ayudaba a ponerle otra vez el peso de las piedras, sin sospechar que allí debajo estaba Anacleto y que yo hacía aquello por miedo de que se saliera de su sepultura y viniera de nueva cuenta a darme guerra. Con lo mañoso que era, no dudaba que encontrara el modo de revivir y salirse de allí.

—Echale más piedras, Pancha. Amontónalas en este rincón, no me gusta ver pedregoso mi corral.

Después ella me dijo, ya de madrugada:

—Eres una calamidad, Lucas Lucatero. No eres nada cariñoso. ¿Sabes quién sí era amoroso con una?

—¿Quién?

—El Niño Anacleto. El sí que sabía hacer el amor.

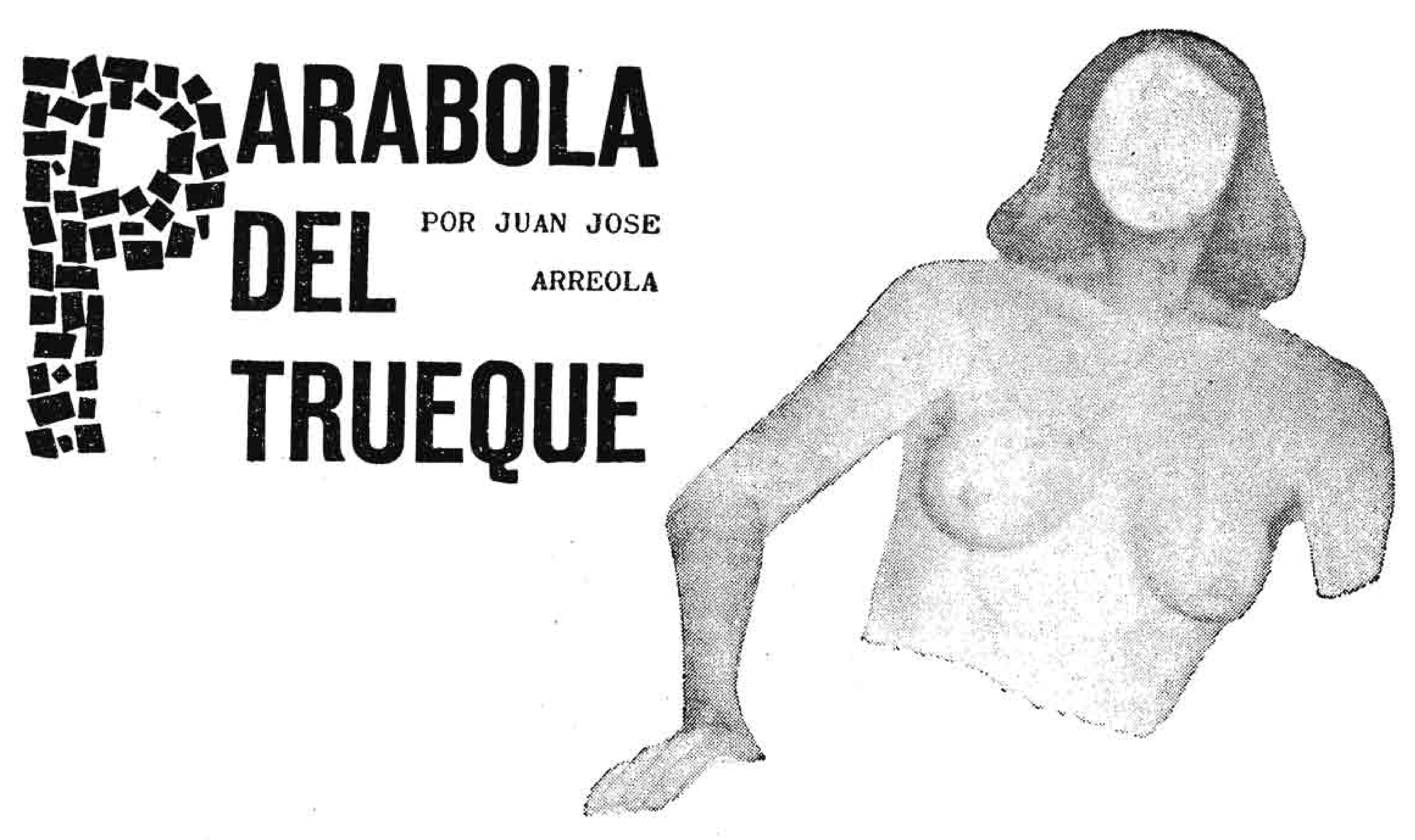


JUAN RULFO (1918)

con un libro de cuentos
El llano en llamas, (1953) *y una novela poética*
(Pedro Páramo, (1955) *ha llevado a su más vibrante expresión literaria el mundo secreto de quienes viven en los campos y aldeas de México. El terror y el odio, el dolor reprimido*
el tránsito permanente de la vida a la muerte y la persistencia de viejas memorias
alcanzan en Rulfo su más acabada e inquietante expresión literaria.
Siempre ajeno a la simple transcripción folklórica o testimonial, Rulfo toca las raíces de México mediante una transposición artística que enriquece y aclara todas las facetas de la vida mexicana.

PARABOLA DEL TRUEQUE

POR JUAN JOSE ARREOLA



Al grito de ¡cambio esposas viejas por nuevas! el mercader recorrió las calles del pueblo arrastrando su convoy de pintados carromatos.

Las transacciones fueron más rápidas, a base de unos precios inexorablemente fijos. Los interesados recibieron pruebas de calidad y certificados de garantía, pero nadie pudo escoger. Las mujeres, según el comerciante, eran de veinticuatro quilates. Todas rubias y todas circasianas. Y más que rubias, doradas como candeleros.

Al ver la adquisición de su vecino, los hombres corrían desaforados en pos del traficante. Muchos quedaron arruinados. Sólo un recién casado pudo hacer cambio a la par. Su esposa estaba flamante y no desmerecía ante ninguna de las extranjeras. Pero no era tan rubia como ellas.

Yo me quedé temblando detrás de la ventana, al paso de un carro suntuoso. Recostada entre almohadones y cortinas, una mujer que parecía un leopardo me miró deslumbrante, como desde un bloque de topacio. Presa de aquel contagioso frenesí, estuve a punto de estrellarme contra los vidrios. Avergonzado, me aparté de la ventana y volví el rostro para mirar a Sofía.

Ella estaba tranquila, bordando sobre un nuevo mantel las iniciales de costumbre. Ajena al tumulto, ensartó la aguja con sus dedos seguros. Sólo yo que la conozco podía advertir su tenue, imperceptible palidez. Al final de la calle, el mercader lanzó por último la turbadora proclama: "¡Cambio esposas viejas por nuevas! Pero yo me quedé con los pies clavados en el suelo, cerrando los oídos a la oportunidad definitiva. Afuera, el pueblo respiraba una atmósfera de escándalo.

Sofía y yo cenamos sin decir una palabra, incapaces de cualquier comentario.

—¿Por qué no me cambiaste por otra? —me dijo al fin, llevándose los platos.

No pude contestarle, y los dos caímos más hondo en el vacío. Nos acostamos temprano, pero no podíamos dormir. Separados y silenciosos, esa noche hicimos un papel de convidados de piedra.

Desde entonces vivimos en una pequeña isla desierta, rodeados por la felicidad tempestuosa. El pueblo parecía un gallinero infestado de pavos reales. Indolentes y voluptuosas, las nuevas mujeres pasaban todo el día echadas en la cama. Surgían al atardecer, resplandecientes a los rayos del sol, como sedosas banderas amarillas.

Ni un momento se separaban de ellas los maridos complacientes y sumisos. Obstinados en la miel, y descuidaban su trabajo sin pensar en el día de mañana.

Yo pasé por tonto a los ojos del vecindario, y perdí los pocos amigos que tenía. Todos pensaron que quise darles una lección, poniendo el ejemplo absurdo de la fidelidad. Me señalaban con el dedo, riéndose, lanzándome pullas desde sus opulentas trincheras. Me pusieron sobrenombres obscenos, y yo acabé por sentirme como una especie de eunuco en aquel edén placentero.

Por su parte, Sofía se volvió cada vez más silenciosa y retraída. Se negaba a salir a la calle conmigo, para evitarme contrastes y comparaciones. Y lo que es peor, cumplía de mala gana sus más estrictos deberes de casada. A decir verdad, los dos nos sentíamos apenados de unos amores tan modestamente conyugales.

Su aire de culpabilidad era lo que más me ofendía. Se sintió responsable de que yo no tuviera una mujer como las de otros. Se puso a pensar desde el primer momento que su humilde semblante de todos los días era incapaz de apartar la imagen de la tentación que yo llevaba en la cabeza. Ante la hermosura invasora, se batió en retirada hasta los últimos rincones del mudo resentimiento. Yo agoté en vano nuestras pequeñas economías, comprándole adornos, perfumes, alhajas y vestidos.

—¡No me tengas lástima!

Y volvía la espalda a todos los regalos. Si me esforzaba en mimarla, venía su respuesta entre lágrimas:

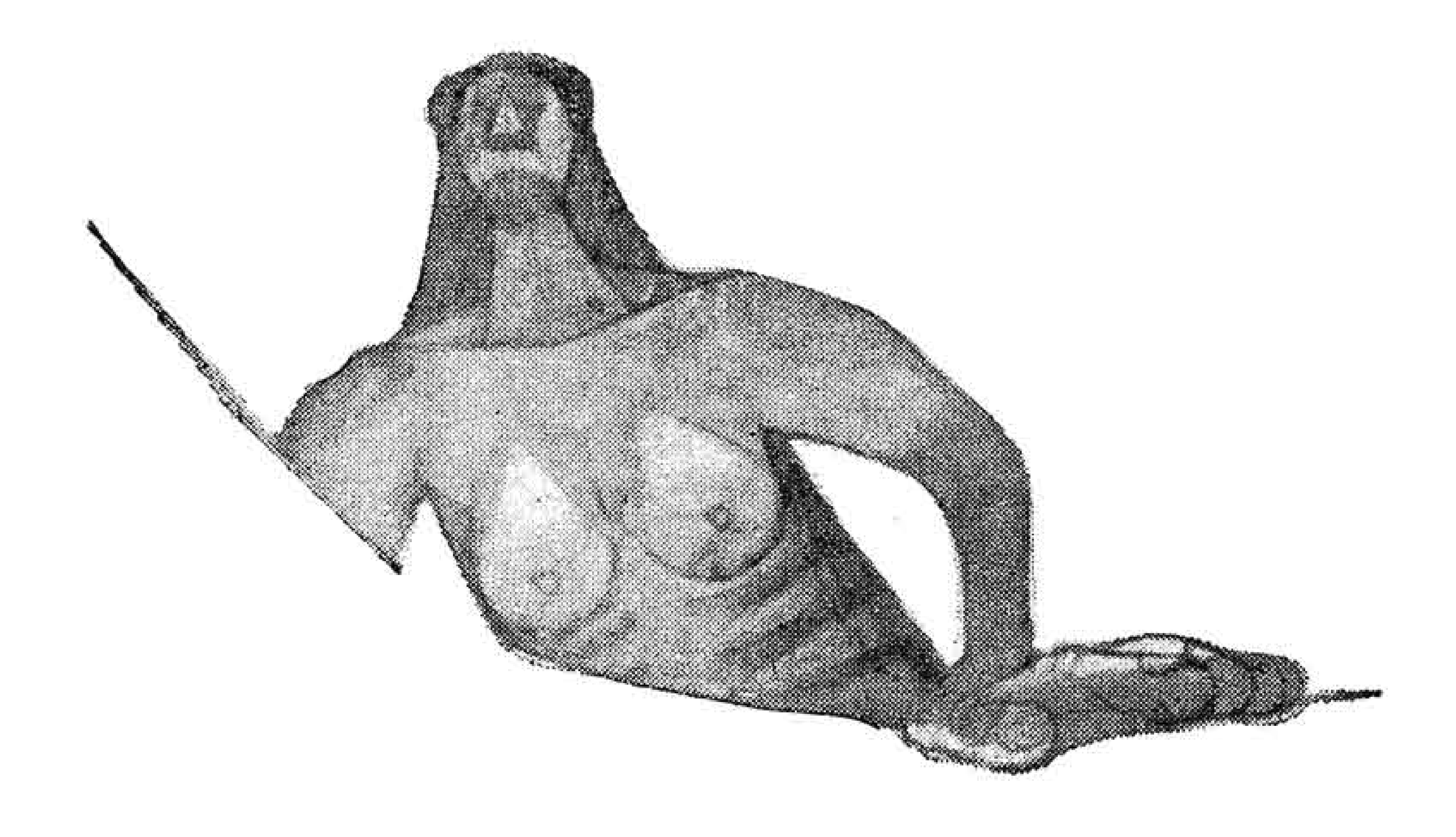
—¡Nunca te perdonaré que no me hayas cambiado!

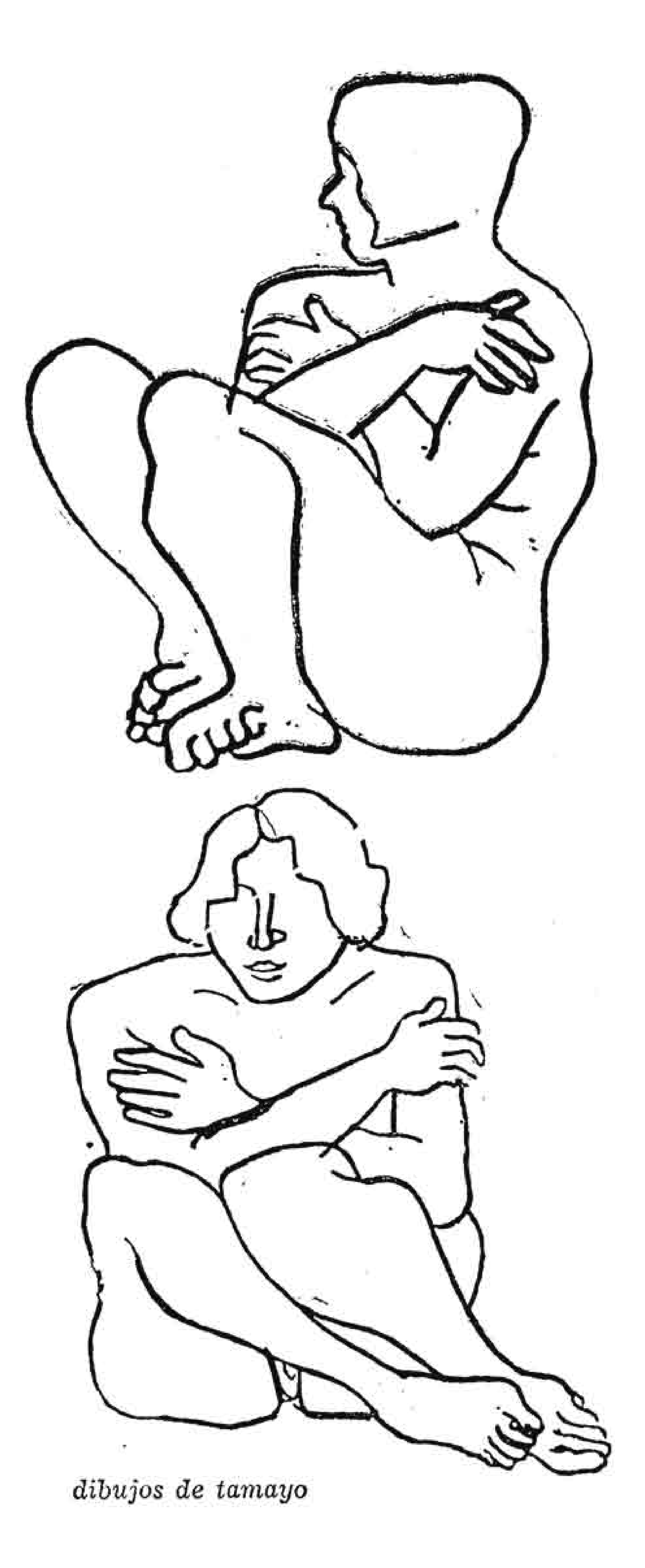
Y me echaba la culpa de todo. Yo perdía la paciencia. Y recordando a la que parecía un leopardo, deseaba de todo corazón que volviera a pasar el mercader.

Pero un día las rubias comenzaron a oxidarse. La pequeña isla en que vivíamos recobró su calidad de oasis, rodeada por el desierto. Un desierto hostil, lleno de salvajes alaridos de descontento. Deslumbrados a primera vista, los hombres no pusieron realmente atención en las mujeres. Ni les echaron una buena mirada, ni se les ocurrió ensayar su metal. Lejos de ser nuevas, eran de segunda, de tercera, de sabe Dios cuántas manos... El mercader les hizo sencillamente algunas reparaciones indispensables, y les dio un baño de oro tan bajo y tan delgado, que no resistió la prueba de las primeras lluvias.

El primer hombre que notó algo extraño se hizo el desentendido, y el segundo también. Pero el tercero, que era farmacéutico, advirtió un día entre el aroma de su mujer, la característica emanación del sulfato de cobre. Procediendo con alarma a un examen minucioso, halló manchas oscuras en la superficie de la señora y puso el grito en el cielo.

Muy pronto aquellos lunares salieron a la cara de todas, como si entre las mujeres bro-





tara una epidemia de herrumbre. Los maridos se ocultaron unos a otros las fallas de sus esposas, atormentándose en secreto con terribles sospechas acerca de su procedencia. Poco a poco salió a relucir la verdad, y cada quien supo que había recibido una mujer falsificada.

El recién casado que se dejó llevar por la corriente del entusiasmo que despertaron los cambios, cayó en un profundo abatimiento. Obsesionado por el recuerdo de un cuerpo de blancura inequívoca, pronto dio muestras de extravío. Un día se puso a remover con ácidos corrosivos los restos de oro que había en el cuerpo de su esposa, y la dejó hecha una lástima, una verdadera momia.

Sofía y yo nos encontramos a merced de la envidia y del odio. Ante la admiración general, creí conveniente tomar algunas precauciones. Pero a Sofía le costaba trabajo disimular su júbilo, y dio en salir a la calle con sus mejores atavíos, haciendo gala entre tanta desolación. Lejos de atribuir algún mérito a mi conducta, Sofía pensaba naturalmente que yo me había quedado con ella por cobarde, pero que no me faltaron ganas de cambiarla.

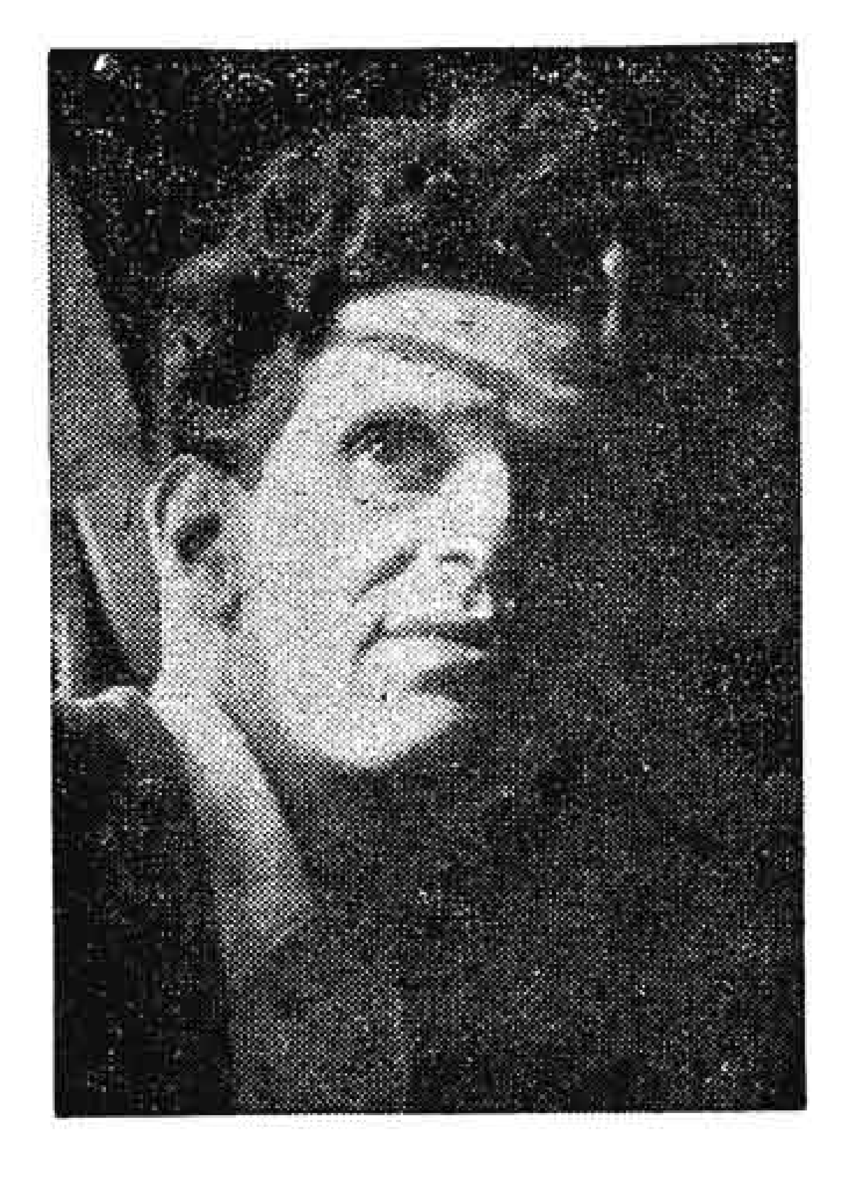
Hoy salió del pueblo la expedición de los maridos engañados, que van en busca del mercader. Ha sido verdaderamente un triste espectáculo. Los hombres levantaban al cielo los puños, jurando venganza. Las mujeres iban de luto, lacias y desgreñadas, como plañideras leprosas. El único que se quedó es el famoso recién casado, por cuya razón se teme. Dando pruebas de un apego maniático, dice que ahora será fiel hasta que la muerte lo separe de la mujer ennegrecida, esa que él mismo acabó de estropear a base de ácido sulfúrico.

Yo no sé la vida que me aguarda al lado de una Sofía quién sabe si necia o si prudente. Por de pronto, le van a faltar admiradores. Ahora estamos en una isla verdadera, rodeada de soledad por todas partes. Antes de irse, los maridos declararon que buscarán hasta el infierno los rastros del estafador. Y realmente, todos ponían al decirlo una cara de condenados.

Sofía no es tan morena como parece. A la luz de la lámpara, su rostro dormido se va llenando de reflejos. Como si del sueño le salieran leves, dorados pensamientos de orgullo.



dibujos de tamayo



en Confabulario (1949)
y Varia Invención (1952)
ha cultivado el tema fantástico, con insistencia en las posibilidades rítmicas y recreativas del idioma.
Para nosotros, "Parábola del trueque" no sólo es uno de los mejores momentos de su libro,
sino prácticamente la única narración en la que un expediente de absurdo se mezcla con elementos que describen o
prefiguran tendencias del carácter nacional:
no es casualidad que en México la palabra "vieja" identifique lo mismo a una mujer joven,
madura o anciana.

JUAN JOSE ARREOLA (1918)

LA LINEA DE LA VIDA

POR CARLOS FUENTES

Una noche de marzo, en 1913, el aire sabía a polvo y la luna cicatrizaba el valle, cuando Enrique Cepeda, gobernador del Distrito Federal, llegó a la cárcel de Belén. De los automóviles bajaron treinta hombres armados, limpiándose la nariz con la manga, encendiendo los pequeños cigarrillos deshebrados, lustrando los botines de cuero contra los muslos. El calvo Islas le gritó a la guardia de la prisión: ¡Aquí está el Gobernador del Distrito! y Cepeda llegó contoneándose ante el primer oficial y eructó: —Aquí está el Gobernador del Distrito. . . .

Gabriel Hernández dormía en una bartolina. Sus ojos de aceite, su máscara de obsidiana se quebraron con el puntapié de una bota negra: —Andele, vístase. . . .Hernández irguió su pequeño cuerpo mongoloide, y por el rabo del ojo distinguió a la escolta apostada fuera de la celda. —¡Al patio! — dió la orden el Subalcalde.

Aire morado, muros grises de Belén. El gran muro acribillado, con sus florones de pólvora. Cepeda, Islas, Casa Eguía, se ofrecían cigarrillos unos a otros, se carcajeaban en complicidad, mientras la escolta, con el general Gabriel Hernández en el centro, avanzaba hacia el paredón.

—Si tuviera un arma no me asesinarían.

La mano gorda de Cepeda cruzó el rostro de Hernández.

Cinco tiradores hirieron el cuerpo, entre los ecos de risa del Gobernador. Con el último tiro cesaron las carcajadas. Cepeda frotó la mano sobre la tierra: —Hagan una pira, aquí mismo. . . —y se apoyó contra el muro.

Mientras el fuego consumía el cadáver de Hernández y el olor de carne tostada ennegrecía las facciones de Cepeda, Gervasio Pola y tres prisioneros más escapaban de Belén, escondidos en el carro recolector de basura.

Durante el recorrido de Belén al depósito de desperdicios, Pola pensó que así se debían sentir los muertos, con ganas de gritar y decirles a los enterradores que en realidad estaban vivos, que no acababan de morir, que sólo los sofocaba una pestilencia muda, una rigidez transitoria, que no les clavaran el féretro, que nos les echaran tierra encima. Los cuatro hombres, boca abajo, sepultados por el cúmulo de basura, concentraban todo su terror en el acto de respirar. Sobre el suelo del coche, entre las planchas de madera, pegaban la nariz a los resquicios, aspirando la tierra suelta de las calles. Unos de los evadidos confundía su ronco jadeo con sollozos. Pola hubiera querido robarle ese aire desperdiciado. Los pulmones se le congestionaban de hierbas podridas y excrementos, cuando el coche se detuvo. Gervasio Pola codeó a su compañero próximo, y todos esperaron el momento en que se abrieran las puertas, entrada la noche a alumbrar de viento el estrecho sudario, y las palas de los basureros empezaron a pulverizar de inmundicia el potrero.

Estaban en el llano, por el rumbo de San Bartolo. Los dos basureros no habían ofrecido resistencia; yacían amarrados a las ruedas del carro. Los montículos de basura gris, blanda, coronados de moscas, se extendían desde el camino hasta el pie del cerro más cercano. El desaliento invadió a Gervasio Pola cuando pudo distinguir las caras embarradas, los cuerpos mojados, de sus tres compañeros.

—De aquí a mañana tenemos que ganar el primer campamento zapatista —dijo uno.

Pola se quedó mirándole los pies descalzos. Luego con la vista baja, recorrió las piernas desnudas y enclenques del segundo, los tobillos heridos de grillete, supurantes, del tercero. La luna les patinaba en las uñas, como joyas de tierra. El viento de la serranía empezó a desbaratar los montones de basura. Tenían que decidirse a la caminata —la fuga se fabricaría de roca y espina.

Gervasio la inició, rumbo al cerro. En fila india, como por costumbre, lo seguían los otros. Aquí, en el llano, las piernas se hundían en la hierba; allá, a partir de la pendiente, la carne comenzaría a rasgarse más, a punzar la sangre las dagas del bosque. Gervasio, al pie de la sierra, aflojó los muslos. El viento seco rechinaba entre el huizache.

—No hay más remedio que separarse —murmuró sin levantar la vista. —Aquí salimos juntos hasta antes de Tres Marías. Allí Pedro y yo nos desviamos por el rumbo fácil, pero por donde hay que esquivar la caseta de los federales. Tú que conoces mejor el rumbo de Morelos te vas con Sindulfo y tomas la desviación de la izquierda. Si antes de la noche no hemos encontrado el campamento, volvemos a separarnos, ahora cada cual solo, y nos escondemos hasta la madrugada, o esperamos que pase un destacamento de Zapata para unírnosle. Y si no resulta, hasta vernos en Belén.

—Pero es que aquí Sindulfo no va a aguantar con la pata amolada —dijo Froilán Reyero. —Y el camino de la izquierda es el más difícil. Mejor que Sindulfo se vaya contigo, Gervasio y Pedro conmigo.

—Mejor es andar juntos, por lo que pase —interrumpió Sindulfo, el del tobillo supurante.

Pola levantó la cara: —Ya oyeron lo que dije. Por lo menos que uno se salve el pellejo. Más vale que uno viva solo y no que los cuatro mueran juntos. Se sigue el proyecto original.

Entonces les azotó el pecho el frío que anuncia el fin de la redonda medianoche y el principio de la madrugada de terrones de hora, y Gervasio tomó la vereda que iba trenzando el escarpado cerro de cigarras.

A veces, la inmensidad lo empequeñece. Gervasio sintió que, con su banda, formaba una falange de heroicidad, y que los pies arrastrados por las veredas del monte llegarían a sonar como tropel, como cascos de metal, hasta superar la grandeza de la sierra, y hacerla esclava de su marcha. El sol naciente desparramaba los pinos mientras los cuatro hombres ascendían. Pola quiso mirar el valle seco: lo circundaba la lejanía. Los hombres no hablaban; el ascenso era lento.

Mira Froilán, quién te iba a decir que aquí en la sierra ibas a sentirte más preso que en la cárcel, más solo. ¿Qué me quebraron allá? Ahora recuerdo la noche en que escuché los primeros aullidos. Tantas primeras noches, primeras madrugadas. Todas iguales, todas nuevas. Primera noche de aullidos. Primera madrugada de tambores y descargas en el patio. Sólo me llegaban los ruidos, uniformes. Pero sabía que cada uno era distinto. Todo igual, siempre diferente. Yo nunca el primero, nunca el siguiente, nunca el próximo. Nunca la hora de levantarse y decirles que estaba listo, que yo no tenía miedo, que no hacía falta vendarme la vista. Siempre esperándola. Yo quería que me chamuscaran, para demostrarles quién era yo. Nunca me dejaron. Otros murieron llorando y pataleando, y pidieron clemencia. No sabían que yo estaba allí, en la solitaria, esperando la hora de escupirles su clemencia en la cara. Cad uno que fue al paredón me dejó esperando, con ganas de ir en su lugar con la cara en alto, y de regresar a mi celda. Les regalo la muerte; yo podría haber sustituido a cada uno en la marcha de la bartolina al patio. Eso nunca me lo permitieron. Me quebraron.

Pedro se rajó la planta del pie con un vidrio y apretó los labios. Que se me raje todo. Que se me quede la sangre hecha polvo en el cerro. Pero que no me dejen solo. Juntos aguantamos. Juntos nos pescaron y nos bolverán a pescar. Acabarán por fusilarnos a los cuatro juntos. Pero no me van a dejar solo en el cerro.

Y Sindulfo no pensaba, sólo alargaba los brazos tratando de tocarse los tobillos sin dejar de caminar.

Se detuvieron al mediodía, acercándose ya a las cumbres más altas, donde debían separarse. Pero aún no entraban en la neblina; se sentaron a la sombra de un pino.

—No hay agua por aquí para lavarle a Sindulfo las heridas —dijo Froilán Reyero.

—No piensen en agua. . . —exclamó cabizbajo Sindulfo.

—No piensen en comida —dijo riéndose Gervasio.

Pedro murmuró:

—Comida. . .

—No piensen en comida — apretó los dientes Gervasio.

—Ya vamos a llegar a Tres Marías.

—Sí. Ahí empieza la desbandada.

—A mí me quebraron, Gervasio. A mí me quebraron.

—Tú conoces mejor que nadie los rumbos de Morelos; no te quejes. El que las va a pasar duras soy yo. . .

—Hace falta alguién que las pase dura para que salgamos los cuatro. —Froilán se mascaba el bigote lacio.

—Con uno que se salve... —dijo, con la mirada dura en las piedras, Gervasio.

—Allá en el pueblo un viejo quiso morirse solo; dicen que siempre lo había querido. Se figuraba a la muerte desde hacía mucho; no lo iba a coger de sorpresa. Y cuando sintió que se le acercaba, mandó correr a todos los de la casa para recibirla sin compañía, como para gozar sólo lo que tanto había esperado. Y en la noche, cuando ya le andaba rondando, y la voz se le caía como caliche, salió arrastrándose hasta la puerta con los ojos pelados, queriendo contarles a los demás cómo era la muerte. Esto yo lo ví, porque me había metido a su huerto, a robarle las naranjas. Me agradeció que lo viera morirse, con las cejas pegadas a la tierra.

Pedro calló.

—Hace falta quien te perdone —dijo Pedro.

Y Gervasio pensó que perdonaban los buitres, que perdonaba la tierra cuando se convertía en único corazón de despojos, que hasta el gusano nos perdonaba la porquería al cumplir su banquete. De pie bajo un pino, alargó la mano sobre el valle: percibió en ese instante que, lejos de las heridas de sus compañeros, lejos de la imagen encadenada de la tierra triste, pulmón de polvo, o más allá de su fundo acuoso secados por los penachos sangrientos y el rumor de sacrificios inconscientes, o más arriba del piélago de montes labrados de sequía y tala —en la otra orilla del mundo indiferenciado, masivo, de México— cabía la salvación de un hombre como él, teñido de basuras y fatiga, ausente de la memoria de los demás hombres mexicanos, pero fiel, sólo fiel a ellos cuando era fiel a sí mismo. Salvarme hoy, a mí, a mi piel, para salvar mañana a los demás. Ellos quieren que muera con ellos; esta muerte impersonal, de todos, sería reconfortante para mis hombres. Creen que cumplo mi deber sucumbiendo con ellos. Incluso prefieren que yo muera antes, y alivie su muerte. Estoy dispuesto a salvarlos, si se dejan salvar. Pero sólo salvándome puedo salvarlos hoy a ellos y mañana a otros.

—Ya vieron desde la torre —iba diciendo Froilán. —Era el general Hernández ese que fusilaron y echaron al fuego. Se lo llevaron solito. Es lo que nos espera si nos vuelven a agarrar. Más vale aquí en la sierra, los cuatro juntos.

—Yo no quiero morir solo en el monte, o rodeado de enemigos, en la cárcel —sollozó entonces Sindulfo.

Pola se regresó y con una rama seca azotó las espaldas de Sindulfo; la luz del valle amortiguaba la cólera en los ojos:

—¡Pendejo! ¿Para qué tienes que hablar? ¿No te das cuenta de que bastante hemos hecho cargándote con todo y tu maldita pata tullida? ¿Para qué tienes que venir a lloriquear, a destrozarnos? ¡Andele!

—Ya, ya, jefecito... no más.

—No le pegues más, Gervasio — Froilán le detuvo el brazo, mientras leves espirales de humo comenzaban a surgir del bosque, impulsando un olor a hojas quemadas y a pino seco.

—Bueno, vámonos. Ya están cocinando en los campamentos: miren el humo. Cada columna de ésas puede indicar un amigo, un enemigo. Pero el que tenga hambre nada más, que se vaya derecho a dondequiera...

Cerca de Tres Marías se separaron. Froilán sosteniendo a Sindulfo, abrazándolo de la cintura. Y Gervasio con Pedro detrás, cabizbajo y frotándose los brazos para combatir la niebla helada de la montaña.

La tierra se sentía fría y amortajada bajo los pies de Gervasio y Pedro; su rostro húmedo, de roca y abetos, se inchaba a cada paso, ascendiente y lívido. Había que salvar la caseta federal, de soldados ateridos y chozas con olor a frijoles refritos, que se interponían entre ellos y el primer campamento zapatista. Al atardecer, Pedro se agarró a dos manos el estómago y cayó de rodillas. Luego empezó a vomitar. Sombras de crepúsculo se alargaban en la mañana sombría del bosque, y Pedro, con la vista y la voca convulsivas, pedía en silencio un descanso, un momento de respiro.

—Ya va a caer la noche, Pedro. Tenemos que seguir juntos un trecho, luego nos separamos. Andale, levántate.

—Como el general Hernández, así dijo Froilán. Primero fusilado, luego quemado. Eso es lo que nos espera, Gervasio. Más vale quedarse aquí, en el monte, y morir solos, con Dios. ¿Adónde vamos? Dime, Gervasio, ¿adónde vamos?

—No hables más. Dame la mano y ponte de pie.

—Sí, tú eres el jefe, el fuerte, tú sabes que hay que caminar, y caminar. Lo que no sabes es a dónde. ¿A unirnos con Zapata? ¿Y luego qué?

—Estamos en una lucha, Pedro. No hay que pensar ahora, hay que luchar.

—Luchar sin darse cuenta, como si uno no tuviera recuerdos y presentimientos. ¿Qué crees que va a salir de todo esto? ¿Crees que importa algo que yo y tú luchemos? Ahorita que estamos solos aquí, medio perdidos en un bosque, y yo con la fiebre que se me viene encima, ponte a pensar. ¿Qué podemos, tú y yo, solos aquí? ¿Qué importa lo que hagamos o digamos? ¿No se resolverá todo por su cuenta? ¿No es el nuestro un sacrificio más, en balde? Vámonos, Gervasio, lejos de aquí, lejos de la bola. Que pase el viento sobre nuestras cabezas. Nada va a cambiar.

—¿Qué propones?

—Vamos a Cuatla a ver quién consigue ropa, o dinero... Y luego cada quien para su tierra...



dibujo de raúl anguiano.

—Te buscarán, te encontrarán, Pedro. Ya no puedes salirte de esto. Tú no quieres que te arrastren. Yo sólo puedo dejarme arrastrar. Ni remedio. Además, ya no hay tierra que valga. Ya no habrá escondrijos en México. Nos va a tocar a todos por igual.

—¿Y después?

—Cada quién a su lugar, después. Al que le corresponda.

—¿Lo mismo que antes?

—No preguntes. No hay que andarse haciendo preguntas cuando te metes a la revolución. Tenemos que cumplir. Es todo.

—¿Quién va a ganar, en serio? ¿Nunca te has puesto a pensar?

—No sabemos quién va a ganar. Todo gana, Pedro. Todo está vivo. Gana lo que sobrevive. Aquí todo sobrevive. Andale, de pie.

—Ya me volvió la fiebre, Gervasio. Como si los murciélagos hubieran nacido en mi estómago.

—Vamos. Ya va a caer la noche.

Pedro se puso de rodillas: —Hay que dormir aquí. No puedo más.

Cuando el aire se llenó de chicharras y comenzó a soplar por las laderas frías, Pedro se frotaba los brazos y sus dientes rechinaban. La noche súbita del espacio los rodeó.

—No me dejes, Gervasio, no me dejes... Sólo tú puedes llevarme adonde hay que ir... No me dejes, por tu mamacita...

Pedro alargó el brazo y arañó la tierra: —Pégate, por favor, que tengo frío... Nos calentamos los dos.

Trató de alargarlo más y rodó, besando el polvo: —Gervasio, háblame; háblame, no sea que aquí me entierres...

Quiso mirarse las manos, para darse cuenta de que vivía; una tiniebla espesa cubría el monte. Con los ojos redondos recorrió el bosque negro y gritó: —Hay mucha tierra para el poco polvo que dejo; arrástrame lejos de aquí, Gervasio; vámonos de vuelta a la prisión. Le tengo miedo a este monte pelón de almas; tengo miedo de andar suelto, sin grilletes... Que me los pongan, pronto, Gervasio, ¡Gervasio!..

Pedro apretó los puños en torno a los tobillos, y por un minuto, volvió a sentirse libre prisionero. Prisionero de hombres quiero ser, no prisionero del frío y el dolor y la noche. Que me pongan los grilletes, mamacita, para no andar rodando. Quiero quedar sujeto. Nací sujeto. Ahí está la pena: —¡Gervasio! No me dejes solo, por tu mamacita... Tú eres el jefe: llévame... Gervasio.

El monólogo de Pedro silbaba entre las peñas. Gervasio Pola ya corría monte abajo, hacia la fogata amarilla del valle de Morelos.

El general Llanos se limpió los dedos en el ombligo y tomó asiento junto al vivac. Los sombrerones ocres de la tropa brillaban, con los ojos indios, a sus espaldas, en la noche.

—Sírvanse bien, no tengan pena. Entrenle. ¿Así que usted se les escapó de Belén?

—Sí, mi general. Yo solo me escapé y crucé el monte en un día —repuso, soplando el aliento entre las palmas heladas, Gervasio Pola. — Me salvé solito. Y ahora estoy a sus órdenes para unirme al general Zapata y seguir la lucha contra el usurpador.

Ah! qué atrasado y tarugo será usted — carcajeó el general Llanos, mientras tomaba otra tortilla del brasero. —¿A poco usted no lee? ¿Qué dice el verdadero Plan de Ayala? Ahí se pone verde a Madero por su falta de entereza y debilidad suma, dice el escrito. ¿Y quién lo tiró? Pues mi general Victoriano Huerta, que es ahora nuestro jefe...

—¿Y Zapata?

—Que Zapata ni qué Zapata. Aquí está usted frente a Inés Llanos, su servidor, fiel a las fuerzas, del gobierno legítimo, y mañana está usted de regreso en Belén. Ahora prepárese su taquito, que el viaje es largo y abochorna.

Gervasio Pola volvió a penetrar los muros grises de Belén. La tierra achicharrada del patio señalaba el sitio de la incineración de Hernández. Pola pasó pisando las cenizas, y ahí empezaron a temblarle las piernas. En la solitaria quería dormir; los párpados le pesaban, cuando entraron dos oficiales.

El capitán Zamacona, rubio y esbelto, con los bigotes cuidadosamente encerados, le dijo: —No hay necesidad de avisarle que va usted derecho al paredón. —Miraba continuamente el techo: —Pero antes va a decirnos por qué rumbo tomaron los prisioneros evadidos Pedro Ríos, Froilán Reyero y Sindulfo Mazotl.

—Si al fin los han de agarrar... qué más da.

—Da que queramos matarlos a los cuatro juntos, como ejemplo y escarmiento. Decídase, o mañana mismo pasa usted solo frente al pelotón.

La puerta de la celda se cerró con un estruendo acerado, y luego Gervasio escuchó el taconeo sobre las losas de piedra de la larga galería de Belén. Un viento clausurado se arremolinaba entre los barrotes. Gervasio se tiró al suelo; mañana paso solo frente al pelotón; mañana, siempre una calavera anda escondida en la esquina de mañana... Ya las piernas empezaron a temblarme, cuando pasé encima de las cenizas de Gabriel Hernández; vamos a ser un puente de cenizas para las botas de los ajusticiados; luego pasa Pedro sobre mis cenizas, y Sindulfo sobre las de Pedro, y Froilán sobre las de Sindulfo. Sin que nos toque decirnos adiós más que con las botas. Solo frente al pelotón; ahí voy por la galería en la hora débil y pequeña, tratando de olvidar lo que sabía y de recordar lo que he olvidado... ¿Va a haber tiempo para el arrepentimiento? ni que me regalaran la vida de nuevo para arrepentirme de cada cosa, pero ¡ay venganza que te tomas, muerte calaca, por andar uno creyendo que eres distinta de la vida! Tú eres todo, la vida te invade, te hiere. No es más que una excepción de la muerte. Ahí vamos dando tumbos, que diz que vamos a ser héroes, para acabar pensando ¿qué se siente cuando una bala de plomo, y luego otra, y otra más, se te clavan en la barriga y en el pecho, qué c...... se siente? ¿Vas a darte cuenta de tu propia sangre regada, de los ojos que dicen se te paran como cebollas? ¿Vas a saber cuándo se acerca otro hombre a darte el tiro de gracia, en la mera nuca, y tú ya no puedes hablar y pedir piedad? Ya la agotamos, la piedad, Diosito santo, ya la agotamos nosotros, ¿cómo vamos a pedírtela a ti? Tengo miedo, Diosito santo, tengo puro miedo... y tú no vas a morir conmigo: ¡no quiero hablarle de mi muerte a los que no van a morir conmigo! Quiero contársela a mis camaradas, para que callemos juntos y muramos juntos, juntos, juntos. Se dejan cosas, cosas sin hacer... eso es la muerte...

De pie, Gervasio le gritó al guardia: —¡Que venga el capitancito ese..! (Pedro se quedó en el monte a la derecha de Tres Marías, apenas pasada la caseta federal, tenía fiebre. Ahí debe estar todavía. Froilán y Sindulfo se fueron por la parte difícil a la izquierda. El terreno es duro, y Sindulfo anda tullido; no deben haber avanzado mucho. Y tampoco habíamos comido en mucho tiempo, y con ese frío...)

La madrugada de un domingo, antes de que las campanas parroquiales comenzaran a tañer, Gervasio caminó amodorrado por la galería hueca de Belén. Se palpaba los hombros, la cara, el estómago, los testículos: tenían más derecho a vivir que él, y era eso lo que moría. Traía los ojos cegados de carne. Luego quiso recordar todo, recorrer toda su vida; el recuerdo se le fijó en un ave mojando sus alas en un río de Tierra Caliente. Quería brincar a otras cosas, a las mujeres, a los padres, a su esposa, al hijo que desconocía, y sólo veía al ave mojada. El pelotón se detuvo y de otra celda salieron Froilán, Pedro y Sindulfo. No les vió las caras, pero sabía que eran ellos, porque en seguida dejó de recordar y se dio cuenta de que marchaban a la cabeza de los condenados. Iban a morir los cuatro juntos. La madrugada le bañó el rostro. Pensó lo mismo que en la sierra; se sintió grande. Marcharon hasta el paredón, y dieron media vuelta, para enfrentarse a los fusiles.

—Nos salvamos juntos —murmuró Gervasio Pola a sus compañeros.

—Ah! qué muerte más c....... —suspiró a su lado Sindulfo—. No más sirve para alejarnos un poquito.

—Para caer juntos —dijo Gervasio llenando de aire los pulmones. Dame la mano. Diles a los demás que se las den.

Entonces vio los ojos de sus compañeros, y sintió que por ellos se aparecía primero la muerte, y cerró los suyos para que la vida no se le fuera antes de tiempo.

—¡Viva Madero! —gritó Froilán en el instante de la descarga.

El ave cayó despedazada en el río de Tierra Caliente, y el capitán se acercó a dar el tiro de gracia a los cuatro hombres que se retorcían en el polvo de Belén.

—A ver si aprenden ya a matarlos con la pura descarga —le dijo al pelotón; y se fue mirándose las líneas de la mano.



CARLOS FUENTES (1928)

es uno de los primeros novelistas de Nuestra América.

Aunque no ha publicado más que dos libros —"Las buenas conciencias", 1959 y "La región más transparente", 1956— su nombre ha trascendido ya la frontera literaria mexicana: cuando hace poco conversaba la gente de LUNES con Sartre, sobre la posibilidad de dedicar un número de "Tiempos Modernos" a la Revolución Cubana, se habló de incluir un ensayo de algún escritor latinoamericano en la edición: "¿Por qué no Fuentes?", fue la sugestión de Sartre. Este relato (sacado de "La región más transparente") explica por qué sí Fuentes: aquí están todos sus valores formales y temáticos y también está la gran fuerza de su literatura.

